



SS  
936  
SEN  
are

B.P. de Soria



61050531

SS 936 SEN are





33780

NARCISO SENTENACH

---

# LOS AREVACOS

---

De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.*

---

BIBLIOTECA PUBLICA  
DE SORIA

R. 33780  
T. SS 9-149

MADRID

IMP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

*Olózaga, 1. — Teléfono 3.185.*

1914

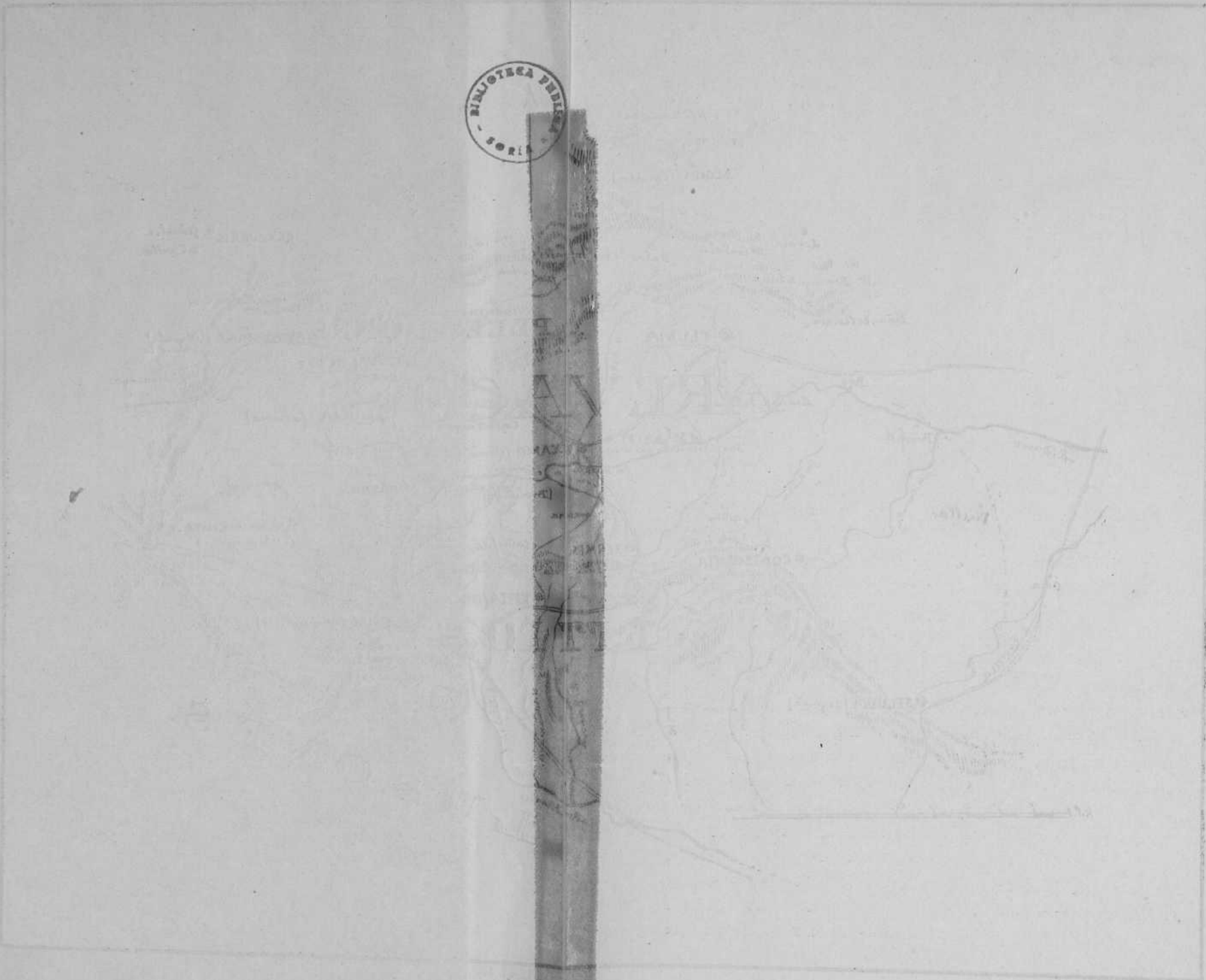
M. J. Antonio Blasquez  
Delgado Aguirre. Reunido de m. d.  
El Autor

LOS AREVACOS

LIBRARY  
32380  
PM-9 22

MAR 22 1911  
DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO  
MEXICO - D.F. - 1911





# LOS AREVACOS

---

## PROEMIO

**L**a casualidad, dueña muchas veces de los destinos humanos, lle-  
vóme en estos últimos años á las más recónditas comarcas de la  
para mí desconocida Castilla la Vieja.

Pues, aunque nacido en ella, fuí trasladado de tan corta edad á lugares  
tan opuestos, que ni idea alguna tenía de tal región, ni pensaba hubiese de  
interesarme, á pesar de las curiosas referencias, que en repetidas ocasio-  
nes había escuchado de labios de mis padres.

Pero al emprender hace algún tiempo una excursión á los extremos de  
la provincia de Guadalajara, no dejé de sentir cierta emoción al descu-  
birse ante mi vista, desde lo alto de la sierra Pela, aquella roja tierra de  
la provincia de Soria y entender que encerraba motivos de verdadero  
interés para la historia patria.

Las ruinas de la antigua ciudad de Termes aparecían muy cercanas,  
y habiendo permanecido en ellas algunos días, comprendí encerraban una  
página olvidada de nuestro pasado, y que su estudio podría servir de  
prólogo al de aquella región, apenas explorada arqueológicamente más  
que en Numancia.

Al año siguiente, encargado oficialmente de la excavación de aquellas  
ruinas, por iniciativa del Ministro del ramo Sr. Conde de Romanones,  
vivamente interesado por este estudio, y en los sucesivos estimulado ya  
en sumo grado por todo lo relativo á tan famosa región, he recorrido á pie  
y á caballo, único medio de transitar por aquellas enriscadas sendas, casi

todos los lugares en que puede el hombre sentar allí sus plantas, algunas veces bien difícilmente, sin dejar atrás ningún pueblo ó lugar de recuerdo histórico, único medio para obtener verdadera noción del teatro de tan memorables sucesos como en ellos se desarrollaron.

Así he podido cerciorarme de hasta dónde alcanzaron los autores antiguos en el conocimiento de la región, sabiéndolos interpretar debidamente, rectificándolos en aquellas explicables confusiones en que incurrieron, así como de la necesidad de purificar nuestra historia primitiva de tantos equivocados conceptos como sobre ella han corrido, en parte ya rectificados gracias á los estudios llevados á cabo por aquellos que han fijado su atención sobre estos puntos, con provechosa crítica para su esclarecimiento.

Ciertamente es muy fácil caer en tales confusiones, por los sobrados motivos que para ello existen, comenzando por la sinonimia de muy opuestos lugares, pues, al igual que siempre ha ocurrido en las razas expansivas, las primitivas repitieron los mismos nombres para sus nuevas fundaciones, produciendo la confusión consiguiente.

Aun hoy día los nombres de Castro, Navas, Dueñas, Covas ó Cuevas, Puebas y otros hay que adjetivarlos para saber de cuáles se trata, ocurriendo lo propio antiguamente, y haciendo á veces los textos casi ininteligibles. A esto podríamos añadir lo impenetrable que fué siempre la comarca, lo propio á las armas que á la erudición en todos tiempos, pues si á los ejércitos romanos costó tanto trabajo escalar su altura, los autores clásicos la conocieron casi por referencias, siendo muy difícil hallar relaciones y noticias que ofrezcan garantías de observación directa.

Por otra parte, las excavaciones practicadas en Numancia, Termes, Uxama y Clúnia en estos últimos tiempos, han venido á evidenciar la gran riqueza artística y arqueológica delatora de su esplendor pasado, restos de la monumentalidad y progreso de aquellas importantísimas ciudades bajo la dominación romana, en las que convivieron sin embargo ambas civilizaciones, con independencia grande y sin llegar por completo á compenetrarse.

No son menos importantes los recuerdos medioevales que también la ilustran, ya históricos y legendarios, en los que se ve prevalecer la raza primitiva, ni dejan de consignarse hechos gloriosos en los tiempos modernos, con otras particularidades locales y hasta *folk-lóricas* del más pintoresco é interesante carácter.



Pocas son las fuentes documentales á que puede acudirse para el estudio del pasado de los *arevacos*, pues, comenzando por los autores clásicos, tan consultados, hay que llegar á los tiempos modernos para completar la bibliografía acerca de ellos; pero unos y otros los han tratado algo incidentalmente, y sin proponerse hacer un estudio especial de los mismos por lo que emprendo éste con tan determinado y único objeto.

De los autores clásicos hay que notar que pocos son los que con gran confianza pueden consultarse, pues casi todos ellos se fijaron en el litoral Oriente y Mediodía de la Península, siendo muy contados los que estudiaron directamente el interior, teniendo además en contra lo viciado de sus textos, ó lo que es peor, la pérdida de aquéllos en cuanto se referían á los sucesos de España, como ocurre con Tito Livio.

Bien poco se puede añadir á las notas bibliográficas, entre las de autores clásicos hasta ahora conocidas y consultadas, aunque los descubrimientos y exploraciones últimamente efectuados las corroboren y aclaren en su mayor parte, teniendo que llegar á Loperráez, Masdeu, Ceán y Cortés, cuya consulta requiere gran circunspección, pues, á veces, más confunden que aclaran los lugares y sucesos.

Los trabajos más recientes de Fernández Guerra, Saavedra, Arenas, Rabal, Costa y del Marqués de Cerralbo, unidos á los últimos descubrimientos, objeto de Memorias especiales, ponen ya la cuestión en vías de algún orden y sintético conocimiento, lo que antes no era posible.

Sin dar carácter definitivo á las conclusiones que puedan alcanzarse de este estudio, y dispuesto siempre á toda rectificación necesaria, lo emprendo con objeto sólo de la posible dilucidación histórica, único fin perseguido.

En tres partes debe dividirse este estudio para abarcar sus más interesantes extremos; primeramente una geográfica y etnográfica, comparativa de su más antigua población con la moderna, afirmando lo más posible sus equivalencias y el carácter de sus habitantes. La segunda, puramente histórica, constituyendo la tercera una excursión descriptivo-arqueológica por las localidades que ofrecen más culminante interés, dadas sus memorias y restos monumentales ó históricos.

## I

## GEOGRAFÍA

Son las montañas los límites naturales entre las distintas comarcas, y más si por entre ellas tienden su curso los ríos que de las mismas nacen para fertilizar sus valles.

En ellos se establecen los pueblos que á su amparo se dedican al cultivo de los campos, por tan naturales murallas defendidos.

Tal aconteció en el definido valle del Duero, en la parte más alta de su curso, donde tomaron asiento aquellas estirpes de los iberos, que en sus ramas congéneres de *Pelendones*, *Arevacos* y *Titios* ocuparon por completo la comarca que hoy constituyen las provincias de Soria, con parte de las de Segovia, Burgos y Guadalajara, en demarcación más natural y lógicamente definida que la actual político-administrativa.

Esta región, tal cual se divisa admirablemente desde la eminencia en que estuvo asentada la gran Clúnia, capital de toda ella, constituía un amplísimo círculo defendido al Norte por las alturas de los montes de Oca, la Demanda, pico de Urbión y sierra Cebollera y del Almuermo hasta el Moncayo (antiguo *Edulio ó Ebudio*, en toda esta extensión, según Tolomeo); limitábalo al Oriente la parte de la cordillera Ibérica que más propiamente llamaron montes *Idubeda* los geógrafos antiguos, por la que quedaba separada de la región aragonesa, llegando hacia el Sur hasta el gran nudo de donde arranca la cordillera Carpeto-Betónica; desde allí, comenzando por la sierra Ministra, seguía por los altos de Barahona, sierra Pela y pico de Grado y Ocejón, á enlazar con las sierras de Riaza y Guadarrama, todas formando su gran defensa al Sur. Las estribaciones de estas últimas hasta el Henares, llamadas hoy Montes Claros, también les correspondía.

Al extremo Oeste de la cordillera Edulia comenzaba al Norte la barrera occidental que la separaba de la región de los Turmodigos de Burgos, quedando menos determinados sus precisos límites por el lado de los vettones avileses, pues partiendo de las escabrosidades de la sierra de Covarrubias y las Peñas de Cervera, al Occidente de Salas de los Infantes, bajaban con indeterminados límites por cerca de Clúnia hacia Roa, Cuéllar y Segovia, ocupadas por gentes iberas en contacto directo con las célticas. El



río Eresma ó *Areva* debemos estimarlo como su línea divisoria, pero sin llegar á Cauca (Coca), porque á ésta se la aceptaba ya como vettona.

Dentro de esta gran región podemos aún distinguir otras tres muy definidas: la del Norte, comprendida entre la cordillera Edulia y el ramal de altas sierras que partiendo de la de Peña Tejada y demás escabrosidades, entre las que se halla enclavada la tan célebre abadía de Santo Domingo de Silos, avanza hacia el Oriente por el alto Corazo y sierra de Cabrejas, que se abate para dejar el paso al Duero, no lejos de su nacimiento. Esta es la región más abrupta, y asiento de los antiguos *Pelendones*.

La región central, ó del valle del Duero, desde que éste tuerce hacia Occidente, fué la de los *Arevacos* propiamente tales, quedando para los *Titios* las estribaciones al Sur de la sierra Pela, desde los Montes Claros hasta la sierra Ministra.

La región arevaca quedaba así completamente defendida y como constituyendo el núcleo de toda la orografía hispana, muy elevada además sobre el nivel del mar, más que ninguna otra, y de muy difícil acceso por todos lados; con un clima frío, pero muy sano, y con cierta regularidad periódica en sus cambios y estaciones que aseguraban las cosechas á sus cultivadores.

Al otro lado de las cumbres hallábanse por el Norte en vecindad con los *Cántabros* y *Autrigones*, y más hacia el Oriente con los *Vardulos* y *Vascones*, todos de origen vasco, y con los Iberos de la región bilbilitana por el lado de la salida del sol, lindando al Sur con los *Lusones* y *Carpitanos*; al Occidente encontráronse en contacto con los *Turmodigos* de Burgos y los *Vaceos* y *Vettones* de Avila, gentes ya de marcada estirpe muy distinta y con los que llegaron á confundirse bajo el nombre de celtíberos.

Entre estas montañas se deslizaban los distintos ríos, el principal de ellos el Duero, con sus afluentes, fertilizando la región N. y central, y por la del S., corrían los afluentes del Henares; el Salado, el Cañamares, el Bernova, y en su nacimiento, el Jarama. El Duero, *Daurus*, nace á borbotones por dos fuentes al pie del pico Urbión: dirígese al Oriente, pero describiendo una gran curva, cambia hacia Occidente, pasando por Numancia, Soria, Almazán, San Esteban de Gormaz y Aranda de Duero, Roa y Peñafiel, siguiendo hacia el Atlántico, fuera ya de la región de los arevacos.

Los afluentes del Duero que completan la hidrología de la región son:

por el N., el pequeño Tera y el Merdancho, en cuyo punto de unión se asentó Numancia, con el Ucero, que venía por Uxama, y el Arandilla á la vista de Clúnia, y desde el S., el Escalote, Pedro, Riaza con el Duratón y el Eresma que acuden al Duero en dirección contraria; por el Oriente recibe el Rituerta, que nace en el Moncayo. También alcanzaban los arevacos en Medinaceli el nacimiento del Jalón, que por esta parte les correspondía.

El suelo y subsuelo de esta porción central de España es bien sencillo en su contextura geológica y en sus alteraciones orogénicas. Constituidas sus montañas por rocas graníticas y calcáreas principalmente, obedecen sus llanuras á la sedimentación de aquellas primitivas edades, elevadas en las miocenas para verter sus aguas al mar, quedando sus ríos como reliquias de los grandes lagos. Con extensos terrenos silurianos al N., aparecen por su ángulo SE. las formaciones del triásico, al que debe sus salinas. Muy abundante el hierro en el subsuelo, le da un tinte rojo, principalmente en las regiones del S., que denuncian sus filones minerales, no muy ricos ni explorados, aunque se hable de sus criaderos de oro en Aillón, y en lo moderno hayan sido tan famosas por sus rendimientos las minas de plata de Hiendelaencina. Sólo los mármoles de Espeja y Espejón han sido explotados desde los más antiguos tiempos.

Su cielo, aunque alegre y diáfano como todo el de España, vese, sin embargo, cargado de nubes con frecuencia, sin duda por la altura de la meseta, dorando, sin embargo, el sol, las mieses de aquel paisaje de intensos verdes en las arboledas y azulados horizontes.

En la flora, el cultivo de los cereales en los llanos aparece desde los tiempos más remotos, y aunque de buena calidad sus granos, los pastos obtuvieron aún mayor importancia, sobre todo en las sierras y terrenos más pobres, para el alimento de sus ganados.

El arbolado desarrollóse principalmente á las orillas de los ríos, con aquellas especies propias de los climas más fríos, como el roble, la haya, el nogal y el olmo, con algunas coníferas (enebros) en las alturas más heladas, habiendo sido no muy atrás destruídos grandes pinares que constituían extensos bosques, de los que aún quedan algunos buenos pagos, como los de Turégano, Galves, Huerta del Rey y Cabrejas, aunque muy mermados, pudiéndose apreciar esto al leer el *libro de la Montería*, de Alfonso XI, en la que se da cuenta de muchos de los que ya ni señal queda.

En cuanto á su fauna, á más de los vulgares insectos y reptiles de

todos conocidos, habiendo sido aprovechados desde los más remotos tiempos los productos de la industria de las abejas, cuenta aún entre sus aves la caudal águila y el voraz buitres, con la vigilante cigüeña que en determinados días aparece y desaparece, al igual que la codorniz después de la siega en los rastros, en compañía de la perdiz, característica de sus montañas; entre los cuadrúpedos, el lobo, enemigo perpetuo de sus rebaños, llegaba hasta las ciudades en el invierno, siendo el jabalí y el ciervo el objeto preferente de sus cacerías en la antigüedad, como delatan sus muchos restos encontrados. Aun las liebres y conejos son objeto de animadas batidas cinegéticas.

Pero como animales útiles, el caballo y las cabras y ovejas requirieron sus cuidados especiales. Los grandes rebaños constituyeron el objeto singular de su vida, genuinamente pastoril, y su principal riqueza; en ninguna otra parte las condiciones de sus pastos produjeron carnes y lanas de mayor finura, por lo que las prefirieron, sin faltar por eso el cerdo y el toro, aunque estos últimos más propios de las gentes céltico-occidentales.

Recogidos durante el estío en sus montañas, principalmente al N., en la Demanda y laderas de las sierras septentrionales, la trashumación al S., al llegar el invierno, era en ellos tan periódica como necesaria, debiéndose á esto tanto el motivo de grandes querellas, como el de heroicas acciones por la defensa de tan vitales intereses. Los caminos de la Mesta, con todos sus preceptos legales, en esta necesaria trashumación y movimiento, tuvieron origen tan remoto <sup>1</sup>.

Muy diversas opiniones se han sustentado respecto á la denominación de esta comarca y la de sus habitantes los arevacos, de los que tomó su nombre.

Según Plinio, *Arevacis nomen dedit flubius Areva*, teniendo que comenzar por la determinación de cuál fuera este río. Difícil es derivar del antiguo Areva el Duero, como algunos han pretendido; pues, á más de consignarlo explícitamente también Plinio con el nombre de *Daurus flumen*, son muy violentas las transmutaciones que hay que efectuar para obtener la pretendida equivalencia, aunque el Duero fuese el río principal que tal región cruzaba.

Más bien pudiera estimarse, admitiendo el antiguo Areva como el mo-

<sup>1</sup> Para más detalles véase la *Descripción de la provincia de Soria*, por D. Pedro Palacios, y la *Laguna Negra*, de D. Juan José García, éste especialmente sobre los pinares de la provincia.

dermo Eresma, que en este río comenzaban realmente los arevacos, que desde él se extendían al Oriente, siendo, por tanto, conocidas con el nombre del río las gentes que hasta él llegaban, sobre todo mirando desde la región avilesa, por donde más fácilmente con ellos podían comunicarse. A sus comienzos se levantaba la importante ciudad de Segovia, la más extrema occidental por aquel lado, tan admirablemente situada para defender aquella entrada, á la par que el puerto por donde pasaran sus rebaños á la región del Tajo.

Doce son las ciudades que generalmente se citan como propias de los Arevacos; pero en ello podríamos notar alguna confusión al hacer el recuento general de las correspondientes á las tres partes de la región determinada, teniendo además en cuenta que los autores las califican muy diversamente con frecuencia; pues ya llaman á unas arevacas ó pelendonas, indistintamente, ya otras, á la vez, titias, lo que no es extraño, dada su paridad de origen y de raza.

Propiamente pelendonas ó de los Bellos, tenemos definidas tres: *Segeda*, *Visontium* y *Augustobriga*, esta última de distinto nombre al principio, pues Numancia figura á veces como arevaca.

La situación más admitida de SEGEDA (ó SAVIA, según Tolomeo), es la de Canales, en la parte más occidental de la región, hacia Lerma, conviniendo en ello todos los autores <sup>1</sup>.

VISONTIUM se asimila á Vinuesa, hallándose en ello conformes lo propio Loperráez, que Ceán y Cortés, sin que nada en contrario pueda oponerse.

AUGUSTOBRIGA.—Aunque conocida con tal nombre por los geógrafos latinos, debió tener otro anteriormente algo parecido al de Olbega ó Agreda, á la que corresponde, como ampliaré más adelante.

De las propiamente arevacas podemos consignar á *Numancia*, cuya identificación con el alto de Garray es tan patente por las excavaciones practicadas, que no hay que insistir en ello; *Voluce*, hoy Caltañazor, sobre

<sup>1</sup> Tal opinaba ya en 1651 D. Antonio Zapata en su *Sitio y antigüedad de la villa de Canales* (Ms. de la Acad. de la Hist.), opinión después únanimemente aceptada.

D. Angel Casimiro Gobantes se empeñó en llevar á Contreras, cerca de Salas de los Infantes, á la antigua *Contrebia*; pero ni sus esfuerzos de ingenio convencen, ni menos se dice fuera esta famosa ciudad pelendonas, quedando hasta ahora en pie con firmeza su asimilación á Zorita de los Canes que le da Cortés. La atribución de algunos á Logroño es aún más caprichosa. También aparece en algunos viciados textos de Estrabón la ciudad de *Pallancia* como de los Arevacos, sin duda por error de copia; pero la identificación de esta ciudad á la de Palencia entre los vaceos está hoy tan reconocida, que no requiere prueba ni comentarios.

un empinado risco: siguiendo desde ésta una vía antiquísima, y más al occidente, *Uxama*, ó sea Osma; y, continuándola en la misma dirección, *Clúnia*, entre Coruña del Conde y Peñalva, cabeza de toda la región y de su Convento jurídico.

Bajando por el Duero y casi en el mismo meridiano de Numancia, se asentaba en su orilla derecha *Lucia*, hoy Lubia, y siguiendo el mismo curso y al mismo lado, *Serguncia*, que debe estimarse por razones poderosas, como ocupando el mismo sitio que San Esteban de Gormaz.

Ciñéndonos ahora á la Cordillera Carpeto-vetónica se hallaba primeramente al O., y al lado del Eresma, *Segovia*, que en nada ha variado su nombre; *Confloenta*, que debe estimarse como Sepúlveda y Duratón; después, á la falda de las mismas montañas *Termes* (ermita de Nuestra Señora de Tiermes), al pie de la Sierra Pela y continuando por su ladera *Ocili*, ó sea Medinaceli, y, por último, más al NE. *Nova-Augusta*, ó sea Monteagudo.

En la región de los Titios, sus dos principales ciudades eran *Segontia Lacta*, Sigüenza y *Titia*, Atienza.

De estas ciudades es tan completa su identificación en su mayor parte, que nadie puede dudar de ello. Clúnia, en el alto que se eleva entre Peñalva y Coruña del Conde; Uxama, en la especie de teatro que forma el terreno al lado del pueblecito de Osma; Numancia, en el cerro de Garray; Tiermes, coronada hoy por la ermita de Nuestra Señora de Tiermes; Ocili, en Medinaceli; Segovia, en su propio lugar, y Titia, en Atienza, están tan determinadas, que nada hay que añadir ni puede objetarse acerca de ello. Igualmente son admitidas por todos las equivalencias de Voluce para Calatañazor y Nova Augusta para Monteagudo. Pero aún quedan algunas dudas sobre cuáles serían otras, como:

*Serguntia*.—De ella dice Estrabón expresamente que estaba á orillas del Duero; *ὁ Δουρίας φερέται παρα τὴν νομαντιαν καὶ σεργουντίαν*.

Sostenida discusión sobre este texto, parece desechado que *Segontia* pueda ser Sigüenza, tan alejada del Duero, y con otra equivalencia, generalmente admitida; por ello vinieron á recaer las conjeturas sobre Aranda de Duero, casi en los límites del curso del río por la región arevaca.

Pero Aranda no presenta carácter ni recuerdo alguno de ciudad ibero-romana; ni una piedra, ni una moneda, ni un resto que delate la contextura de las antiguas ciudades se ofrece en ella; en cambio concurren tantos en San Esteban de Gormaz, que pienso si no pudiera aplicarse á



esta interesante localidad tal atribución, pues por su imponente aspecto y estratégica posición, por su elevada acrópolis, por sus cuevas y sus minas y haberse hallado en ellas varias piedras escritas y otras antigüedades, ofrece todos los caracteres de una antigua é importante ciudad, de la que aún conserva su presencia.

Así quedaría mejor interpretado el texto de Estrabón al traducir que el Duero corría por la región arevaca, «desde Numancia hasta Serguntia», es decir determinando sus extremos, pues de San Esteban de Gormaz en adelante no se hallaba otra ciudad notable á sus orillas en la propia región arevaca, al no existir entonces, seguramente, Aranda de Duero <sup>1</sup>.

*Agreda.*—Mucho se ha discutido sobre su equivalencia antigua, habiéndose sostenido principalmente que debió ser la de *Graccurris*, confirmada con este nombre por Tib. Sempronio Graco al marchar de España, dejando así memoria eterna entre nosotros de sus hazañas, añadiéndose además que entonces cambió su nombre antiguo de Ilurcis. «*Tib. Semp. Grachus, Proconsul celtiberos victos in deditionem accepit; monumentumque operum suorum Gracchurris oppidum in Hispania constituit*, dice Lucio Floro en el Epítome de Tito Livio (41) añadiendo Sexto Pompeyo *Fexto quæ antea Illurcis nominabatur*», pero sin determinar más sobre su situación y emplazamiento.

La semejanza del sonido de Gracurris con Agreda ha inducido á muchos á aceptar sin reparo tal equivalencia; pero Cortés, en esto muy cierto, se opone á la común opinión objetando que Gracurris era vascona, no arevaca, situada en la vía de Astorga á Tarragona por el Norte del Moncayo, en la latitud de 43°, á 64 millas de Zaragoza, que señala el itinerario.

Aceptando además las razones de Ruy Bamba en sus notas á Tolomeo, se decide por Grávalos, ó *Grachi-polis*, en la Rioja, al Norte del Moncayo, en su cercanía de Corella, lo que ha llegado á ser aceptado generalmente.

Queda, pues, Agreda sin nombre, por lo que el propio Cortés parece decidirse por el de Confloenta, ó Camplega, de Apiano y Tolomeo. Después de varias disquisiciones etimológicas, siempre tan inseguras, no llega á sentar nada en concreto, por lo que se puede estimar que su primitivo nombre debe corresponder al epígrafe  $\text{ΑΦΙΣΤΡΑΧΑ}$  (*Ave-Grats*), que llevan

<sup>1</sup> Loperráez la supuso ya «moderna y aun posterior á la expulsión que se hizo de los moros en Castilla», tomo II, pág. 271.

sus monedas, cambiado por el de Augustobriga, cuando la definitiva pacificación de España.

En este sentido se decide Cortés por el de Augustobriga, de los pelenones, con el que le designan los geógrafos antiguos, situada en la vía que iba desde Astorga á Cesar Augusta, por el Sur del Moncayo, á 27 millas al Oriente de Numancia.

No designa propiamente á Agreda como su equivalente, sino á Olbega y Pozalmuro, ó Muro de Agreda, según Saavedra; pero téngase en cuenta que estos dos pueblecitos á orillas de la Laguna de Matabreras, en el partido de Agreda, nos hace admitir todos aquellos lugares como formando un núcleo de población ibero-romana que viene á convenir por muchas razones con el de la antigua *Aregrada*, á la falda del Moncayo.

Quede, pues, sentado, aunque atento siempre á mayores dilucidaciones, que la antigua Augustobriga corresponde á la región de Agreda, dejando para la parte histórica el anotar las causas de este cambio de nombre.

*Confluenta*.—Desechada la equivalencia de Agreda por esta antigua denominación, resulta como la más juiciosa y acertada aplicada á Sepúlveda, con su anejo del sitio de Duratón. Ya se le estime como ciudad aglomerada, ó como formada de variadas gentes, ya en la confluencia de dos ríos, es tan singular la configuración del suelo de esta villa, ofrece tan especial carácter geológico y de contraste con cuanto le rodea, que bien pudiera admitirse este nombre en su acepción de *replegada* que realmente le corresponde. Asentada sobre una quebradura del terreno, que forma lo que los geólogos designan con el nombre de un *pliegue monoclinal*, es sin duda por su aspecto muy propia para llevar un nombre que determine su situación tan replegada, al punto de que es muy difícil divisarla hasta que á ella se llega, á pesar de hallarse en el centro de una extensa llanura.

*Lucia*=Lubia.—Grandes razones asisten para admitir esta equivalencia. Al estudiar su historia la vemos mencionada muy particularmente con motivo de la guerra de Numancia, al dar cuenta de una expedición militar emprendida por orden de Escipión y efectuada en una sola noche, quedando en tan corto espacio de tiempo combatida y castigada, lo que es muy posible situándola en tal punto; pues, sea cual fuere el número de estadios que, según los historiadores, distara de Numancia, aquello fuera irrealizable al tener que llegar los expedicionarios hasta Almazán ó hasta

Cantalucia <sup>1</sup>, tan alejadas del punto de partida, como han pretendido algunos autores. Luvia sólo dista unos 16 kilómetros de Numancia.

Según Apiano era ciudad suntuosa (*opidum opulentum*), lo que aún puede confirmarse por sus extensas é importantes ruinas, al O. de la ciudad moderna.

SEGONTIA LACTA=Sigüenza.—Parece convenir así perfectamente con las indicaciones de los itinerarios, no debiendo confundirla con ninguna otra de nombre más ó menos semejante y nunca con Confoenta, como han hecho algunos autores. La palabra *lacta* parece ser una corrupción bárbara de la griega *oizata*, es decir, populosa, muy habitada <sup>2</sup>.

Algunos también incluyen entre las ciudades arevacas á Cutanda, dándole la equivalencia de Cuéllar; pero á más de ser muy discutible esta identificación, es lo cierto que ni Plinio ni Tolomeo la citan como tal, debiendo estimarse más bien á Cutanda entre los luzones, como determinan ciertos hechos históricos en ella ocurridos. El nombre que antiguamente llevara Cuéllar, caso de que la consideremos como arevaca, nos es por completo desconocido. También escapa á toda indagación la ciudad de Lagni citada por Diodoro de Sicilia, pero debemos admitir la de *Axenía*, para Berlanga, por razones que á su tiempo serán expuestas, subsanando quizás así una omisión al no incluirla los autores entre los arevacos.

En el propio caso se halla sin duda *Malia*, á la que por ciertas singularidades históricas en ella ocurridas se la debe estimar también como situada en la región arevaca.

De la excursión por tan difíciles países se llega á la consecuencia de que aún existen muchos pueblos que debieran ser importantes en la antigüedad, aunque de nombre por completo ignorado, por no haber sido objeto de mención especial histórica: tal ocurre con Contreras, Salas de los Infantes, Cantalucía, Cuéllar, Gormaz, Aillón, Caracena, Pedro, Castro, Retortillo, Galve, Barahona, Palazuelos, Velamazán—y otros centros como San Leonardo, Cabrejas, Ucero, Morón, Peñalcázar, Castellanos de la Sierra, Corazo, Magaña y Cerbón—San Pedro de Manrique y Yanguas, sin citar otros en los que se divisan viviendas ibéricas.

<sup>1</sup> La etimología de Cantalucía bien pudiera ser la de *Canta-Lucera*, es decir, ciudad del río Ucero.

<sup>2</sup> Además de ella existían en España otras tres del mismo nombre: *Segontia bética*, *Segontia vacceorum* y *Segontia vardulorum*.

V. Fr. T. Minguella, *Historia de la diócesis de Sigüenza*. Vol. I.



Quizás la propia Soria también se encuentre en este caso, aunque no sea corriente concederle tan remoto origen: su etimología So-Oria, sobre el monte Oria, nada nos dice, creyéndosele coetánea de la reconquista en los siglos medios; pero por las singularidades de la peña y ermita de San Saturio, por su castillo y otros puntos y hasta por sus costumbres, pudiera sospecharse de más antiguo origen al que generalmente se le atribuye.

En cambio cítanse otras entre los historiadores antiguos, como la de *Mater-Cosa*, cuya aplicación á localidad alguna moderna ni existe sospecha de á cuál correspondiera.

Para aquellas primitivas ciudades ibéricas se eligieron generalmente las eminencias del terreno que por su propia configuración ofrecían más condiciones de defensa, creándose por ello verdaderas acrópolis, con sus mansiones excavadas en la roca, reforzadas á veces por muros verdaderamente ciclópeos, como puede aún verse en ellas, constituyendo su característico aspecto. Varias atalayas, á la vista las unas de las otras, completaban el sistema de vigilancia y de defensa, unidas por amplias veredas propias para la trashumación de los rebaños, que fueron convertidas más tarde en verdaderas vías militares por sus dominadores del Lacio.

Estos completaron su sistema de comunicaciones y defensas, que perduraron durante la Edad Media, una vez recuperada de los árabes, los que encontraron á la orilla del Duero tal apretada cadena de castillos, como constituye los de Peñafiel, Gormaz y demás de las márgenes del río, que en vano trataron de combatirlos.

Conquistada Toledo por Alfonso VI, desapareció todo peligro; pero aun hasta el siglo xiv y xv se levantaron otros castillos, propios más para la ostentación y dominio señorial dadas sus exiguas proporciones, como los de Peñaranda, Coruña del Conde, Galve y Barahona, sin verdadera importancia estratégica.

*Vías.*—Toda esta extensa región llegó á estar cruzada por diferentes caminos, de muy cómodo tránsito y en relación muy favorable para unir las distintas ciudades y ponerlas en contacto con otras importantes de diversas regiones, mucho más convenientemente que las escasas con que en la actualidad cuentan. Las principales de ellas eran: la más septentrional, viniendo desde Astorga y pasando por León y Burgos seguía por el N. del Moncayo hacia Calahorra y Gracurris, para, bajando hacia Zaragoza, llegar por Huesca á Tarragona; ésta no era propiamente arevaca, bordeando tan sólo en ocasiones sus confines del N.

La segunda, viniendo de Palencia, atravesaba en gran parte por el centro de la región arevaca y penetrando por Roa y Coleruega, llegaba á Clúnia; de aquí seguía casi recta á Uxama, y continuaba hacia el Oriente por Voluce (Caltañazor), Numancia, Agreda, Tarazona, hasta unirse con la antedicha, para por Borja y Melgar llegar á Zaragoza.

De Uxama se desprendía un ramal recto, de N. á S., que venía á buscar á Termes, y desde aquí, salvando la sierra Pela, marchaba por el puerto de Furca ó la sierra Pela (?) á Villacadima, Galve y Atienza para enlazar con la gran vía que de Toledo marchaba por Titulcia á Cómpluto, Sigüenza y de Bílbili á Zaragoza.

Aún en la región occidental se utilizaba el ramal que viniendo de Zamora por Septimana (cerca de Valladolid), bajaba á buscar Cauca y Segovia, para, atravesando el Guadarrama, unirse con la anterior en Titulcia. También debemos admitir otra que, partiendo de Voluce (Caltañazor), pasaba por Almazán y llegaba á Medinaceli, á unirse con la general, utilizada tanto por los ejércitos de Almanzor en los siglos medios.

De todas éstas quedan aún grandes trozos perfectamente reconocibles: por todas ellas he encontrado á veces varias millas de tan marcada conservación, que á cebarlas de nuevo aún pudieran prestar gran servicio en una provincia tan abandonada en sus vías. Los romanos las cuidaron admirablemente afirmándolas de forma imperecedera y dotándolas de puentes, casi todos hoy destruídos; pero siguieron sin duda los antiguos caminos de los trashumantes, únicos posibles para comunicarse con las otras regiones convecinas, obedeciendo además en su trazado al más útil y cómodo tránsito por región tan quebrada.

## ETNOGRAFÍA

Cuestión muy importante y debatida ha sido la de determinar la raza á que pertenecían las tribus pobladoras de la región arevaca, ó la sucesión de las diversas gentes que pretendieron poseerla.

No fué una sola raza, sin duda, la que permaneció en ella desde los más originarios tiempos; pero mirando en conjunto parece que la iberá, en su vecindad y unión con la celta, fué la que prevaleció y adquirió mayor importancia, borrando casi toda otra huella de ocupación y anterior convivencia.

Algunos autores han pretendido encontrar ciertas señales de ocupa-

ción vasca y semita por algunas palabras, nombres de localidades principalmente, y por los restos del hombre y su industria, lo que no debe negarse en absoluto; pero si hasta allí llegaron ciertos primitivos pobladores de la Península, con otros colonizadores fenicios ó griegos, fué la estirpe ibera la que prevaleció principalmente, aniquilando cualquier otra que le disputara aquel suelo. Y de tal modo arraigó en la comarca, que los propios romanos agotaron sus ejércitos por dominarlos sin lograrlo por completo, pues tuvieron que convivir con ellos sin que dejaran sus costumbres, sus instituciones y su arte, á pesar de hallarse políticamente sometidos, siendo tal su vigor y pujanza que hasta impusieron á Roma Emperadores (vix tandem debellaventur) como dice Diodoro.

Los godos y árabes apenas sentaron su planta en aquel suelo, quedando tan sólo memorias de su vencimiento, siendo siempre aquella región la dominada menos tiempo por sus conquistadores.

La cuestión de que la lengua y sangre ibera fuese de origen vasco está hoy por completo desechada. A otros motivos obedecen las aparentes razones que pudieron aducirse para así creerlo, pues al profundizar en el examen de los orígenes de los castellanos viejos, continuadores de los antiguos Arevacos, Pelendones y Titios, apenas se encuentra nada en ellos que no sea perfectamente ario, más ó menos latinizado.

Escasísimas son las palabras castellanas parecidas al vasco que pueden encontrarse <sup>1</sup>, y por su etnografía, tanto los hombres como las mujeres ostentan los rasgos más opuestos á los euskaldunas, por lo demás sus cercanos vecinos. Más que á las raíces morfológicas, que tan lejano origen pueden tener, hay que atender á los rasgos etnográficos más persistentes y diferenciales en cada pueblo ó familia humana, para decidir sobre su origen.

No debe dudarse de que los vascos fueron los primitivos habitantes de la Península. De todas las opiniones admitidas, la que más satisface, sostenida primeramente por Bory de Saint Vincent, es la de considerarlos como los Atlantes, pasados de la Atlántida y el Africa á la tierra hispana, antes de la rotura del estrecho de Calpe. Quizás de origen caldeo, de Tubal y Noé guardaron las más antiguas memorias.

Pudo muy bien coincidir esto con la inmersión de la Atlántida, suceso que hoy adquiere todo el valor de hecho histórico, y entonces debieron

<sup>1</sup> Sampere y Miquel apenas encontró un par de docenas de ellas.

quedar en nuestro suelo mucha parte de aquellas gentes. Por su etnografía y lingüística aun los actuales vascos se relacionan íntimamente con los gananches canarios y los berberiscos del Atlas, pero su posesión de la Península ni debió ser muy completa, ni en toda ella perduraron igualmente. A esto debíase la facilidad de las invasiones por tan opuestos puntos; con ellos se encontraron los Fenicios, los Egipcios y los Cartagineses por el S., empujándolos hacia el N.; con ellos tuvieron que luchar los griegos por Cataluña y Galicia, y á los iberos y á los celtas cedieron las Extremaduras y las cuencas del Ebro, del Duero y del Tajo. Empujados en esta forma quedaron reducidos desde hace lejanos siglos al disfrute tranquilo de las regiones del N. en contacto con el Cantábrico, último solar que supieron defender siempre con valor indomable.

No está determinado el género de vida de estos vascos aunque ya á un Tubal se cita como el primer forjador del hierro entre nosotros, pero siempre se les estimó como más aficionados al dominio de los mares que al de las tierras; en éstas, el cuidado de las vacadas de los geriones parece fué su más propio ejercicio.

La minería y el comercio fué el objeto principal de los fenicios y griegos; la agricultura y ganadería, el de los iberos y celtas, siendo, por tanto, estos dos últimos los que más arraigo llegaron á adquirir en el suelo en que se establecieron.

Los iberos precedieron á los celtas en su llegada á la tierra hispana. Según se deduce del cotejo de todos los autores antiguos, vinieron por el N. siendo oriundos de aquel lejano país de la Georgia, entre los montes Arará y Cáucaso, una de las matrices sin duda de las razas humanas.

Era la Iberia asiática una región feraz, regada por los ríos Ibero y el Aragón, el Araxes y el Cinga, con sus afluentes, más el Terek, en cuyas orillas se asentaron los Ossetas. Entre sus ciudades se contaban algunas con los nombres de Osmá, Kōsa, Iluri, las que, al igual que los ríos, tanto recuerdan á otras de la región hispana.

La ocupación favorita de sus habitantes la agricultura, enlazada con la ganadería, al igual que la de nuestros iberos, cuya población, acrecentándose por tan favorables medios de vida, obliólos á emigrar en grandes masas hasta los confines del mundo, especialmente hacia el Occidente, pasando, según los más autorizados escritores, por el Helesponto al Danubio y al Drave, dividiéndose al llegar á Italia y Francia hasta penetrar en España.

Si su éxodo obedeció á alguno de aquellos impulsos de pueblos emigrantes en la historia, con ellos también vinieron á establecerse en las regiones meridionales de Europa los pelasgos, los tirrenos, los etruscos y otros congéneres protoarios, ocupadores de estas bajas regiones.

Los iberos pudieron penetrar en la Península por las depresiones pirenaicas al lado del Mediterráneo, posesionándose fácilmente de los terrenos hasta el Ebro, y luego trasvasando éste y arrollando á la población vasca aborígen, se extendieron por el interior de la Península. Pero á su vez, empujados por los celtas, que tuvieron que penetrar por el otro extremo pirenaico, quizás obedeció á este impulso su regresión á Italia, en la que encontramos sus tribus de los *Ligures* y *Sicanos* como procedentes de España.

Aún más: autores antiguos, como Apiano llegan á estimar á los iberos orientales de su tiempo cual una emigración hispana, á la que se debe la fundación de ciudades, como la de Olkida ó Kolkida en la Iberia asiática, lo que quizás obedezca á algún movimiento regresivo ó á alguna relación comenzada á través de aquellos siglos.

Todas estas cuestiones no vienen sino á afirmar el origen oriental de las más genuínas razas peninsulares; pero sin quitarles por ello la nobleza de su estirpe aria, al igual que las más eminentes en la historia, indicando el camino que hay que recorrer para llegar á explicarnos muchas de sus particularidades étnicas y hasta psicológicas.

Del estudio de su lengua, de sus costumbres, creencias y artes se deducen muchos antecedentes del carácter nacional en cuanto es posible penetrar en ellas, pues las dificultades son enormes, y los datos, escasos y esfumados por la acción de tantos siglos <sup>1</sup>.

El primer anotador de nuestras cosas que habló de los Iberos fué Hecateo de Mileto en el siglo VI a. de J. C.; pero dándoles el nombre de *Ιλαραυγαται*, ó Igletes, por correr entre ellos el río Ilaaugates. Nada pudo decir Herodoto «con certeza acerca de este extremo occidental de Europa», según confesión propia, teniendo que llegar á Polibio (siglo II a. de J. C.) para encontrar alguna mención más concreta acerca de las gentes del interior de nuestra Península. Antes, sólo Escilas de Caryanda nombró á los iberos españoles, pero sin determinar nada acerca de ellos. Polibio nos habla

<sup>1</sup> Quizás lo más reciente que pueda consultarse sobre este punto es lo consignado por D. Juan Fernández Amador de los Ríos en su Introducción al *Diccionario vasco-caldáico castellano*, § III. Iberos ó vascos, pág. 35, aunque sin asentir á su principal tema de la asimilación de lo ibero con lo vasco.



ya de los celtíberos como ocupando el nacimiento del Anas y del Betis, y nos da los nombres de Titios, Bellos y Arevacos para la región central, presentándolos como gente despierta y hasta elocuente, ante el propio Senado romano. El nos escribió, además, lo de las 300 ciudades tomadas en un día por Tiberio Graco, pudiendo estimarlo cual el primero que penetró en el centro de la Península, como testigo de la guerra de Numancia al acompañar á Escipión en esta empresa.

Posidonio, menos ampuloso, reduce á 300 aldeas aquellas ciudades, hablando muy especialmente de los caballos celtíberos, debiéndose á Artemidoro la curiosa nota del tocado de las mujeres iberas, que tanto recuerda, al través de los siglos, el de la peineta y la mantilla.

Estrabón es el más explícito y del que podemos extraer mayores noticias sobre los *Araucos* ó Arevacos; pero leyéndole con gran cautela por la serie de confusiones en que abunda, quizás efecto de las alteraciones de su texto, como he señalado con Pallancia y otras, que por su estudio han podido observarse.

Después de éste, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tolomeo y los más modernos detallan y especifican de tal forma, que llegamos con su auxilio á las más certeras conclusiones, siendo Apiano, como historiador, en sus *Ibéricas*, el que más noticias nos proporciona al escribir sobre la guerra de Numancia y otros sucesos ocurridos antes y después de ella.

En todos estos primitivos autores se observa la confusión é inseguridad acerca de los orígenes y parentesco entre los aborígenes españoles y los llamados iberos ó celtíberos, llegando á veces á estimarlos unos mismos con los vascos y los cántabros; de aquí las confusiones que tanto han persistido: tal ocurre en las noticias que de ellos nos da Josefo, que los confunde con los de Tubal ó Tobelos; pero después de los modernos trabajos lingüísticos y etnográficos esta teoría sobre el vasco-iberismo, apoyada principalmente por Humboldt, no puede ya sostenerse, y nada, en efecto, se halla hoy en ellos de tradicional ni de antropológico que recuerde semejante origen: sólo los etimologistas perduran en esta creencia por razones explicables, pero de las que no pueden sacarse las decisivas consecuencias que mantienen.

Varron, en la antigüedad estimó á los iberos como los primeros pobladores de España, aunque atribuyéndoles, como Plinio, origen caucásico.

Apolodoro, Plisciniano, Estrabón, Dionisio Periegeta, Nicéforo y Apiano en sus *Ibéricas* señalan ciertas relaciones que existieron entre los

iberos occidentales ó sean los españoles, y los orientales, hasta el punto de estimar alguno á los orientales como oriundos de España, conforme queda apuntado.

Eran los iberos, según Avieno, muy rubios y blancos, ágiles y esbeltos fieros y crueles, por lo que sin duda participarían los arevacos de estos caracteres que en parte en ellos persisten, pues aunque el sol haya tostado su piel y ennegrecido sus cabellos, no ha podido cambiar el azul del iris de sus ojos, en ellos muy frecuente, y la sonrosada blancura de sus carnes; y aunque hoy su condición es tranquila, bien han demostrado en la historia su fiereza y valor por defender su libertad é independencia.

Según los modernos estudios antropológicos, presentan los sorianos caracteres muy marcados de la mezcla celta é ibera, al extremo de acusar índices cefálicos característicos y talla media que los distingue principalmente de los vascos y semitas <sup>1</sup>.

Según Estrabón, «*Arevaci Carpetani et Tagi fontibus contingi*»; es decir, contiguos, como en efecto lo fueron, á las fuentes y la región del Tajo por la parte del S., y por la del N., «*Sub Pelendonibus et beronibus, sunt arevaci*», lo que igualmente es exacto.

Apiano Alejandrino los llama *Arascos*, quizás por error de copia.

Pero si consideramos como iberos principalmente á aquellos establecidos en la cuenca del Ebro, que arrojaron á los vascos y cántabros al N., no debe extrañarnos que por los pasos más accesibles subieran á la meseta del Duero, tan propicia por sus pastos para la cría de los ganados. Una vez en ella debieron posesionarse de toda la cuenca del gran río, al menos en su mitad más alta, é igualmente no dejaron de utilizar los nacimientos del Jalón y del Tajo.

Dedicados principalmente al pastoreo, más que á la agricultura, pasarían siglos felices en este ejercicio, cuando ocurrió la invasión celta, tan reconocida hoy por todos los historiadores, y de la que tan extensa huella encontramos en toda la parte occidental de la Península.

Motivos de guerras y disputas debió ser la posesión del territorio que por tantos títulos les correspondía, sobre todo en el país más llano, de Segovia, Avila y Guadalajara, por lo que al cabo de tiempo y como símbolo de perdurable amistad, quedó la memoria de la fusión de ambas

<sup>1</sup> V. Oloriz. Tanto en su Memoria del *Indice cefálico*, como en su discurso académico de recepción sobre la talla de los españoles, patentiza y hace notar especialmente las particularidades que encuentra en la gente soriana.

razas en todos estos lugares, y el nombre de Celtiberos con que desde muy antiguo fueron designados.

Realmente los celtas y los iberos podían llegar á una concordia, pues sus razas eran igualmente arias, sus lenguas no muy distintas, sus costumbres algo parecidas, por lo que ya abundara más una sangre ú otra, las gentes celtíberas llegaron á ocupar las regiones al O. de la gran cordillera Idubeda hasta donde su densidad de población pudo llevarlos. Así quedaron como celtíberas aquellas regiones que se extienden desde Cuenca á Agreda y desde ésta á Lerma, para bajar á Segovia y de aquí por Guadajara, y quizás Cómpluto y Zorita, el punto de partida.

De estos celtíberos, los arevacos conservaron sin duda más de la sangre ibera. Por sus caracteres, por sus hechos y por sus monumentos así se deduce. Su prosodia es hoy la más pura castellana; los cerdos de piedra avilese se detienen y no traspasan el Eresma; los hechos heroicos de la antigüedad corresponden más á ellos que á los vaceos y vettones. Mas cuando se observan sus caracteres físicos y muchas de sus formas de vida social, hay que reconocerles aquellos que se determinan como característicos de la gente celta. Su acentuadísima braquicefalia, que tanto se patentizaba en ellos cuando ceñían su cabeza con el pañuelo arrollado; su poca altura de cráneo y aplanamiento de las sienas, su cuadrada barba y estrecho cuello, propio para el uso del torques, son caracteres que los asimilan á los celtas; pero obsérvese que el nombre de sus ciudades, de stirpe ibera, no terminan en el *briga* propio de los celtas; y que por su decidido andar, por su agilidad en la carrera, su destreza en la equitación y su valor guerrero, les hacen emparentar con aquéllos indomables iberos que tanto costó á los romanos su sumisión y dominio. Estos reconocieron sus grandes virtudes y cualidades; ellos fueron los primeros en admirar la *celtica fides* que los llevaban á inmolarse ante el cadáver de sus jefes; ellos los que observaron la gran sumisión de los *devotos* á sus caudillos, cabezas de los *cuni* ó *clanes*, al estilo de los escoceses, origen de los *linajes* en la Edad Media y de su administración por los *sesmos* hasta tan reciente fecha.

Sencillos y rudos, era el engaño lo que más odiaban, y por ello fueron excesivamente confiados con sus enemigos y repetidas veces víctimas de sus arterías. La historia presenta numerosos ejemplos execrables de la falacia de sus conquistadores.

Nunca formaron estado los Arevacos ni se les vió someterse á un jefe;



pero sus ciudades se confederaron con frecuencia y acudieron siempre solícitas en defensa las unas de las otras.

Siendo el trigo y los ganados su principal contingente de riqueza, el cambio de especies por el primero aún perdura y las sirve de norma; pero acuñaron también monedas, cuyos tipos y arte constituyen los más fehacientes modelos de su raza y su carácter.

Indispensable para ellos el abrigo, dado los rigores de clima, hay que admitirles el uso del *sagun* de lana, con las bragas ó *bracae* y la capa, como prenda más exterior y defensiva.

No eran soldados; la disciplina y estrategia militar la desconocían; pero sabían muy bien burlar al enemigo, atacarlo de sorpresa y oponerse á su empuje, siendo un hecho histórico que ellos detuvieran mejor que nadie á las águilas romanas, infiriéndoles gran daño con el manejo de la honda de lejos y de cerca cón la espada de dos cortes y punta y el puñal cuerpo á cuerpo, arrojándoles también la lanza, de la que siempre iban provistos con un par de ellas; el escudo, *pelta*, era su arma defensiva; buenos jinetes, nadie supo enfrenar mejor á los caballos, usando el filete y el bocado, con cuatro riendas; montados cada dos en un solípedo, acudían al lugar de la pelea, echando pie á tierra el infante y quedando el otro montado para formar sus temibles escuadrones.

Las ciudades principales ofrecen todas grandes condiciones de defensa; parecen dispuestas para ello por la Naturaleza: los muros rocosos de Clúnia, Termes, Castro, Atienza, Sepúlveda, Medinaceli y otros, son verdaderamente inexpugnables. En ellas se distinguen aún sus mansiones, en gran parte excavadas en la roca, con los silos, aljibes y demás dependencias propias para todo evento; tan fuertes y bien defendidas estaban, que los conquistadores imponían á los vencidos la condición de bajar al llano abandonando aquellas alturas.

El hogar tenía que ser la habitación principal de aquellas casas: en el pasaban las largas noches del largo invierno; pero, si creemos lo que dicen los historiadores, por el plenilunio salían ante ellas y pasaban la noche entregados á danzas y canciones, especie de *pean* consagrado á la luna, lo que implica cierto sabeísmo, aunque comprendieran que todo obedecía al imperio de un Dios tan poderoso como innominado.

No aparecen entre ellos restos de comunismo ó colectivismo agrario, pues la escasa feracidad de su tierra no lo permitía; aún hoy en los pueblos todos siembran, todos recolectan lo suyo, todos viven en su casa

propia, llegando su socialismo á que á nadie falte lo preciso, á utilizar sus propios para los animales de labranza, pero dentro todo de la individualidad más completa.

Las luchas entre los ganaderos y labradores aún persisten, siendo eternas las disputas con los pastores y la defensa de los sembrados contra la voracidad y extralimitación de los rebaños.

Tampoco les queda tradición ni práctica del avigeato ó cuatrería, siendo tan respetadas sus caballerías que no abrigan temor sobre ellas; bien es verdad que no á los Arevacos, sino á alguno de sus vecinos fué en la antigüedad á quienes se les señaló por este ejercicio.

Todavía pudieran determinarse otras particularidades referentes á los iberos Arevacos; pero como han de ser objeto de notas especiales, tendrían que incurrir en repeticiones innecesarias, por lo que queden para su debido tiempo, á fin de completar al cabo el concepto más cercano posible sobre su personalidad en lo pasado.

## II

### PREHISTORIA

EN la indeterminación de las edades primitivas vislúmbrense en la región del Duero y limítrofes huellas de vida humana, que se enlazan con aquellas épocas en que pudiera aún discutirse de su aparición sobre la faz de la tierra.

Los descubrimientos de Torralba nos la patentizan sobre terrenos antecuatnarios, y sin dejarnos llevar de clasificaciones demasiado rigurosas, por las que se pretende establecer una cronología imposible, es lo cierto que en la región se hallan huellas de sucesivas etapas, sin que apenas falten de ninguna de las establecidas en la general prehistoria.

Los restos de los grandes paquidermos hallados en Torralba nos manifiestan conviviendo al hambre con ellos, que dejó entre éstos las hachas de piedra de los tipos *prechelense* y *chelense*, como en ningún otro lugar de la Península hasta ahora se han encontrado. Siguen después los ejemplares de la piedra tallada, los de la edad del cobre y el bronce, hasta llegar á los tiempos perfectamente históricos, en los que de modo tan patente se se destacan las gentes de estirpe ibera.

Bien se comprende que nada de esto se relaciona con los propios *arevacos*, de aparición muy posterior y dentro ya de los tiempos históricos; pero aun así no parece ocioso dar cuenta de aquellos otros estados de cultura y de vida, que precedieron al de los que al fin sentaron de tal modo su planta en aquél suelo, que á ellos pertenece por completo su historia.

Para esto insertamos la nota que el comisionado oficial Sr. D. Juan Cabré nos remite, y que debe estimarse como el resumen más completo

de cuanto pre-ibérico ha llegado á descubrirse en la región objeto de este estudio. Dice así:

Los datos sobre prehistoria de la provincia de Soria y Norte de la de Guadalajara, que he podido recoger en mi trabajo del *Arte Rupestre*, en prensa, en el Catálogo histórico, artístico, arqueológico y monumental de la provincia de Soria, que se me ha encargado, y de las investigaciones del Sr. Marqués de Cerralbo, alma de estos estudios en la meseta central de España y al que se deben la mayoría de los descubrimientos que voy á citar, son los siguientes:

#### EDAD DE LA PIEDRA TALLADA

*Torralba*. Yacimiento con fauna, industria y arte de la época prechelense y chelense.

*Ambrona*. Yacimiento con fauna é industria chelense.

*Cerrada de la Solana* (Carrascosa de Arriba.) Yacimiento al aire libre con talla ¿chelense? y musteriense.

*Barranco del río Ucero*. Taller de industria musteriense al aire libre.

*Barranco del río Lobo*, entre Ontoria (Burgos) y Arganza (Soria). Yacimiento en la entrada de una cueva, con útiles é instrumentos probablemente musterienses.

*Cueva de la Miel* (Sierra Cebollera, Logroño). Industria musteriense.

*Cueva del Asno*. Talla tal vez magdaleniense. También tiene restos de civilizaciones neolíticas.

*Aceña* (Burgos). Industria del magdaleniense superior.

*Cueva del Tisuco*. Yacimiento perteneciente al magdaleniense.

#### EDAD DE LA PIEDRA PULIMENTADA

En la garganta que forma el Oncilla, afluente del Duratón, desde Covachuelas hasta el arrabal de Santa Cruz, existe una serie de yacimientos, casi todos ellos neolíticos, siendo algunos paleolíticos, como el anterior del Tisuco, que antes he mencionado, y de los más importantes los de la Gilana y Silo. Algunos de ellos han aportado esqueletos humanos del hombre primitivo.

*Cueva Lóbrega* (Cameros). Fauna, industria y esqueletos humanos no completos.

*Cueva Muriel* (Guadalajara). Industria y parte de un esqueleto humano.

*Torrevicente*. Cerca del pueblo hay varias cuevas, de las cuales el Sr. Marqués de Cerralbo ha recogido muchos esqueletos humanos é industria, de los que todavía no ha publicado su descripción.

#### CUEVAS ARTIFICIALES PERTENECIENTES A LA EDAD DE LA PIEDRA PULIMENTADA?

En *Miedes*, *Higes*, *Velilla* y *Somaen*, algunas de ellas contienen grabados rupestres,

## NECROPÓLIS AL AIRE LIBRE NEOLÍTICAS

*Uciel* (Montuenga).

*Sabinar* (Montuenga).

*Ogmico* (Monreal, Zaragoza).

## EDAD DE LOS METALES

*Cueva de la Reina Mora* (Somaen). Cerámica del tipo de la Ciempozuelos, y perteneciente á tres fases distintas.

*Barranco de San Pedro* (Montuenga). Cerámica al aire libre, del mismo tipo que la anterior y de su primera fase.

*Cueva de Abanco*. Cerámica é instrumentos de la época del bronce.

En mi concepto, de todo cuanto he expuesto hasta ahora tiene interés relevante de actualidad y además mundial, los yacimientos prechelenses y chelenses de Torralba y Ambrona, admitidos como los más antiguos de Europa, y luego la serie de descubrimientos de arte rupestre al aire libre del Sur de la provincia de Soria, y del Norte de las de Guadalajara, Cuenca y Teruel, que ha realizado el Sr. Marqués de Cerralbo, y últimamente la Comisión de Investigaciones paleontológicas y prehistóricas de Madrid, que tan dignamente preside el ilustre arqueólogo de la región del Alto Jalón.

Dichos descubrimientos consisten en infinidad de abrigos y rocas aisladas formando valles, en los que existen miles y miles de grabados.

Tres órdenes hay de grafitos: unos representan figuras humanas; otros, animales, y los últimos, signos.

De los tres grupos, el que reviste más interés es el primero. Dentro de las figuras humanas se pueden estudiar varias épocas; las que tienen cierto realismo deben ser las más antiguas, y siempre las interpretaron los artistas prehistóricos desnudas; á éstas siguen en edad algunas vestidas, y, por último, las de un marcado grado de estilización.

Las figuras de animales no son tan fáciles de clasificar; sin embargo, si se hace un estudio detenido de ellas, se llega á la conclusión que las de cuerpo muy adelgazado son relativamente modernas.

Los signos únicamente pueden clasificarse teniendo en cuenta el estudio comparativo con las pinturas similares del Sur de España; siendo el punto de partida para establecer dicho parangón, las figuras en forma de sol.

Hay más de cincuenta variedades de figuras humanas en las regiones que me ocupo. No se conocen en España similares á las del primer grupo; de los otros dos, sí. De los vestidos, hasta el presente sólo he visto un peñón en lo más alto de Sierra Morena, en el término municipal de Santa Elena, Jaén, que contiene dos figuras pintadas del mismo tamaño que las de la provincia de Soria. Las estilizadas por un lado, las hay en Batuecas, Garcibuey y en toda Sierra Morena, Sierra María, provincia de Alicante, y en los montes que circundan la laguna de la Janda, y por otro, sólo en tres sitios, uno en la Cueva del Tajo de las Figuras, de la laguna de la Janda, en un peñón situado en el corazón de Sierra Morena, y en dos de la Coaña, junto al mar.

Tenemos en las provincias de Soria y Guadalajara todas las variantes del Sur

de España, á excepción de las que se componen de dos triángulos reunidos por sus vértices, con ó sin apéndices laterales, por lo cual es de creer que ambos pueblos, que pintaron y grabaron, unos en el Sur y los otros en el Centro de España, tenían muchos puntos de contacto.

Lo que no cabe duda alguna es que el mismo pueblo que grabó los peñones de arenisca sorianos, fué el que labró los granitos de Galicia; en uno y otro sitio se ve un estilo común, parecidos asuntos é igual manera de interpretarlos.

Véase en qué, principalmente, consiste esta unidad.

Varios peñones, ya de Soria ya de la Coruña, tienen grabadas series de herraduras de las que en un extremo ó en el centro existe una sola, dividida por un trazo vertical. Tal composición en sí parece que no tiene importancia, pero si se realiza un estudio de estilización humana teniendo á la vista todas las pictografías de España, llegase á la conclusión de que las herraduras son el último grado de estilización femenina, y la dividida por un trazo vertical, la humana masculina, y que ello todo viene á representar una danza fálica, asunto primordial de toda composición rupestre, ya sea del pueblo neolítico, como del paleolítico.

En mi trabajo sobre el *Arte rupestre de España*, desarrollaré extensamente esta cuestión y en él expondré cuantos antecedentes sean necesarios para explicar la interpretación expuesta.

Otras composiciones de Galicia se parecen á las de Soria y tienden en los dos sitios á perpetuar la misma idea, grabadas en un estilo no tan moderno como el último que he citado.

Por último, réstame decir que los diversos valles con grabados, ya de Soria, Guadalajara y Teruel, pertenecen al pueblo neolítico; reservándome al presente fijar su determinación, y sólo insistiré en que, por todas las apariencias, debían ser para dicho pueblo sagradas, en los que uno de sus cultos principales sería el fálico.

De todo ello se deduce que anteriormente á los iberos ocuparon aquel suelo, desde los tiempos más primitivos, otras gentes y otras razas de procedencia muy distinta, dejando huellas de los caracteres de su cultura, que no con ellas desaparecían, antes al contrario, perduraban y aun perduran hasta nuestros días, transmitiéndose de unas á otras generaciones.

Y sean cual fueren las razas á que pertenezcan las hachas *chelenses* y *musterienses*, ó de los productos *magdalenenses* de los trogloditas y fabricantes de los instrumentos de piedra pulimentada, hasta llegar á la época de los metales, habrá que reconocer una serie continuada de gentes pre-ibéricas, cuyas últimas manifestaciones artísticas nos llevan á enlazarlas por su estilo con las africanas, y que por ello llamábamos *atlánticas*, vascas ó tubalinas, de las que la tradición, ya que no la historia, se apodera y salva del olvido.

Quizás coincidiendo también con el establecimiento de los iberos, debamos admitir la presencia de ciertos elementos semitas y helénicos, llegados hasta las regiones más meridionales, principalmente por el alcance



de las colonias fenicias y greco-arcaicas, que se establecieron en el litoral Mediterráneo y remontaron el curso de los grandes ríos que en él vertían sus aguas, de lo que tan terminantes memorias quedan.

## HISTORIA

Son de tal entidad los hechos ocurridos ciertamente en la región objeto de este estudio, que bien merecen nos detengamos en ellos, y más si podemos esclarecerlos y determinarlos, desvaneciendo muchas confusiones que sobre los mismos aún perduran.

Bien se puede admitir que otras razas primitivas debieron ocupar esta región en las más remotas edades, quedando, sin duda, algunos recuerdos de ellas, ya lingüísticos ó arqueológicos; mas es lo cierto, que posesionados de tal suelo los invasores iberos en fecha perdida para la historia, pero nunca, á nuestro parecer, anterior á la fundación de Roma, prevalecieron estos borrando toda huella anterior, ya fuera vasca, helénica ó semita.

Dueños los iberos de la cuenca del alto Duero, redujeron á los cántabros y autrigones, várdulos y vascones, todos ellos de estirpe vasca y con los que nunca se confundieron, á las regiones más septentrionales, y sin que sea posible determinar hasta dónde alcanzaron por el Mediodía, hállanse sin duda huellas de iberismo en la región más oriental de la Túr-dula y occidental de la Turdetania, sin aparecer hasta ahora en la central Carpetana y Oretana, como si deteniéndose ante la gran cordillera Carpe-to-Betónica la trasvasaran sólo por sus extremos. Los Astures, por el NO., parece que se opusieron á su expansión hacia aquel lado más allá del río Esla, antiguo *Astura*.

Dedicáronse desde luego principalmente á continuar sus hábitos originarios, en su doble carácter de cultivadores del campo y fomentadores de los rebaños en grande escala, siendo éste su principal cuidado desde los primitivos tiempos.

Por ello fundaron, á pesar de sus hábitos trashumantes, importantes y bien defendidas ciudades, aprovechando las condiciones naturales del terreno y su situación propicia para la seguridad no tanto de sus cosechas, como de los ganados, principales medios de su existencia.

Labradores y ganaderos se repartieron el territorio, asentándose los primeros singularmente en los llanos, y los segundos en las sierras; pero como éstas fueran muy frías en el invierno, y escasas en tal tiempo de pastos, practicaron la trashumación de los rebaños á países más cálidos,

inaugurando así los caminos de la mesta y estableciendo campos de pastoreo, que dieron lugar á otras Iberias en las regiones meridionales, como la de los confines de la Turdulia con la ciudad de Ibros y otra Iberia en Riotinto, tan cercana á las Extremaduras.

Aquellas cañadas tan admirablemente encontradas para salvar las grandes cordilleras, fueron el origen de los itinerarios y caminos utilizados más tarde por los conquistadores, y á su libre paso se debieron las mayores reyertas.

Los rebaños de ganado lanar se desarrollaron grandemente sobre toda otra especie, pero el aprecio del caballo fué general á los iberos, y singularmente á los arevacos, constituyeron raza especial, de muy particulares condiciones: por esto los estimaban extremadamente, conviviendo con ellos y haciendo en su favor sacrificios que quizás llegaran á negar á sus semejantes.

Las ciudades fronterizas hacia el mediodía, como Ocili, Termes, Titia, Seguvia y otras, debieron á la trashumación su existencia, pues formaban como las estaciones de defensa y abrigo de los puertos más practicables, por donde encontraron siempre fácil paso para sus rebaños á las tierras templadas.

Por mucho tiempo transitaron éstos muy tranquilos del Norte al Sur de la Península y viceversa, suscitándose sólo algunos encuentros entre los labradores y ganaderos á causa de las extralimitaciones de las marcadas rutas, que vinieron á constituir sus hechos históricos; ó por la disputa de los pastos, algunas tan enconadas como la conocida por *la batalla de los rayos*, en las tierras de la Iberia turdetana, en la que hombres y mujeres se acometieron con furia inaudita al frente de sus rebaños, pereciendo innumerables combatientes, á pesar de la horrible tormenta que también los fustigaba.

En tan sencilla vida pasaron siglos enteros, cuando hubo de llegarles noticia de que masas innumerables de gentes, hombres, mujeres y niños, pueblos enteros desbordados, invadían las comarcas más occidentales; verdaderas oleadas humanas, cuyos gritos se confundían con el gruñir de los muchos cerdos que les acompañaban. Eran los celtas, que por el Norte habían invadido el suelo hispano, corriéndose hacia el mediodía.

Grandes luchas sobrevinieron por la defensa de las tierras, á que tan acreedores se creían los iberos. Sus rebaños no podían bajar ya libremente á las regiones del Tajo y el Guadiana hacia el Occidente: quizás



perduraron por muchos años en estas reyertas, hasta que, convenidos al cabo, quedó el Eresma como límite entre ambos pueblos, sembrando los celtas de simulacros de cerdos en piedra sus campiñas al occidente de este río, como símbolos de su posesión y dominio.

A tal acuerdo llegóse además por la fusión de las dos razas, por la inteligencia amorosa de ambos convecinos, resultando así aquel pueblo de los celtíberos, dueño y señor del centro y riñón de la Península, que había de constituir para siempre su nervio principal y el tronco de tantos heroísmo y empujes inauditos.

Pero aún habían de encontrar los arevacos otros obstáculos á su género de vida establecido, porque si los rubios celtas les habían merchado sus dominios por el Occidente, gentes de atezado rostro, recién llegadas del Africa, entremetíanse por todas partes, poniendo también obstáculos al paso de sus rebaños á las regiones en que invernaban. Eran los cartagineses, poderosos señores en el Continente africano, que, atraídos por las riquezas del suelo de la Península, pasaban para apoderarse de ellas: al principio en son de paz y comercio; después, con verdadero empuje de conquista.

Buscaban singularmente los metales que guardaba en su seno, aún inexplorado, á lo que los iberos no oponían gran resistencia, por no apreciarles ni saberlos explotar; pero bien pronto comenzaron á serles molestos, y más cuando comprendieron que se les quería someter para facilitar la extracción de aquella riqueza, por lo que, llegados á las manos, derrotaron al principal caudillo de los africanos, Amílcar, que pereció ahogado en las aguas de un río, muy cerca de la región arevaca, en la falda de los montes Idubedas, junto á Acra Leuce, ó sea Montalbán.

Aquella batalla fué el comienzo de la serie de luchas que habían de sostener los españoles contra sus dominadores, aunque con el mal acuerdo de confederarse ya con uno ó con otro de los rivales que se disputaban al parecer su amistad, pero, en el fondo, su dominio. Mas hasta entonces ninguno de ellos había llegado á pisar la región del Duero. La alta barrera formada por los montes Ebudios, ó Idubeda de Tolomeo, infundíanles gran respeto.

Entre tanto los moradores de las regiones más vecinas al Mediterráneo, fiando bien poco en la *fe púnica*, volvieron sus ojos á la ya potente Roma, á la enemiga irreconciliable de Cartago, comenzando los ampuritanos y los saguntinos por declararse sus amigos y aliados.

No nos incumbe detenernos en lo que pasó con Sagunto y los progresos de Aníbal en la sumisión de España; sólo diremos que la falaz conducta de los romanos en Sagunto produjo sus naturales efectos, al grado de que, al llegar los comisionados romanos hasta Volcia ó Velucia (Caltañazor) de los arevacos, en son de alianza, pero, en puridad, como exploradores, los volcianos recibieronlos agriamente, echándoles en cara su desamparo de Sagunto.

Esta es la primera noticia que nos proporciona la historia del contacto de los arevacos con los romanos; pero la repuesta de los volcianos debió hacerles comprender con qué clase de gentes habían de luchar para llevar á cabo sus planes, aunque aprendiendo el camino más fácil para llegar al corazón de aquella comarca, que era remontando el alto Jalón, como después siempre hicieron. Quizás ayudó á ello el encuentro de las salinas al comienzo del curso de este río, á cuya substancia eran tan afectos los romanos.

Ocurrido igual caso con otras ciudades iberas, y encontrando á casi todas ellas comprometidas por la política de Aníbal, emprendieron los exploradores latinos el retorno á Roma por la Galia Narbonense, con idea de recabar de aquellos pueblos pusieran obstáculos á la marcha hacia Italia del gran caudillo cartaginés, cuyos planes, por lo que se ve, prevenían. Acogidos igualmente con menosprecio por los galos, llegaron á Marsella, donde pudieron asegurarse de los planes de Aníbal, para los que ciertamente había reclutado gran número de aguerridos españoles, de los que iba acompañado.

Algunos de ellos, más de tres mil carpetanos, volvieron á sus hogares antes de pasar los Pirineos, con otros siete mil que licenció el propio Aníbal, el cual, como es sabido, continuó su marcha hacia Italia, venciendo obstáculos tan poderosos como el paso de los Alpes.

Los romanos, compitiendo en genio militar con el gran Aníbal, acordaron, á más de oponerse á su marcha, traer la guerra á España para dividir su atención y cortarle la retirada; con tal motivo apareció la primera flota romana en Ampurias, al mando de Gneo Scipión, al que ofrecieron su apoyo todas las ciudades de la costa catalana.

Llegado á España después Publio Cornelio Scipión en socorro de su hermano Gneo, emprendieron ambos la campaña contra los cartagineses y sus aliados, para lo que fué fácil entenderse con los celtíberos, disgustados al cabo con los cartagineses, llegando á tal extremo, que marchó á

Roma una numerosa comisión de influyentes españoles, para convenir con el Senado sobre las bases de la alianza y amistad que se entablaba, y sobre los socorros que deberían ser enviados á España, de los que decía Polivio, «que aunque bárbaros, pronunciaron sus discursos ante el Senado y expusieron con claridad y corrección todas las cuestiones objeto de la embajada».

Trescientos hacendados iberos llegaron á Roma, donde fueron recibidos y agasajados, encontrando tal acogida que volvieron en la creencia de haberse conquistado el más sincero afecto por parte de la poderosa república, aunque bien pronto habían de comprender en cuánto se habían equivocado.

Pero divididos los españoles en los bandos de cartagineses y romanos, surgieron las consiguientes batallas, que al cabo dieron por resultado el arrojar de nuestro suelo á los cartagineses, siendo el principal teatro de aquellos encuentros los campos de Aragón y Andalucía, pues en el resto aún sus habitantes se conservaban independientes y ajenos por completo á estas reyertas.

Logrado su primer objeto por los romanos, aunque á costa de la vida de los dos Scipiones, que la perdieran ambos con pocos días de diferencia en los confines meridionales de la Iberia, vino á España Publio Cornelio Scipión, hijo de Publio, joven de veinticuatro años, con ánimos de vengar la muerte de su padre, encendido en odio contra los cartagineses, pero dotado de singulares talentos. Gracias á ellos aseguró la victoria sobre sus enemigos, arrojándolos por completo de la Península y quedando dueño de los terrenos que habían sido teatro de sus hazañas.

Vuelto Scipión á Roma, quedó el gobierno y mando de la parte conquistada en España al cargo de dos procónsules, uno en la región citerior y otro en la ulterior, dividiéndose así entonces por primera vez nuestro suelo; pero téngase en cuenta que esta división estaba muy lejos de abarcar lo que después, siendo llamada citerior la región catalana y aragonesa, y ulterior el resto, al otro lado de los montes, sin límites determinados, pues aquellas eran las únicas sometidas al poder romano.

Declarada España provincia consular, vino Marco Porcio Catón (193 a. de J. C.) á proseguir su conquista y ampliarla en buena parte, hablándose de un conato de asedio á Sigüenza, y de una vaga mención de Numancia, siendo del pretor Fulvio Novilior del primero que se dice llegara á Toledo, y la cercara y tomara, considerándose este avance como el mayor entonces en la penetración de España por los romanos.

Poco después se citan por vez primera á los lusitanos, venciendo y derrotando á los romanos. Pero hay que tener muy en cuenta quiénes fuesen estos lusitanos, aliados constantes de los celtíberos y en contacto con ellos, que no pueden ser los de Portugal, como veremos.

Esta confusión de los lusones con los lusitanos ha causado tal perturbación en el campo de nuestra historia, que justo es quede desvanecida para siempre, aunque haya que destruir errores tan arraigados como los de creer portugués á nuestro gran héroe Viriato, variando así las etapas de la conquista romana, aún no completamente estudiada ni definida.

La conquista de la Carpetania fué al principio difícil para los pretores Calpurnio y Crispino, pero al fin gloriosa y muy celebrada, teniendo luego su complemento por parte de Fulvio Flaco al entrar en Talavera.

Llegado el pretor Tiberio Sempronio Graco á la citerior, donde según frase que en el Senado había pronunciado, *ulteriores civitates Celtiberiae in armis sunt*, propúsose, para prestigio de su nombre, extender la influencia romana hasta los confines occidentales de la Celtiberia, por lo que, avanzando por los desfiladeros de los montes Orospeña, llegó á tomar las ciudades de Munda, Certima, Alce ó Alea y Ercabica, lugares todos extremos hacia la región oriental manchega, más las 300 ciudades ó aldeas de que habla Polivio.

Corriéndose luego hacia el Norte, fundó, como fin y recuerdo de su mando y victorias, la ciudad de Gracurris, en el lugar de Gravalos ó Corrella, llegando tan sólo á obtener de los arevacos, con los que se comunicó desde la nueva ciudad, ciertas concordias y alianzas, favorables en algo para los romanos.

A todo esto, como vamos viendo, aún ningún caudillo latino había penetrado en son de conquista en la región del Duero, asiento de los arevacos, que principalmente nos interesan. Graco fué el primero que entabló relaciones con ellos, amistándose con los Numantinos, que con este motivo comienzan á figurar en la historia. De este modo preparaban sus avances y aseguraban sus futuros éxitos los generales romanos con previsión y diligencia admirables.

Perdidas las fuentes históricas respecto á estos sucesos, resultan bastante confusos los hechos por estos años entre nosotros, viéndose claro tan sólo que los romanos comenzaron bien pronto á hacerse odiosos á los españoles por sus depredaciones y violencias, al extremo que enviaron de nuevo embajadores al Senado romano en queja de la rapacidad y codicia

de los pretores. Rodilla en tierra, cosa nunca vista, expusieron ante el Senado sus fundadas quejas, y aunque bien atendidos, pudieron observar el poco rigor con que eran castigados los culpables.

Poco después, en el año 153 antes de J. C., fecha cierta, un llamado Africano, cartaginés de nación, pero que vivía entre los lusitanos de la Celtiberia, atacó y venció al pretor Marco Marsilio, continuando en los años sucesivos molestando á los romanos, hasta que fué muerto Africano de una pedrada en la cabeza, en el cerco de Blastofenices, en la Bética, hasta donde los había conducido.

Todos estos sucesos ocurrían en la Lusitania celtíbera, no en la portuguesa, como en adelante determinaren os.

En el año de 150 comenzó realmente la guerra contra Numancia, con motivo de las exigencias de los romanos, cansados ya de verse humillados tan frecuentemente por los españoles.

Como quiera que Graco hubiese obtenido de los celtíberos la promesa de que no habían de fortificar sus ciudades, y la de Segeda ó Segida, que no parece fuera la de los pelendones, reedificase sus murallas, ejemplo seguido por otras ciudades de los titios, el Senado romano apercibióles de que no continuasen en aquella obra, pagasen además el tributo convenido y enviaran contingente de hombres de armas para ayudarles en sus guerras. Respondieron á esto los segedanos ó segidanos y titios que no se estimaban á ello obligados, presentándose amenazadores y en inteligencia con los numantinos y los lusitanos, sus constantes aliados.

Los romanos acordaron entonces enviar á España un ejército consular á las órdenes de Quinto Fulvio Novilior, para la citerior, pues á la ulterior marchó Lucio Munnio.

Novilior avanzó por el Jalón en son de conquista, y estableciendo su cuartel general en Ocili, con su arsenal de fuerzas y provisiones, avanzó hacia el Norte en dirección á Segida (*urbs arevacorum*, según Estrabón), con un total de 20.000 peones y 5.000 de á caballo.

Los segidanos, desapercibidos para la defensa, por no tener sus muros lo suficientemente reparados, abandonaron la ciudad, amparándose en Numancia, pero saliendo al encuentro de los romanos, y en unión además de los titios, emboscados en una garganta, dieron contra las cohortes del cónsul Novilior, causándole tales pérdidas que lo desbarataron por completo.

Repuestos los romanos, no obstante, volvieron á la pelea, perdiendo en ella la vida 6.000 arevacos con su jefe Caro, teniendo que acogerse los



segedanos á Numancia, que les abrió sus puertas y los amparó como *socios* y *consanguíneos* que de ellos eran <sup>1</sup>.

Fué aquella batalla el 30 de Agosto del año 153 antes de J. C., á no larga distancia de Numancia, sin duda en alguna garganta de las primeras estribaciones de la sierra de Santa Ana, paso obligado del ejército romano que venía desde Ocili; el cual, al tercer día, presentóse muy reforzado á la vista de Numancia, y en son de combatirla por el amparo que había dado á los segedanos.

Tal fué la excusa hallada por los romanos para hostilizar por vez primera á Numancia, motivo fútil é injustificado, pues como dice el propio Lucio Floro, «nunca se vió de guerra alguna más injusto; pues no les era dado á los numantinos dejar de acoger á los segedenses, que eran sus socios y parientes, cuando no de otro modo pudieran haber escapado de los romanos».

Reunido todo el ejército de Fulvio Novilior, contando además con 300 caballos numidas y 10 elefantes enviados por el rey Massinisa, amigo de los romanos, declaró el ataque contra Numancia, destacando los elefantes contra algunos numantinos que habían salido á la pelea.

Nunca habían visto los nuestros tales animales, por lo que al verlos avanzar con sus torres repletas de guerreros, sorprendiéronles grandemente, y espantados los caballos tuvieron que volver á la ciudad, preparándose á su defensa desde los muros.

A pesar del difícil acceso llegaron hasta ellos los elefantes, pero recibidos á pedradas por los de la ciudad, un gran peñasco, que alcanzó á uno de ellos, enfurecióle de tal modo, que bramando de dolor introdujo el desorden entre los suyos á tal extremo, que el Cónsul determinó abandonar el ataque á la ciudad amparadora de los segedanos.

Los numantinos salieron entonces, y persiguiéndole le mataron 4.000 peones y se apoderaron además de tres elefantes.

<sup>1</sup> Tal les llama Lucio Floro. A pesar del unánime parecer de los autores, que señalaron á Canales como el emplazamiento de la antiguo Segeda, el rigor histórico de estos sucesos despierta ciertas dudas respecto á ello. O Segida, como escribe Estrabón, era distinta de Segeda, ó quizás tuvo razón Tolomeo al llamar Savia á la ciudad de los pelendones. Por su situación tan al Noroeste, en lo más abrupto y retirado de la región, por su poca importancia estratégica y por su distancia máxima de Ocili y demás ciudades fronterizas, mal podía inquietar á los romanos. Tratárase más bien de alguna ciudad cercana á Numancia, como Almazán, Morón ó Barahona, y entonces tendrían explicación satisfactoria los hechos á que dió lugar y los recelos de los conquistadores. Realmente, examinados los motivos para asignar Segeda á Canales, no son de gran fuerza ni convenientes.



Tal fué el resultado del primer ataque que experimentó Numancia, por parte de sus enemigos los romanos.

El Cónsul determinóse á acampar cerca de la ciudad, en donde pasó un cruelísimo invierno. No sabían los romanos lo que era tener que invernar en España, en una meseta á 1.200 metros sobre el nivel del mar y en la provincia de Soria, expuestos á las nieves y aires del Moncayo, por lo que los días se hacían eternos y las enfermedades tan agudas como mortales; escaso de víveres y vituallas, se dirigió á *Axenia*, ciudad bien provista, como mercado que era de los celtíberos (*Berlanga*?), pero con tan mal éxito, que tuvo que volverse á sus reales sin ellos, viéndose obligado á levantar el sitio en una noche.

La identificación de *Axenia* no esta definida. pudiendo aplicarse á alguna de las ciudades próximas á Numancia y en situación propicia y de cruce de vías, por lo que indico á *Berlanga*, cuyo nombre antiguo realmente nos es desconocido, pero que siempre conservó su gran importancia como mercado <sup>1</sup>. (Cortés la aplica Ayora ó Buenache, pero sin razón de verosimilitud alguna.)

Como padeciesen grandemente los caballos romanos con los rigores invernales, comisionó Novilior á su capitán Blesio, para que los adquiriera, quien bajando sin duda á *Ocili*, pudo proporcionárselos entre los de la cuenca del *Jalón*, desde entonces tan propicia para su recría; con ellos volvía al campamento, cuando ya cerca hallóse con los arevacos emboscados, los que le acometieron con tal furia, que le desbarataron por completo sus tropas, pereciendo Blesio en el encuentro.

Tan repetidos descalabros hacían insostenible la situación del Cónsul en su campamento de invierno. Aún contaba, en último caso, con su retirada á *Ocili*; mas ni esto pudo realizar, pues sublevados los de *Medinaceli* se declararon por sus compatriotas, apoderándose de todas las provisiones del Cuartel general romano, y cortando de este modo la retirada al cónsul *Novilior*.

El Senado romano, dándose cuenta de tan apurado trance, mandó en su socorro á *Marco Claudio Marcelo*, ya conocedor de España, como fundador ó restitutor que fué de *Córdoba* en su primer pretoriado, al mando de 8.000 soldados y 500 caballos, siendo su primera empresa la de recuperar á *Ocili*, para poder seguir en socorro de

<sup>1</sup> El Papa León X concedió á *Berlanga* una colegiata, en 1514, con la advocación de Nuestra Señora del Mercado.

Novilior; mas esto no ocurrió hasta el año siguiente, entrado el de 152 a. de J. C.

Sometida Ocili, perdonó, sin embargo, la vida á sus defensores, mediante la entrega de 30 talentos de oro, enorme suma que indica la riqueza de la ciudad en aquellos días.

Dueño ya de la entrada de la región, marchó al socorro de Novilior, sin que la Historia nos proporcione más detalles, si no es que Novilior bajó á unirse con él, desamparando su empresa, pues no vemos que Marcelo penetrara hacia el Duero, sino que dirigióse contra Nertobriga, en el bajo Jalón (Calatorao, según Saavedra).

Marchando, pues, contra Nertobriga, exigió de ella la entrega de cien jinetes para otorgarles la paz; pero como sufriera algo su ejército por los ataques de gentes desbandadas, tomó por cautivos á los cien jinetes y vendió los cien caballos, continuando el cerco de la plaza.

Dispuestos los de Nertobriga á entregarse, comenzaron las conferencias, en las que Marcelo les exigió que de otorgarles la paz habría de ser suplicándose además los bellos, titios y arevacos, sus aliados y vecinos, por lo que, entendiendo éstos que habría de serle provechosa, vinieron en efecto á ofrecerse á Marcelo, del que obtuvieron la concordia; pero como recibiese además otros embajadores contrarios á ella, de otros pueblos, por motivo de estar entre ellos indispuestos, enviólos á todos á Roma, para que allí expusieran sus querellas, escribiendo además al Senado de que procurara averirlos, para la mejor penetración de España.

Por tercera vez se presentaron en Roma embajadores españoles para tratar de sus asuntos, amigos y enemigos de la República, los que, oídos en el Senado, fueron despachados á su tierra con la promesa de que Marcelo les daría la respuesta. Esta fué enviar contra ellos un gran ejército al mando del general que había de sustituirle.

El cónsul Marcelo, sabiendo que se disponía Lúculo á relevarlo y queriendo dejar sentadas las relaciones amistosas con todos los celtíberos, amenazó de nuevo á los arevacos acercándose á Numancia; mas por mediación de su caudillo Linthenon llegaron á un concierto bellos, titios y arevacos con el cónsul, que aseguraba la buena amistad entre españoles y romanos, ganando éstos en la partida, al poder penetrar fácilmente y cuando les placiera en la cuenca del Duero; con esto terminó aquel primer intento de sumisión, como prólogo de ulterio-

res empresas, no quedando ninguno de los contendientes muy seguro de la cordialidad de la alianza que se entablaba.

El cónsul Lúculo, intentó posesionarse de la región del Duero, atacándola más por el Occidente, por la región de los vaceos, cercando á Cauca; sorprendidos sus habitantes con tan inopinada guerra, preguntaban á los romanos á qué era debido aquel ataque, presentándose entonces Lúculo como vengador de los carpetanos, por agravios á éstos inferidos, pero ensañándose después de tal suerte con los desapercibidos caucenses, que pasó á cuchillo á casi todos ellos y saqueó la ciudad, haciendo por ello su nombre abominable, al perpetrar una de las mayores infamias de que quedó memoria en España por mucho tiempo.

Ningún error comete Apiano al decir, contando esta hazaña, que Lúculo pasó el Tajo, pues, dueños ya los romanos de la Carpetania, por ella tuvo que venir para seguir hacia los vaceos.

El Cónsul tomó la dirección opuesta al Areva y dirigióse hacia Intercantia (entre Valladolid y Astorga), llegando hasta Palencia, para concluir por bajar á Andalucía, donde terminó su cargo. Su sucesor el pretor Servio Galva provocó otra campaña que se relaciona más íntimamente con nuestro objeto.

---

LA GUERRA DE VIRIATO.—Episodio de gran interés en la historia de la conquista de España por los romanos fué la campaña contra Viriato, cuyas hazañas se enlazan íntimamente con los arevacos.

Una confusión de nombres de localidades ha inducido á los más graves errores respecto al lugar y gentes que tomaron parte en aquellas contiendas; pero el estudio detenido del asunto va esclareciéndolo en gran manera, aunque por ello tengan que desecharse arraigadas convicciones.

Ya Cortés, en su *Diccionario histórico*, hizo notar que el nombre de *Lusitania* tenía acepciones muy distintas en los autores clásicos, dejándola como tal sólo para los portugueses, pues aceptó el de *lusones* para los celtíberos del alto Tajo. D. Eduardo Saavedra colocó á estos últimos en la región de Molina, siendo Arenas López (D. Anselmo) el primero que francamente determinó el sentido que debe darse á los textos clásicos, nunca referentes á una región que, cual la portuguesa, no fué recorrida por los romanos hasta el tiempo de Julio César, atendiendo últimamente D. Joaquín Costa, en sus *Estudios ibéricos*, semejantes observaciones al determinar el lugar de las principales hazañas y de la muerte de Viriato,

ocurrída en las cercanías del Mediterráneo. Ultimamente, el Sr. Alemany (D. José) en sus estudios sobre *La geografía de la Península ibérica*<sup>1</sup>, llega á la misma conclusión, hoy ya incontestable.

Los motivos y razones que existen son de tal peso, que crean la necesidad de cambiar de rumbo para la identificación de la patria y el teatro de las proezas del gran héroe.

Si los romanos no habían pasado aún de Ebury, ó sea de Talavera de la Reina, en la cuenca del Tago, ni conquistado á Palencia, como intentó Lúculo; si constantemente vemos á los lusitanos en alianza con los arevacos; si no es posible admitir marchas tan inverosímiles por parte de Viriato y su gente, al punto de atravesar de un extremo á otro de la Península en una sola noche; si real y efectivamente, sin que nadie lo contradiga, en el país de los lusones celtíberos ocurrieron los más decisivos acontecimientos de aquella guerra, quedando sin embargo por identificar muchos lugares citados por su principal historiador Apiano, y haber venido á morir el gran caudillo defendiendo sus dominios, establecidos en la región más oriental de la Península, nada más lógico que estimarlo oriundo de la región lusitana celtíbera, y genuinamente español por su carácter y estrategia<sup>2</sup>.

Porque hay que notar también que la índole de la táctica de Viriato y los suyos se aviene perfectamente con las noticias que tenemos del género de vida de aquellas gentes. Desposeídas de tierras propias para el sustento y poco ejercitadas en su labranza, dueñas de sierras estériles, adiestráronse en el pillaje y arrebato de las comarcas vecinas; agílísimos jinetes además, por su sistema de dispersión, después de dado un golpe se hacían imperseguidos. Diodoro dice de ellos «que los más jóvenes y ágiles, reunidos en bandos, se retiraban á las más enriscadas sierras, para vivir del poder de sus armas. Agrupados después en grandes bandos, hacen violentas correrías por la Iberia, y enriquecidos con el botín vuelven á los montes, donde se hacen inexpugnables». ¡Qué de extraño que los romanos llamaran á estas gentes bandoleros y ladrones, incluyendo en tal apelativo hasta á su temido jefe Viriato!

<sup>1</sup> V. REVISTA DE ARCHIVOS, 1910.

<sup>2</sup> Esto no obsta para que se reconozcan las correrías de los lusitanos portugueses á Andalucía y hasta el Africa en tiempo de los pretores Mummio y Atilio (años 151-150 antes de J. C.), contemporáneos de Fulvio, y al tiempo que éste invernaba tan penosamente cerca de Numancia. En el último año Acilio, ó Atilio, tomó á Ostrace, que, según algunos, corresponde á Ocrato ó Castello Blanco, en Portugal, con algunos pueblos de los bettones, lo que ayuda á producir las confusiones apuntadas.

La primera vez que suena su nombre es en la fuga que pudo lograr de las asechanzas del pretor Galva, tan codicioso y falso como elocuente. Valiéndose de sus halagüeñas palabras, convocó simultáneamente, pero en distintos puntos, á los lusones, de los que había sufrido antes una derrota que le obligó á invernar en Carmena, según algunos ciudad de la Betica, si no se trata más bien de Carpena, en la Edetania.

Llegado el verano marchó contra sus enemigos, separados como había dispuesto, por lo que, teniéndolos así divididos, cargó sobre los primeros asesinándolos á todos, corriendo después igual suerte los segundos y los terceros.

En vano los lusitanos imploraban á sus dioses y los ponían por testigos de tan ruin traición <sup>1</sup>, logrando tan sólo algunos escapar milagrosamente de tan inesperada muerte, siendo uno de ellos aquel aguerrido Viriato, para tan grandes hazañas reservado.

El Senado romano no castigó al pretor Galva, pero envió para sustituirle al cónsul C. Vectilio, que ofreció tierras á los lusones en que pudieran morar tranquilos.

No llegaron, sin embargo, á un acuerdo romanos y lusitanos, por lo que, emprendida de nuevo la guerra entre ellos, llevó Vectilio á Viriato, ya proclamado jefe de los suyos, á un lugar en el que les era imposible todo escape. Entonces fué cuando Viriato patentizó su gran ingenio al salvar situación tan apurada.

Dió para ello órdenes á los suyos, de que provocando el encuentro, al primer choque se dispersaran como pudieran, viniendo todos á reunirse en Tribola ó Turbola <sup>2</sup>, que según la más fundada opinión correspondía á Teruel, cerca de Albarracín, adonde se supone por los más modernos autores, que debió efectuarse el encuentro.

Eutropio escribe textualmente, que ocurrió «entre el nacimiento del Tajo y el Ebro, en territorio propio de los lusones». El plan resultó tan eficaz, que todos escaparon, teniendo que sostener, no obstante, Viriato con los más escogidos el empuje, mientras los demás se ponían en salvo.

Burlado así el cónsul Vectilio acudió, sin embargo, contra Tribola, pero cayendo en una celada, pereció en ella con su ejército.

El cuestor de Vectilio, de nombre ignorado, pidió socorro á los bellos y titios, que no debieron ayudarle mucho, pues parece que no llegó á

<sup>1</sup> Valerio Máximo en su libro III, cap. VI.

<sup>2</sup> Arenas López, *Viriato no fué portugués, sino celtíbero*, pág. 51.



abandonar á Carpesa, ciudad citada de la Edetania, cerca de Valencia, en la que se había refugiado.

Viriato pasó después á pillar la Carpetania en la parte que estimaban dominar los romanos, por lo que el Senado envió para escarmentarle al pretor Plaucio, que sufrió la más completa derrota, efecto de otra dispersión dispuesta por el caudillo de los lusitanos: *Plautius nihilo felicius rem gessi*, como dice Lucio Floro.

Con esto Viriato hizose dueño de toda la región lusona ó lusitana del alto Tajo, pues *universam Lusitaniam ocupabit*, como continúa Lucio Floro. (Ept. de Tito Livio, 52.)

Roma, aterrada, envió un ejército consular para combatir al que llamaba bandolero, al mando de Claudio Unimano; pero menos afortunado aún que sus predecesores, fué vencido al primer encuentro.

A estos combates se refieren las ampulosas lápidas de Viseo y Coimbra, reconocidamente falsas y sin que nadie ya las defienda <sup>1</sup>.

El valor de los lusones infundió el mayor respeto entre los romanos.

Como un prisionero quisiera evadirse, atravesó á un caballo con su lanza y arrancó la cabeza de un tajo al jinete; luego, tranquilamente, emprendió su fuga, sin que ningún romano le detuviera <sup>2</sup>.

El nombre de Viriato causaba en Roma terror y espanto: 15.000 hombres y 2.000 caballos fueron entregados al hermano de Scipión Emiliano, al prestigioso cónsul Quinto Fabio Máximo, el que desembarcando en Orsana (144 a. de J. C.), cerca de la desembocadura del Ebro, dedicó el invierno á preparar su gran ejército para la lucha, estableciendo en Córdoba su residencia.

Llegado el momento del avance, y después de sacrificar, piadoso, en honor de Júpiter, en su templo de Cádiz, trató de envolver al caudillo lusitano, dirigiéndose contra él por Mantesa y el Orospeña, paso obligado de la Bética á la Iberia, logrando encerrarle en la fortaleza de Vecor ó *βακωρ* en tierra valenciana.

Desde allí dedicóse Viriato á levantar á su favor á los titios, bellos y arevacos, constantes aliados de sus vecinos los lusones, pues según frases textuales de Apiano, «hicieron siempre la guerra á los romanos por sí, sin tregua ni descanso; lucha cotidiana y laboriosísima, llamada

<sup>1</sup> V. Humbner, núms. 40-51. *Inscriptiones falsae vel alienae*.

<sup>2</sup> Eutropio, *Re Rom.*, IV.



numantina, de Numancia, una de sus ciudades y cuya historia será narrada en cuanto termine la de Viriato».

Quinto Fabio Máximo pasó, sin embargo, su proconsulado sin realizar ninguna famosa hazaña, á pesar de sus grandes aprestos, ni mucho menos pudo vencer á Viriato, con el que dice Lucio Floro que hizo una paz honrosa (*pace cum Viriato aequis conditionibus facta*).

Determinados con estos precedentes los jalones del teatro de la guerra lusitana, y sin entrar en más detalles, podremos interpretar más extensamente y sin violencia los textos y determinar las localidades sin caer en confusiones, que tanto han perturbado á autorizados historiadores obsesionados por la idea de llevar á Portugal estas luchas: así comprendemos mejor la razón de que los arevacos se mostraran siempre tan amigos y auxiliares de sus convecinos, que es lo que realmente nos interesa.

Esta alianza y apoyo fué después constante para con el héroe lusón, que tan gran prestigio adquiría. Durante los catorce años que tuvo en jaque al ejército romano envalentonáronse de tal modo los arevacos, que ya llegaron á casi despreciar su empuje, influyendo esto en mucho para sus posteriores heroísmos; y cuando Viriato, al cabo, fué traidoramente asesinado, casi se creyeron obligados á ser los vengadores de su memoria.

Las campañas de Viriato siguieron con buena suerte casi siempre en las regiones de Valencia, Teruel, Cuenca y Jaén, en las sierras tan abruptas de Cazorla y del Maestrazgo, en los mismos lugares que muchas de las hazañas del moderno Empecinado, y puede asegurarse que nunca pasó los límites de la Carpetania y de los vaceos, sin acercarse siquiera á Portugal para nada, ni él ni los romanos, separados siempre de aquella parte de la Península por los terrores del río *Lestes* ó del olvido; pero el nombre del gran caudillo llegó á extenderse y adquirir tal prestigio por todos los ámbitos de la Hispania, que vino á pensarse en la concentración de aquellas distintas fuerzas y destacose por un momento la idea de la unidad nacional, bajo el imperio de Viriato <sup>1</sup>.

No sólo los arevacos, sino los vaceos, los carpetanos, los vectones y hasta los gallegos le ofrecieron su concurso y apoyo. Solo precisamente de los lusitanos portugueses no se habla como colaboradores de esta empresa, pues no debemos estimar como tales á los bracarenses.

1. Todo lo concerniente al carácter y hazañas de Viriato se encuentra tan circunstanciada y serenamente expuesto en el trabajo del Sr. Arenas López (D. Anselmo), *Viriato no fué portugués, sino celtibero*, que á él remitimos á todos los que deseen conocerlo en sus menores detalles.

A la llegada de estos auxiliares tuvo que oponerse Bruto, general del cónsul Cepión que penetró por comarcas «que ni de nombre eran antes conocidas, mereciendo el de Galaico». Cepión, que veía próximo el fin de su mando, sin conseguir ventaja alguna, dispuesto á concluir con su enemigo por cualquier medio, logró sobornar á los Embajadores que vinieron á protestar del incumplimiento de los tratados últimamente celebrados. Convenida la traición, fué el héroe asesinado por sus amigos en su lecho durante el sueño, asegurando L. Floro que tal resolución «fué tomada por hallarse convencido Cepión que de otro modo no era posible vencer á Viriato». Ocurrió tan triste suceso, según el mejor cálculo, en el año 141 antes de J. C., y en el lugar de las sierras del Idubeda, donde aún hoy la fantasía popular distingue y señala el eminente lugar, la altísima pira en que fué incinerado el gran héroe, en el peñón llamado de *Los lirios*, al frente del prado de Villacabras, donde se celebraron suntuosísimas sus exequias y fué amargamente llorado.

Así se deshicieron los romanos de aquel obstáculo insuperable, que se opuso durante tanto tiempo á sus planes de accesión y conquista de nuestro suelo, por lo que, apenas desaparecido, buscaron el más fútil pretexto para seguir su intento, basándose precisamente en la conducta observada por los auxiliares de nuestro gran héroe. El nombre de Numancia fué entonces el grito de guerra de la nueva empresa.

### III

#### SEGUNDA GUERRA DE NUMANCIA

Las consecuencias de la muerte de Viriato se hicieron sentir bien pronto. Su sucesor Tántalo, sin pericia ni prestigio, tuvo que suscribir un tratado con Roma, formalizado en el año 138 antes de J. C., que puso fin á aquellas luchas, quedando, sin embargo, dueños sus soldados de la ciudad y campo de Valencia <sup>1</sup>, la de los edetanos y no la de Alcántara, según algunos han creído <sup>2</sup>.

Pero animados más por ello los romanos, emprendieron con nuevo empeño la empresa de cambiar en sumisión la concordia con los celtiberos concertada.

Para esto, tomaron otra vez como motivo de sus reclamaciones la conducta de los segedanos ó segidanos, durante la guerra de Viriato, al que habían auxiliado en distintas ocasiones, y por lo que les exigían la reparación consiguiente.

No encontrándose muy seguros, dado el estado de sus murallas, y temiendo el castigo de los romanos, acogiéronse otra vez á los numantinos, por los que fueron amparados.

Surgen de nuevo á la escena estos segidanos, *arevacos* según determina Estrabón, vecinos y congéneres de los numantinos, por lo que se

<sup>1</sup> *Junius Brutus, Cos. in Hispania iis, qui sub Viriato militaverant, agras opidunque dedit, quod vocatum est Valentia* — Lucio Floro, epit. del libro XLV de Tito Libio.

<sup>2</sup> V. para su determinación, Arenas. López: *Viriato*, pág. 123.

acrecienta el deseo de identificar su ciudad y situación geográfica. Ya antes hemos apuntado nuestra desconfianza de que se tratara de los primitivos habitantes de Canales, aplicándoles más bien el nombre de *Savia* para su ciudad, según hace Tolomeo, por lo que en nuestra última excursión á Berlanga nos sugirió el examen de sus más antiguos restos la idea de que quizás pudiéramos estar contemplando los de la antigua Segeda, pues los de Auxenia quizás convengan mejor á otra localidad no muy distante.

Forma el río Escalote, que corre por el sur de Berlanga, unas hoces de tan inexpugnable corte, que por aquel lado no hay posibilidad de ataque alguno: en una de ellas se asienta aún su imponente castillo medioeval, que domina el desmantelado palacio de sus marqueses; pero por el lado opuesto la subida no tiene nada de escarpada, antes al contrario, es suave y de fácil ascenso.

En la cumbre del tajo aún se distinguen trincheras y pasos excavados en la roca, pero en la ladera la muralla ha sido arrasada de tal modo, que parece no haya existido nunca. Era, pues, aquella ciudad primitiva la que sin duda requería mayor extensión en sus defensas amuralladas, de todas sus congéneres; por ello que le dieran tanta importancia y se consideraran en gran peligro sus moradores al encontrarlas derruídas. Que fué ciudad ibera no cabe duda, y hasta restos se conservan cerca de ella de castrametación romana, desde donde debieron ser combatidos. Por todas estas particularidades, por su proximidad á Numancia y á Titia, según determina Appiano, por su situación del lado acá del Duero para los ejércitos invasores, y en el riñón de la región arevaca, surge de la inspección ocular de tan fuerte posición el recuerdo de aquella antigua ciudad, tan heroica como combatida.

Si pues los primitivos habitantes de Berlanga acudieron á los numantinos y fueron por ellos amparados, nada de extraño tiene que estos últimos intercedieran en su favor con los romanos; pero recibieron tan agrias respuestas, que provocaron el coraje de los numantinos al negarles, no sólo el perdón de los segedanos, sino exigirles además que les entregaran cuantas armas tuviesen, quedando todos sin ellas.

El numantino Megara, de gran respeto y prestigio entre ellos, se puso al frente de aquel rompimiento, que tuvo lugar el año 139 antes de J. C., es decir, dos después de la muerte de Viriato, bajo el proconsulado de Quinto Pompeyo.

Este pasó sin dilación á combatir á los numantinos, comenzando así las hostilidades y las empeñadas luchas con que asombraron al mundo é hicieron su memoria imperecedera.

Existían muchas razones además para que los romanos hicieran de Numancia el principal objetivo de sus ataques. Significada muy mucho desde hacía tiempo por su repetido amparo á los segedanos y auxilio á Viriato, y ocupando una posición extratética admirable, tenía que comenzar por ella la sumisión de la cuenca del Duero. Ya se atrevieran á penetrar los conquistadores por el valle de Valverde, al pie del Moncayo, ó por el Sur, siguiendo la ruta del Jalón y de Ocili, á todos lados podían acudir prontamente los numantinos y tender muy peligrosas emboscadas: por el Sur era el camino más conocido de los romanos; pero llegar al Duero y bajar siguiendo su curso tampoco era táctico, dejando atrás centro tan importante como Numancia. Así pues, la sumisión de ésta debía ser necesariamente el comienzo de tal empresa.

Por ello Quinto Pompeyo, siguiendo los pasos de Fulvio Novilior cuando la primera guerra, penetró por Ocili (Medinaceli), y con grandes precauciones preséntose ante Numancia, no sin sufrir antes un peligroso ataque de los arevacos, conocedores mucho mejor que él del terreno.

Alzados todos en armas, y disponiéndose los de Termes (ciudad situada á unas diez leguas al Sudoeste de Numancia) á auxiliar á los numantinos, marchó contra ellos el Procónsul para impedirles efectuaran el socorro, sin duda siguiendo la izquierda del Duero, por la ruta de Almazán, Berlanga y Carrascosa. Los termestinos, que por primera vez comienzan entonces á sonar en la historia, dejaron llegar hasta su ciudad á los romanos, fiados en su situación y fortaleza, con tan buena suerte, que en la primera salida mataron 700 legionarios é impidieron que llegara al campamento un tribuno que les conducía provisiones.

Otro día salieron por tres veces fuera del recinto de tan bien defendida ciudad, con tal ímpetu, que los arrollaron y empujaron hacia uno de los grandes cortes que dividen en mesetas aquellos campos, despeñándose gran cantidad de jinetes con sus caballos, que de improviso vefan bajo sus pies abrirse aquellas simas: la fantasía señala como lugares de aquel desastre los grandes cortes llamados las hoces de Carrascosa; pero más cerca había otros quizás más propios para ello.

El Cónsul tuvo que retirarse dirigiéndose, según Appiano, á la ciudad de Malia, no muy lejana, donde ocurrió el caso de que sus propios habi-

tantes, entablado querella con los numantinos, que formaban parte de su guarnición, mataran á éstos y abrieran sus puertas á Pompeyo.

No está determinado ni consta en ninguna parte la equivalencia y lugar de Malia, habiéndola supuesto algunos Mallen, en Aragón, partido de Borja; pero mirando el mapa y conociendo el terreno, pudiera estimarse que se trata quizás de Caracena, cuyo antiguo nombre nadie conoce, y que estaba mucho más en camino al volver el Cónsul sobre sus pasos, separándose un tanto, para abreviar, de la dirección que había traído.

No deja de constituir esto sólo meras suposiciones, pues ningún texto ni memoria aclara tales pormenores; pero examinando el terreno se comprende ser esto lo más verosímil, y si cabe lo único posible, dados los escasos datos con que contamos. Caracena, por lo demás, debía ofrecer entonces grandes condiciones de fortaleza.

Pompeyo marchaba para reunirse con el resto de su ejército, que había dejado en las cercanías de Numancia, pero el ataque á esta plaza tenía que sufrir una prórroga, por la necesidad de acudir los romanos á otra empresa que igualmente les interesaba.

Levantados en armas los sedetanos al mando del caudillo español Tangino, Pompeyo partió contra él, dirigiéndose por Agreda y el Moncayo á la región aragonesa, donde venció á Tangino, tomándole numerosos prisioneros, de los que dice el propio Appiano, que eran tan feroces que muchos se mataban antes de entregarse cautivos, «otros mataban á sus señores, y otros que eran llevados por mar, horadaban las naves en que iban para que se hundiesen y todos se anegasen».

Aún se habla de otra ciudad tomada por Pompeyo, cuya identificación es muy difícil; la de Lagni..., en la que le ocurrió algo parecido á lo de Malia, por lo que algunos la han estimado como lá misma <sup>1</sup>.

Terminadas estas empresas, volvió Pompeyo contra Numancia, dispuesto á atacarla y tomarla; pero antes de proseguir hay que hacerse cargo de lo que era esta ciudad, de su posición estratégica y condiciones de defensa, para comprender todo el proceso de aquella campaña.

Leyendo los textos y buscando antecedentes no han faltado quienes dudaran hasta de la identificación de la heroica ciudad con el cerro en que se exhuman hoy sus ruinas. Sabido es que en el siglo XII se creyó haber estado situada en el solar de la moderna Zamora. Hoy ya nadie puede

<sup>1</sup> V. Cortés, *Dicc. Geográfico-histórico*, III, pág. 505.



dudar de que el cerro de Garray constituye la base de parte de aquella importante ciudad, por tantas razones determinada.

Hállase ésta formando como el centro de un gran anfiteatro de escarpadas montañas, de tan difícilísimas entradas, que franquearlas constituiría hoy muy arriesgada empresa. Esta configuración orográfica se levanta en medio de extensas llanuras, como una fortaleza natural inexpugnable. Cuando se marcha hacia Soria, desde el Sur, el paisaje cambia bruscamente de aspecto, pasándose de la más llana campiña á las gargantas más abruptas de la Sierra de Santa Ana, que se prolongan por el camino de Agreda, destacándose por el Norte de las llanuras de Ailloncillo, Buitrago y Fuente Cantos.

Por entre aquellas rocas tuerce su curso el Duero, formando el foso al Occidente de la ciudad, que por aquel lado resultaba infranqueable.

A la orilla izquierda de éste, desde que se le une el Tera hasta el punto de conjunción con el Merdancho, hoy mucho menos caudalosos que en antiguos tiempos, se asentaba la ciudad numantina, notable por sus defensas, por su urbanización, sin igual en aquellos días, de sus calles y casas, por su fácil comunicación con todas las aldeas comarcanas, y por ser entonces estimada como el centro de toda la región oriental y el alcázar y refugio de toda ella.

La ciudad de Numancia, según las más recientes investigaciones, no estaba constituida tan sólo por el cerro de Garray, que formaba uno de sus barrios, sino que se prolongaba además por las colinas adyacentes. Debe asegurarse que el recinto de Numancia, en los días de la segunda guerra, comprendía el perímetro que pudiera trazarse desde el alto de Castillejo al de Travesadas, Valdevorron, Peña Redonda, Garrejo, y pasando el Duero al de Dehesilla, enlazando con Alto Real, como dos avanzadas por el Occidente del río, hasta unir otra vez, salvando el Tera, con Castillejo; ciudad de valles y colinas, como claramente Appiano expresa. Todas estas eminencias, en las que se han descubierto restos de la ciudad, estuvieron sin duda unidas por un grueso muro, con dos puertas, una al Oriente y otra al lado opuesto, en gran parte desmontado, pero del que algunos restos aún pueden reconocerse, y que sería igual al de tantas otras ciudades de la comarca, justificándose así la medida de 24 estadios de circuito que le adjudican los autores antiguos, y que como cada estadio equivalía á una quinta parte de kilómetro, representan los 24 casi cinco kilómetros de desarrollo.

Por el Occidente quedaba defendida la ciudad, de Norte á Sur, por el Tera y el Duero, y al Mediodía por éste al torcer, y el Merdancho su afluente, constituyendo la más fuerte de la región, pues como Appiano escribe: Νομαντίαν, ἡ δυνατοτάτη πόλις ἔν.

De este modo configurada, defendida tanto por los escarpados naturales cuanto por los muros de construcción de grandes piedras y tierra, como acontecía en todas las demás ciudades ibéricas, Numancia representaba la llave de toda una región, con la que fácilmente se comunicaba, y el centro de un núcleo de aldeas y viviendas, al amparo de su posición tan fuerte y á cuyo abrigo tenían que acogerse en los momentos de peligro.

Aún tendremos que especificar más estos extremos al estudiar su defensa.

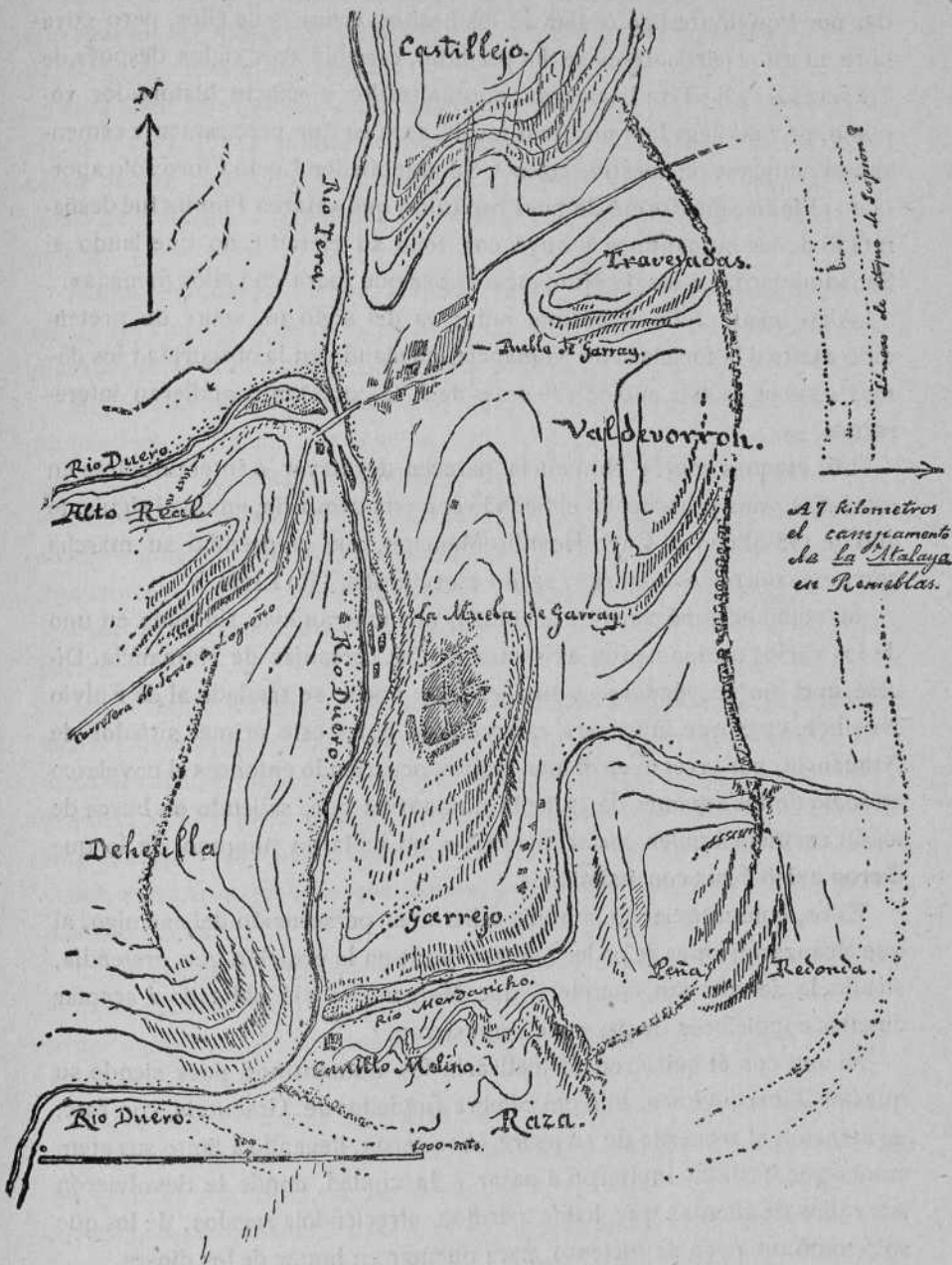
Vuelto Pompeyo sobre Numancia, su campaña se redujo á un asedio sin resultados para él favorables, pretendiendo privarles de los recursos que recibían por el Duero, llegando en esto el invierno y viéndose precisado á acampar con mil quebrantos.

La historia habla tan sólo, entre mil vaguedades, de un concierto de paz, en parte obtenido por dinero (mediante la entrega de 15 talentos de oro), pues la guerra á todos perjudicaba, hablando Appiano de condiciones que no debieron ser definitivas, por cuanto al venir el nuevo cónsul Papilio Lenate, no quiso admitirlas, remitiendo al Senado á Pompeyo y una comisión de numantinos para que las discutieran, por considerar la paz afrentosa é indigna para el pueblo romano.

Appiano, Eutropio, Tito Livio, según el sumario de Lucio Floro, y cuantos autores antiguos se refieren á esta paz, la califican muy duramente y como deshonorosa para el General que la estipulara,

Pocas palabras dedica Appiano á la gestión del cónsul Popilio, indicando sólo una expedición sin resultado contra los lusones, que sin duda se moverían en favor de los numantinos, en justa correspondencia de sus anteriores auxilios, añadiendo apenas nada Tito Livio, ni autor alguno, acerca del resto de su mando.

Es verdaderamente lamentable lo que ocurre con las fuentes históricas de estos acontecimientos, pues con todas sus vaguedades y parcialidades, ni un renglón más hemos podido agregar en dos siglos á los conocidos de Appiano Alejandrino y Lucio Floro, compilador de Tito Livio, principalmente, tan saqueados como hasta violentamente interpretados, por cuantos han tratado de estos asuntos.



PLANO DE NUMANCIA

Con el recinto más probablemente cercado por sus murallas.

Appiano Alejandrino, que sin duda se nutrió de las noticias consignadas por Polivio (testigo ocular de los hechos, cronista de ellos, pero cuya obra en estos particulares se ha perdido), escribió tres siglos después de los sucesos, y de Tito Livio, tan puntualizador y exacto historiador romano, no han llegado á nosotros las décadas en que precisamente comenzaba á ocuparse de nuestras cosas <sup>1</sup>. Su compilador Lucio Floro sólo aporta en el índice que formó de tales capítulos, que «Marco Popilio fué desbaratado de los numantinos y huyó con todo su ejército, no queriendo el Senado guardar á los de Numancia la paz que fuera con ellos firmada»...

Algo añade Julio Frontino, autor ya del siglo III, sobre un pretendido asalto á la fortaleza de Numancia, quedando en la obscuridad los demás sucesos de este año de 136 antes de J. C., que tanto pudieran interesarnos.

Los ataques contra Numancia parecen desmayar ó interrumpirse en estos días, más preocupado el Senado con esta campaña, envió al siguiente año de 135 al cónsul Cayo Hostilio Mancino, que emprendió su marcha con muy contrarios augurios, según especificaba Tito Livio.

Mancino acampó cerca de la ciudad, atrincherándose sin duda en uno de los varios campamentos existentes en las cercanías de Numancia. Dícese que, no creyéndose seguro, en una noche se trasladó al de Fulvio Novilior, en el que invernara catorce años antes este primer sitiador de Numancia, por creerse en él más seguro, ocurriendo entonces el novelesco episodio de los amantes de la bella numantina que, saliendo en busca de algún enemigo á quien cortar una mano, no hallaron ninguno, de lo que dieron aviso á sus conciudadanos.

Estos, comprendiendo la huída salieron en persecución del enemigo, al que alcanzaron antes de poder hacerse fuerte en la posición que pretendía, siendo la derrota tan completa, que Mancino se vió obligado á aceptar cuantas condiciones de paz se le impusieron.

Ni aun con él quisieron formalizarla los numantinos, pues siendo su questor Tiberio Graco, hijo del célebre fundador de Gracurris, con éste, en atención al recuerdo de su padre, la trataron, llegando á tanto sus atenciones que hasta lo invitaron á pasar á la ciudad, donde le devolvieron sus rollos de cuentas que había perdido, ofreciéndole regalos, de los que sólo tomó un poco de incienso, para quemar en honor de los dioses.

<sup>1</sup> Hace años se dijo haberse encontrado en una antigua biblioteca de la Corea las obras completas de Tito Livio, pero después nada se ha confirmado de esto en el mundo científico.

Esto indica el espíritu tan templado de los numantinos, su creencia en que podrían ser amigos y aliados de los romanos, y su confianza en que por la guerra no serían vencidos.

Con todo esto habían los nuestros aprendido de tal modo el camino de Roma que al menor motivo marchaban allá, creyendo que habrían de ser atendidos y respetados, pretendiendo tratar los asuntos como de potencia á potencia. El Senado los oía, pero no les atendió nunca.

Juntos marcharon á Roma Mancino, Graco y los numantinos portadores de sus convenios de paz y en el Senado se increparon mutuamente por disculparse de la derrota y condiciones de la paz.

El Senado romano estaba muy lejos de dejarse convencer por los numantinos ni variar por ello en lo más mínimo su política expansiva; mas para satisfacerlos de algún modo fué condenado Mancino á la afrenta mayor que nunca sufrió caudillo alguno, pues traído á España al año siguiente (134 antes de J. C.) por el cónsul Publio Furio Filo, hizo entrega de él á los numantinos, dejándole atado y desnudo á las puertas de la ciudad, donde permaneció todo el día sin que nadie le amparase.

Entre tanto el cónsul Emilio Lépidó atacaba á los vacceos llegando hasta Palencia, enviando á su yerno Bruto á debelar otros lugares, tan fuera de razón y lugar que el propio Senado romano envióle á decir suspendiera sus ataques. Lépidó escribió manifestando los motivos de aquella empresa, pero tuvo que levantar el cerco y perdió en la retirada 6.000 soldados, con otros grandes quebrantos, por lo que fué depuesto y condenado en Roma.

En el Sumario de Tito Livio dice Lucio Floro que «el procónsul Marco Lépidó padeció en la guerra que movió contra los vacceos un destrozo semejante al que poco antes habían recibido los romanos en Numancia».

Junio Bruto era más afortunado en sus empresas: dirigiéndose hacia el Occidente recorría las comarcas comprendidas entre las cuencas de los grandes ríos Betis, Anas, Tajo, Duero y Lamia; pero detenido por los galaicos, con éstos tuvo los más duros encuentros. Por ello llegó hasta el río Lethes, ó del Olvido, que tanto pavor infundía á los conquistadores, teniendo que pasarlo personalmente al frente de su ejército para que éste le siguiera, emprendiendo después la sumisión de la propia Galicia.



Ningún romano había antes pisado aquellas comarcas tan extremas del mundo.

Digno de notar es que de esta expedición, la más occidental que hasta entonces habían realizado los romanos, no se citen por Appiano á los lusitanos, aun no sometidos.

Muy vagas noticias nos dan después los autores clásicos de los hechos ocurridos bajo los consulados de Fabio y Quinto Calpurnio Pisón, pero no debieron ser para ellos muy satisfactorios cuando el Senado romano decidió concluir con Numancia, foco perpetuo de aquellas inquietudes y quebrantos.

Para ello designó á su mejor general, al vencedor de Cartago, á Publio Cornelio Escipión el Africano, hombre ya de edad madura y de gran previsión y práctica en estas empresas.

Si la frase de *delenda est Cartago* había sido su lema en Africa, la de *delenda est Numantia* lo fué ahora en España.

Escipión preparóse para la campaña con todos los elementos que estimó necesarios, sobre todo con la compañía de aquellos ilustres ciudadanos que más pudieran ayudarle en la empresa.

El séquito de Escipión no se componía sólo de soldados; con él vinieron muchos nobles jóvenes romanos; á él se agregaron en España reyes amigos de Roma, como Iugurta, nieto de Massinisa, y ciudadanos como Cayo Mario, que había de ser su victorioso enemigo, así como Sertorio, que tan ilustre habría de hacer su nombre.

A su lado aparecía siempre Polivio Megalopolitano, su gran amigo, consejero é historiador de aquella empresa, y el poeta Lucilio, y los tribunos y cronistas Sempronio, Aselion y Rutilio Rufo, formando de todo aquel brillante séquito lo que llamaron la legión Filónida, es decir, de los amigos. El propio Escipión inspirábase en la *Ciropedia*, de Xenofonte, de la que siempre llevó consigo un ejemplar, constituyendo su lectura favorita.

Con todo este empuje se lanzó Roma sobre Numancia.

Llegado Escipión á España, encontró á los soldados romanos completamente desmoralizados. Licenciosos en sus placeres, muelles y enervados, los hábitos guerreros habían en ellos desaparecido. Sus primeras disposiciones fueron el someterlos á duros ejercicios para fortalecerlos en las durezas y molestias que la guerra proporciona. Por todo ello, lo que menos pensó fué atacar desde luego á los numantinos.



Hay que fijar las fechas de los sucesos bajo el consulado de Escipión para por ellas ver la razón de muchos de éstos. Llegado á principios del año 134 antes de J. C., empleólo en tales preparativos, penetrando sin duda por el conocido camino de Medinaceli. Cuando estaban las cosechas para ser recogidas, avanzó hacia la ciudad, arrasando todas aquellas campiñas, pero no penetró en las gargantas de las montañas; antes al contrario, bajando por el Duero, dirigióse hacia los vacceos.

Siguiendo en tal dirección, acercóse á su capital Palencia, experimentando tales reveses que sólo su gran pericia pudo salvar. De vuelta hacia Numancia todo lo arrasó y conquistó, pero logrando quedar amigo y confederado con aquellas ciudades que, como Cauca, tenían que olvidar tantos agravios de los romanos.

Llegado el invierno, penetró ya hasta las cercanías de Numancia, και παρήλθεν ἐς τὴν Νομαντινὴν χειμασιων. (App., § LXXXIX), atrincherándose en uno de aquellos campamentos más próximos que de antes existían, sin formar ninguno nuevo, é inaugurando el asedio con un episodio que le demostró lo temible de sus enemigos.

Como se dispusiera á saquear los pueblos de la orilla de la próxima laguna de el Henar, emboscados los numantinos en las escabrosas montañas cercanas, cayeron sobre la caballería romana con tal empuje y tan de sorpresa, que á no ponerse en acción todo el ejército romano, quizás hubieran sufrido un gran descalabro. Mas acudiendo todos al socorro, por primera vez se dió el caso muy especial, como anota Lucio Floro, de que los numantinos volvieran las espaldas para meterse en la ciudad; pero tal daño hicieron á los romanos que resolvió Escipión no volver á terciar las armas con ellos.

Afirmándose en la idea de sitiar por hambre á los numantinos y esquivar con ellos todo encuentro, dispuso su campamento en el lugar llamado *la Atalaya*, de Renieblas, según la más razonada opinión, cuyos restos aun hoy son patentes. En él recibió al nieto de Massinisa, Jugurta, que le trajo doce elefantes, surtidos con sus correspondientes guerreros, y desde este campamento observaba á la ciudad enemiga y tomaba las disposiciones más oportunas para su vencimiento.

Appiano consigna en el párrafo 90 de sus *Ibéricas* que «poco después dispuso lo más próximos posibles á la ciudad de Numancia *dos campamentos*», uno el que ya tenía y del otro dió el mando á su hermano Máximo. τῆς Νομαντίας δυο στρατόπεδα θέμενος (App., § xc.)

De estos campamentos, parece perfectamente comprobado que el suyo fué el de Renieblas, á siete kilómetros al Oriente de la ciudad, no estando aún determinado adónde situara el de su hermano Máximo, sin que sea violento, antes al contrario muy verosímil, que lo estableciera al lado contrario, es decir hacia el Occidente <sup>1</sup>.

Desde estos campamentos, construídos con arreglo á todo el arte de la castrametación definido por Polivio <sup>2</sup>, y dejando á Numancia en medio, comenzó Escipión el verdadero asedio de la ciudad objeto de su empresa, pensando sólo en rendirla por hambre, pues era firme su resolución de no pelear con gente tan fiera <sup>3</sup>.

1 V. el artículo del Sr. Simancas, *Numancia*, en la REVISTA DE ARCHIVOS, Mayo-Junio de 1914, pág. 507.

2 Cap. xxvii, libro vi.

3 Sobre los siete pretendidos campamentos de Escipión, que nadie acepta, se han suscitado controversias, que han dado por resultado el mayor estudio de estas cuestiones y una depuración de ellos muy acabada.

El señor abad de la Colegiata de Soria, D. Santiago Gómez de Santa Cruz, en unos artículos de candente polémica, sometió el punto á tan rigurosa crítica, que hay que concederle la mayor dilucidación posible de todos estos interesantes extremos. Como consecuencia de ello, formula ciertas conclusiones muy dignas de ser transcritas. Son las siguientes:

*Primera.*—La guerra no fué entre Roma y la ciudad de Numancia, como muchos han creído y siguen creyendo, sino entre Roma y los pueblos de los arevacos, comprendidos en la región de los pelendones, que tenían como cabeza y capital de provincia á Numancia.

*Segunda.*—Numancia, aislada de los pueblos, no reunía condición alguna, si se exceptúa el valor indomable de sus habitantes, relativamente muy pocos, que la hiciera fuerte para poder sostenerse contra Roma, como se sostuvo.

*Tercera.*—Numancia, no ciudad sólo, sino ciudad capital de provincia, defendida por todos sus hijos, los cuatro, seis á ocho mil que habitaban dentro de sus muros y los que poblaban los pueblos, cuyas ruinas pueden verse aún hoy en las sierras que rodean á la siempre ciudad invicta, fué entonces y sería hoy inaccesible á cualquier enemigo, por poderoso que fuera, y si Escipión pudo sitiarla y arrasarla, fué únicamente porque antes de atacar á los numantinos que vivían en la ciudad acabó con los que vivían en las montañas.

*Cuarta.*—El verdadero mérito de Escipión fué pacificar, prodigando el esfuerzo y la prudencia, los pueblos de la comarca numantina, y una vez libre de enemigos á retaguardia y aseguradas sus comunicaciones, sin tan grande esfuerzo, consiguió ver pronto muertos á los numantinos, ya que verlos vencidos era imposible.

*Quinta.*—En Roma, difícilmente se habría concedido mérito al hecho de acabar con los guerrilleros, verdadera dificultad de la campaña, mientras que el de arrasar la ciudad, cuyo nombre no se pronunciaba ni se oía en Roma sin que infundiera terror á todos los romanos, se consideraría como la última palabra de la pericia y el valor.

*Sexta.*—Polivio, conocedor de todas estas circunstancias, interesado sobre todo en que el triunfo de su protector y amigo íntimo fuese más admirado por el pueblo romano, exageró los trabajos que hizo Escipión en las inmediaciones de Numancia, para embellecer el relato y agigantar las proporciones de la hazaña, como, según Tito Livio, era cosa corriente en los generales é historiadores de entonces, y también en los de ahora podremos añadir nosotros.

*Séptima.*—Pretender ver confirmadas sobre el terreno todas las circunstancias que menciona en su relación de la guerra numantina Apiano, sólo por cuenta de Polivio, como ha pretendido Schulten, puede ser fruto de una imaginación exaltada, no de un entendimiento razonador.

*Octava.*—De la relación de Apiano se deduce la imposibilidad de que Escipión construyera los siete fuertes con que dió principio al asedio, en los sitios donde ha buscado sus restos Schulten.

Los demás extremos de los artículos del señor Abad, son tan razonados como convincentes.

Contaban los numantinos, según la opinión más corriente, tan sólo con 8.000 hombres. A Escipión le dan los historiadores de 40 á 60.000, incluyendo las tropas indígenas que llamó en su ayuda de las ciudades conquistadas, y que le fueron muy útiles, pues, según frase de Ambrosio de Morales, «siempre parece que no podían ser vencidos los españoles sin que españoles ayudaran á vencerlos».

Entonces empezaron las obras de mayor estrechamiento contra la ciudad, paralelamente á sus murallas, para lo que á cierta distancia levantó siete fuertes (Φρούρια δ' ἑπτὰ περιθεις, § XC) y á todo su alrededor abrió un foso, utilizando la tierra que sacaba para la trinchera; detrás de ésta aún la fortaleció con un muro de 40 estadios de circuito con estacadas y varias torres, aislando además la laguna. Καὶ τειχος τεσσαράκοντα σταδίου κυκλῶ περιεβάλλετο; lo que se explica perfectamente al tener 24 estadios el muro ibérico, de la ciudad bloqueada Ἦν δὲ περίοδος, ἥ μὲν αὐτῆς Νομαντίας πένσσαρες καὶ εἴκοσι στάδιοι· ἡ δὲ τοῦ χαρακώματος ὑπὲρ διπλάσιον. (Y el perímetro de Numancia era de veinti y cuatro estadios, y el de la estacada, casi el doble.)

Como no podía acercarse al Duero por el Occidente, por impedirselo los fuertes avanzados de Alto Real y Dehesilla, dispuso al Norte y Sur de ellos á orillas del río, unos artefactos que cerraran la navegación é impidieran la entrada de socorros, consistentes en torres á las que estaban amarrados ciertos maderos enchuzados que impedían el paso.

Aún, después de esto, los numantinos se lanzaron en busca de socorro por el lado occidental del río.

Con este motivo, habla Appiano de la salida de Retogenes Coravino, pero en forma sin duda algo desfigurada, pues si marchaba hacia los arevacos debió salir en dirección al Occidente, teniendo que salvar el campamento de Máximo, y dirigiéndose á Lucía, que estaba muy cerca de Numancia.

Las ciudades arevacas, temerosas del poder romano, no se atrevían á ofrecerles su socorro; sólo los jóvenes de Lucía estaban dispuestos á seguirlo, pero enterado Escipión, en una noche marchó contra ellos, cortó la mano derecha á los jóvenes partidarios de Numancia y volvió á sus reales con celeridad pasmosa. Lucía pudiera muy bien convenir á la moderna Luvia.

Escipión no se apresuraba, por lo demás, á entablar ningún combate, ni aun intentó abrir brecha en el muro y proceder al asalto; sólo tuvo en tren de ataque á 20.000 de los suyos, más para imponer al enemigo que para lanzarlos al asalto.

El último día de Numancia se acercaba. Sitiada tan estrechamente, apurados sus recursos y sin posibilidad de obtenerlos, los efectos de su falta se agravaban por momentos.

Obligados, por ello, trataron de entablar condiciones de entrega, mas Escipión las impuso tan duras, que volvió Avaro y cuatro embajadores que lo acompañaban á la ciudad con tan mala respuesta. Indignados y enfurecidos los numantinos, comenzaron por dar muerte á sus enviados y desafiaron á Escipión á pelear en abierta batalla.

Nada les era concedido; la desesperación se apoderó de ellos, y viendo que ni morir dignamente se les permitía, embriagándose con la *célica*, que era su bebida alcohólica, salieron á atacar las posiciones romanas.

En este encuentro murieron muchos de ellos; otros, desesperados, volvíanse á la ciudad. El hambre era cada vez mayor; aún quisieron intentar la huída en sus caballos; pero las mujeres cortaron las riendas y se dispusieron también á morir al lado de sus maridos. Entonces apelaron al suicidio por todos los medios; unos peleaban entre sí, otros tomaban veneno, otros se arrojaban á las piras ardientes.

Un principal numantino llamado Teógenes puso fuego á todo su barrio, y después de matar á muchos de sus propios amigos, se arrojó á las llamas, que propagaron el incendio á la ciudad entera.

Escipión veía todo esto desde sus posiciones y comprendía lo que pasaba; la enorme hoguera continuó día y noche caldeando aquel ambiente; cuando se decidió á penetrar en la ciudad, ya un tanto apagada y silenciosa, sólo encontró ruinas y cadáveres, sin hallar un solo habitante á quien aprisionar como cautivo. Valerio Máximo dice que sólo miembros humanos despedazados se veían, de los que parecía hasta haberse con ellos alimentado.

Así pereció aquella indomable Numancia, más por el hambre y por su propio incendio que por la fuerza de las armas.

No podía ocurrir otra cosa, dada la decisión de aquel pueblo romano, que estaba destinado á dominar al mundo entero, y la pericia del gran caudillo enviado para la empresa; pero salvó la ciudad el principio de su independencia, dando un ejemplo de heroísmo siempre admirable y nunca estéril. Porque Numancia no se olvidó jamás, y aunque sometida España á las armas latinas, el espíritu ibérico convivió con ellas, manifestóse siempre latente, logrando al cabo su expansión y preeminencia, concluyendo por conquistar á sus conquistadores y por salvar su entidad en la historia.

Escipión, una vez tomada Numancia, la asoló por completo, repartiendo su suelo entre sus amigos los convecinos, ó mejor dicho sometidos, no permitiendo su reedificación bajo ningún concepto. No es extraño, pues, que nada quedara de sus defensas, por él destruídas, y después nunca autorizadas para ser rehechas.

Pero demostróse también que el excesivo individualismo de los iberos les privó de la concordia [que requiere el concepto de nacionalidad para imponerse, pues al mismo Escipión le fué manifestado que á no aprovecharse de él no hubiera con españoles vencido á los numantinos. Ejemplo del que nunca hemos sacado la suficiente enseñanza.

Con esto el gran caudillo romano, sin esperar á que pasaran los dos años de su proconsulado, pues Numancia la tomó á los quince meses de llegar á España (Abril del año 133 antes de J. C.), volviéndose á Roma á celebrar su triunfo, muriendo poco después súbitamente.

Parece que un período de relativa calma siguió en España á la caída de Numancia; pero no debió ser muy largo cuando á poco se habla de campañas contra los lusitanos, que entonces debieron ser sometidos en sus tierras más occidentales confines con el Océano, pero tan sucintamente, que sólo alcanza á la noticia, así como de ciertas invasiones germánicas que fueron rechazadas.

Por lo que respecta á los arevacos, bien pronto comenzaron de nuevo á moverse, pues en el año 96 antes de J. C., tuvo que enviar Roma contra ellos al cónsul Tito Didio.

Volvieron con esto los encarnizados combates entre españoles y romanos. Didio tuvo que sostener una gran batalla, que quedó indecisa, apresurándose durante la noche á retirar sus cadáveres, ardid que le valió el ser quien impusiera las condiciones del concierto de paz. Esto no obstante, se vanagloriaba de haber muerto á 20.000 arevacos en distintos encuentros.

Entonces fué cuando la ciudad de Termes tuvo que someterse al poder romano, permitiéndole éste, sin embargo, su reedificación, pero en la parte más baja del cerro y sin murallas, como hoy se ve, dominada por un *castellum*.

También cayó sobre la ciudad de Colenda, que parece corresponder á una de los lusones, vendiendo á todos sus habitantes como esclavos, con sus mujeres y sus hijos. En toda esta guerra sirvió como tribuno Quinto Sertorio, que ya conocía á España desde la guerra de Numancia, adonde también estuvo.



A él corresponden las páginas más interesantes de la historia de España en esta época á que llegamos; pero como no sea tal nuestro intento, someramente la trataremos, en cuanto se relacionen sus hechos con los arevacos.

---

LA GUERRA DE SERTORIO.—La política desarrollada por aquel hombre insigne halagaba grandemente á los españoles, que por ella veían un medio de vengarse de Roma. Con tanto éxito la condujo, que hubo de decirse si quedaría Roma con el señorío del mundo ó se lo quitaría Sertorio en España.

Después de sus vicisitudes en las islas Baleares, Africa y en la Bética, al comienzo de su campaña contra Sila, ofreciéronse primeramente á su servicio los lusitanos portugueses, aunque también contaban con los lusones, pues el venía favoreciendo y atendiendo principalmente á los pueblos del centro, á los iberos, siendo la fundación de los estudios en Huesca uno de sus iniciales actos políticos.

Sus primeras victorias fueron en Cataluña, pues enviado por Sila contra él Quinto Metelo Pío, habiendo entrado por los Pirineos mediterráneos, fué vencido poco antes del Ebro, cerca de Ilerda.

Llegado Pompeyo, fué Laurona (Liria) teatro de señalados hechos por parte de ambos ejércitos, que concluyeron retirándose Sertorio á la Lusitania y Pompeyo hacia los Pirineos.

Ocurre con la campaña de Sertorio lo propio que con las de Viriato, al extremo de que parecen estarse repitiendo los mismos hechos, llegados á nosotros con las propias confusiones y con idénticas necesarias enmiendas.

Igualmente es preciso dilucidar cuándo son los propios lusitanos ó los lusones sus auxiliares y partidarios, pues ambos se acogieron á su bando: con idénticas inscripciones falsas de toda falsedad, se pretende abonar la intervención de los lusitanos occidentales en estos hechos; de igual modo ocurren los principales episodios en la parte oriental de la península, siendo el centro y como la corte del émulo de Sila la ciudad de Osca (moderna Huesca); nunca los ejércitos consulares pasan de la Carpetania y Turdetania, llegando la paridad al extremo de tener Sertorio un fin muy semejante al de Viriato, y no muy lejos del lugar en que el gran héroe español traidoramente perdió la vida.



Por ello, al tratar de estos asuntos, ocurren las propias consideraciones que cuando hablaba de los hechos de Viriato, teniendo que admitir el socorro de los propios partidarios y auxiliares, entre ellos los arevacos, declaradas casi la totalidad de sus ciudades á favor del competidor romano.

Sólo una de ellas siguió el partido de Sila; la de Augustobriga.

En el curso de las campañas de Sertorio, aunque apenas se efectuaron sucesos importantes en la región del Duero, no dejaron de estar á su devoción y auxilio las ciudades arevacas; sin embargo, otra vez, en la campaña del año 74 antes de J. C., figura la ciudad de Segeda, ó más bien, Belgida, de los lusones, lo que parece más verosímil. Por lo demás, su general M. Masio obtuvo socorros de gente y de caballos de los arevacos y pelendones, llegando hasta Segovia y los vacceos, y conduciéndolos todos á Contrevia.

Aún se consigna que Sertorio resistió por algún tiempo en Clunia el empuje de los romanos. Antes no había figurado esta ciudad en la historia.

Las victorias de Cecilio Metelo debilitaron en mucho al partido de Sertorio, así que las ciudades arevacas, excepto Uxama, Titia y Termes, siempre á él fieles, las demás le fueron abandonando.

Muerto á traición, como es sabido, dedicóse su competidor Pompeyo á concluir con los restos de sus partidarios. Titia, ó sea Atienza, sufrió un obstinado sitio, teniendo que ceder al cabo; igualmente Uxama fué por él debelada, y castigadas igualmente otras ciudades, marcharon Metelo y Pompeyo para triunfar en Roma.

Pero los españoles nunca se daban por sometidos. En el año 53 antes de J. C., nueva sublevación de los vacceos obligó á acudir contra ellos al procónsul Quinto Cecilio Metelo Nepote, es decir, el nieto, encontrándose con Clunia, que como avanzada se había declarado á favor de sus vecinos.

Poco figuran ya las ciudades arevacas en las grandes contiendas que se libraron después sobre el suelo hispano.

En la guerra civil entre César y Pompeyo, ocurren en Cataluña, Valencia y Andalucía los mayores encuentros. Vencedor Julio César de sus competidores, marchó á Roma, dejando casi toda la Península sometida, excepción de los vascones, astures y galaicos, que aún habrían de requerir una vigorosa campaña para ser incorporados al poder romano.

Este, comprendiendo la importancia de la posesión de aquellas ciuda-

des españolas, comenzó á beneficiarlas con toda clase de obras y comodidades que podían serles gratas, aunque sometiéndolas á su administración unificadora. Al lado de las ciudades ibérico-arevacas más importantes y fuera de sus defensas, establecieron ellos las suyas, ilustrándolas durante el Imperio con toda clase de suntuosas edificaciones propias de los señores del mundo; aún en muchas ponen de manifiesto las modernas excavaciones el gran lujo desarrollado, no tanto en los monumentos cuanto en todos los útiles de la vida; pero también se nota que el espíritu ibero no decayó por ello, conviviendo en último caso, pero nunca extinguiéndose ni latinizándose por completo.

Por ello que se sucedan precisamente en las ciudades arevacas hechos históricos muy significativos.

Ya es un terrestino el que no pudiendo sufrir las exacciones del pretor Lucio Pisón, en los días de Tiberio, le acomete y hiere mortalmente, sufriendo el martirio al tiempo que arengaba en su lengua á sus paisanos, escapándose de entre sus guardias y logrando su muerte golpeándose contra unas peñas; parece que su hazaña obedeció á un complot de los terrestinos, que para ello le designaron.

Pero el suceso más importante fué la concordia y decisión para proclamar un Emperador romano, que sustituyera al monstruo de Nerón.

Fué muy curioso el proceso ocurrido para que el Procónsul de España llegara á cristalizarse como Emperador romano. Al principio poco grato por su excesivo rigor, llegó con el tiempo á hacerse simpático por su espíritu de justicia y no aplicar su autoridad en pro de su codicia y provecho propio, que era lo que más irritaba contra otros Pretores. Más tarde, tolerante y como distraído para los ataques al monstruoso Emperador, ni trató de indagar quiénes eran los autores de los pasquines y oprobios, ni castigó otras muestras de disgusto.

No es posible saber si en su mente surgió la idea de ocupar el Imperio, idea en verdad demasiado atrevida, desde una provincia alejada de Roma; pero es lo cierto que en Clunia, una doncella, *fatídica puella*, según Suetonio, profetizó que de allí habría de salir el sustituto del malvado Emperador, augurio aprobado por los sacerdotes, y el propio Galba recibió cartas del procónsul de las Galias, Julio Vindice, invitándole á que aceptara el Imperio, alzándose él contra Nerón en su provincia.

La idea fué tomando más cuerpo cada día, al punto que, encontrándose

Galba en Cartagena, adonde había convocado á los principales españoles, como les expusiera lo grave de la situación y les pidiera consejo, todos le proclamaron por Emperador y Augusto, aunque por el momento no quiso aceptar tan supremo cargo.

No ignoraba nada de esto Nerón, por lo que había enviado á España un encargado de dar muerte á Galba; pero éste ya se conducía como candidato al Imperio, haciéndose siempre acompañar por una legión de españoles, en los que depositó toda su confianza, rodeándose de un Senado constituido por los más influyentes caciques y formándose además una guardia de los jóvenes más nobles.

No faltaron á Galba disgustos y contrariedades en su empresa, ya públicamente sublevado contra el Emperador; expuesto á ser asesinado por un liberto de Nerón, teniendo noticias de que Julio Vindice había sido vencido en Francia y dudando de su triunfo, desmayó en su empresa, estando á punto de darse la muerte á sí mismo.

Entonces se retiró á Clunia, donde llególe la noticia del levantamiento del Senado y las legiones á su favor, al mando de su prefecto Ninfidio y del suicidio de Nerón en el 10 de Junio del año 69 de J. C.

Entonces ya dejó el título de lugarteniente de la República y se hizo llamar Emperador y Augusto; el regocijo fué grande en Clunia y entre todos los pueblos arevacos, y á poco partió el nuevo Emperador á Roma, para ser allí recibido entre aclamaciones, aunque por poco tiempo, pues á los pocos meses de una política demasiado rígida, la sublevación de Otón, su antiguo amigo, le quitó el Imperio y la vida.

Así pasó aquella figura casi esbozada de Emperador, impuesta un momento por las enormidades de Nerón, pero sobre quien cayeron bien pronto los cargos suficientes para privarle de aquella fortuna un tanto inesperada y sin gran razón suficiente.

Achacósele entonces habersele despertado la codicia; haber maltratado á los pueblos; permitir, por su debilidad, que los verdaderos Emperadores fueran sus capitanes, sobre todo Tito Vencio y Cornelio Lacon, y no poseer las condiciones precisas para el honor que se le había conferido. Con él fué también á Roma M. Tarso Quintiliano, aquel esclarecido español tan eminente en letras.

Muy pocas noticias hay después de sucesos ocurridos entre las ciudades arevacas durante los siglos del Imperio romano, si no es que disfrutaran y se engrandecieran con la buena administración latina, á juzgar

por la suntuosidad de sus restos; sábese que á Clunia se concedió el título de Colonia (Colonia Clunia Sulpicia) <sup>1</sup> sin poderse determinar si otras ciudades llegaron á ser municipios.

De su temprana cristianización también hay muy fehacientes indicios, aunque tomando una dirección de pliscinianismo y arrianismo, que perduró hasta el siglo vi, sin citarse mártires de tal región que sellaran su fe con el sacrificio de su vida en la época de las persecuciones.

La invasión de los bárbaros vino á poner término á aquel estado de cosas tan favorable para la región arevaca; pero su paso debió ser tan violento y destructor, que sólo á él puede atribuirse la ruina de aquellos emporios de arte y de riqueza, en el preciso momento de haber llegado á su mayor apogeo.

En todas las excavaciones practicadas en ellos se observan los estragos de tan terrible invasión: en todos, bajo espesa capa de cenizas, mezcladas con restos de sus construcciones carbonizadas, y algunas veces con verdaderas masas de cadáveres, se muestran los efectos de tan momentáneo aniquilamiento por el fuego, como si les hubieran sorprendido en las expansiones de una regalada vida, en compañía de sus más preciosos enseres.

Las escasas noticias consignadas en las crónicas más antiguas que hablan de tales sucesos nos dan el vivo recuerdo de aquella devastación tan á sangre y fuego efectuada por los bárbaros por dondequiera que pasaban, siendo precisamente el centro de la Península por donde más transitaron.

Durante el período visigodo se esbozan sucesos referentes á la ciudad de Soria, pero tan desfigurados, que parecen relaciones novelescas de caballería, sin que el historiador se atreva á aceptarlas tal como las encuentra <sup>2</sup>. La hitación de Wamba señala como dependientes de Toledo los mismos tres Obispos que hoy subsisten de Segontia, Oxama y Secovia, con sus demarcaciones correspondientes en la región de los arevacos.

<sup>1</sup> A Berlanga también se dice haberle concedido el emperador Valerio la categoría de Colonia, por lo que fué llamada *Colonia Augusta Valeriana*.

<sup>2</sup> Las relaciones de que Soria debió su nombre á ser corte de los suevos y que fué provincia de ellos hasta la sumisión de Leovigildo; que los reyes Teodomiro y Miro fundaron en ella iglesias y monasterios gracias á las predicaciones de San Saturio y San Prudencio, declarándose del partido del príncipe Hermenegildo, contra su padre el arriano Leovigildo, que tomó á Soria cuando Logroño, destruyendo la ciudad y la Monarquía de los suevos, sucesos son defendidos por los historiadores de Soria, pero tan sin pruebas y entre confusiones tan patentes, que no cabe aceptarlos sin estudio y rectificación, para los que en verdad faltan por completo datos y fundamentos.

Durante la invasión árabe, en sus dos primeros siglos, la región arevacana vino á ser el alcázar y fortaleza más formidables para el sostén de la dominación agarena: por su altura tan difícil de escalar, por su posición central en la Península, sus abundantes fuertes y castillos, llegaba á ser el nido de águilas amenazadoras para todas las comarcas circunvecinas. Por ello fué un gran triunfo para los cristianos el desalojar de aquellas posiciones á tan terrible enemigo.

Algunas plazas tan fuertes como San Esteban de Gormaz, que conservaba toda la importancia estratégica de la antigua Serguncia, constituyendo la llave del alto Duero, fué ganada y perdida varias veces por los cristianos, siendo sus ataques las más empeñadas empresas de los condes castellanos Fernán González y Garci Fernández.

La figura del Cid auxiliando á Fernando I, se destaca en primer lugar en la Reconquista, apoderándose de las plazas más importantes, y entre legendario y efectivo, le vemos atravesar después en el poema aquellos campos, por él tan conocidos, para realizar en tierra de moros tan esclarecidas hazañas.

El propio Almanzor se vió obligado á acudir en defensa de aquellos lugares, con tan mala suerte, que en Calatañazor perdió su vida, viniendo á enterrarlo en Medinaceli, llave por aquel lado de toda la región, como en tiempos de los romanos.

Por el Sur, la serie de castillos á la orilla derecha del Duero fueron la cadena de mayor defensa para la región, según sus poseedores; pero una vez perdida por los árabes y tomada Toledo por Alfonso VI, desapareció todo peligro, quedando sólo como centros de acción para empeños medioevales. Alfonso I de Aragón completó la total reconquista de las antiguas ciudades arevacas, y las repobló con sucesores de sus gentes primitivas, cerrando la puerta con la definitiva conquista de Medinaceli, á toda invasión agarena.

El episodio de la estancia del rey niño Alfonso VIII en Soria, su traslado á Atienza y paso á Toledo, en forma tan bizarra como ampliaremos á su tiempo, ofrece todos los rasgos de una hazaña de aquellos primitivos caudillos, que tan bien supieron siempre burlar á sus poderosos enemigos.

En tal estado las cosas, comienza entonces la vida medioeval de aquellos centros, pero debiendo tanto los señores para ello á los elementos del pueblo, establécense sobre unas bases de concordia y municipalidad tan



singulares, que deben ser objeto de estudios y consideraciones muy dignas de ser estimadas.

Los *linajes* por un lado, de acuerdo con los *jurados y cuadrillas*, y con los *sesmeros* del campo, establecen el equilibrio necesario para el mejor desarrollo de la vida, y sólo en determinados pueblos, como Peñaranda, Medinaceli, Berlanga y algún otro, el régimen señorial adquirió más caracteres de poder feudal, en perjuicio de los mismos.

El espíritu ibero, individualista pero vecinal, prevaleció y tuvo que ser el baluarte para defenderse de las asechanzas de sus convecinos los navarros, leoneses y aragoneses, que trataron de privar á Castilla, en repetidas ocasiones, de su personalidad é independencia.

Con los Reyes Católicos desaparecieron todas aquellas inquietudes, debiendo á su sabia política el resurgimiento de sus elementos de vida, de su comercio y de su industria.

Durante la guerra de Sucesión y de la francesada del siglo XIX, varios episodios y heroicos empeños parecen reproducir aquellas hazañas llevadas á cabo por los primitivos arevacos, cuya sangre nunca abandonó á su solar hispano, y cuyos tipos y caracteres presentes aún nos despiertan el recuerdo de sus antiguos progenitores.



## IV

### VIDA SOCIAL Y ARQUEOLOGÍA

Raza tan definida y valerosa como lo fué la de estos pueblos de la alta región del Duero no podían menos de tener algunas formas de vida, representativas de cierta organización é instituciones que los unieran y regularan entre sí. Reconociendo común origen, se dibuja su confraternidad desde los más remotos tiempos; però como la primera noticia histórica que de ellos tenemos sea su fusión con los celtas, vemos en esta segunda etapa una federación de tales pueblos celtíberos asociados, divididos en cinco tribus; las de los arevacos, pelendones, lobetanos, lusones y ólcades, á las que debiéramos añadir la de los titios, si no es que los consideremos como parte de los últimos ó como una prolongación de los arevacos.

El constante auxilio y confraternidad de estos pueblos nos manifiestan los fuertes vínculos de sangre que los ligaban, y sin constituir naciones propiamente dichas, sin gobiernos de forma definida y con marcadas diferencias entre ellos, vese formaban, por lo demás, una agrupación de gentes que se estimaban como hermanas. De éstas, las más congéneres aparecen siempre los colindantes arevacos, titios y pelendones.

De aquí la memoria y hasta los restos de lugares de asambleas, de los que no cabe dudar, indicando cierta periodicidad y costumbre de acudir á ellas, dada la disposición de los espacios para tal efecto destinados; pero si cada tribu ó *gens* estaba sometida á un jefe, no parece que hubiese alguno

supremo, representativo de la idea de nacionalidad, sosteniéndose siempre la de federación entre las distintas *gentilidades*, como puede suponerse por las noticias de Tito Livio.

No cabe duda de que esto traería como consecuencia cierto indispensable caciquismo, salvándose por ello los nombres de aquellos caudillos que, no sólo como estrategas, sino como influyentes personajes, lograron pasar á la historia. Turro, el gran amigo de Sempronio Graco y de los romanos; Olónico ó Salondico, taumaturgo heroico, que perece en su primera proeza; Africano, el instigador de los lusones; el propio Viriato, Megara, Arathon, Leucon y Linthenon, caudillos numantinos con nombres que como otros varios suenan tanto á helenos; Cesaron, sucesor con Africano; Ratógenes, Avaro y Teógenes, poderosos celtíberos fueron que se destacan en nuestra antigua historia.

No sabemos si á los arevacos se extenderían aquellas perpetuas disensiones en que siempre encontraban á los iberos los conquistadores africanos ó europeos; quizá no fuesen en esto tan irreductibles por su carácter y género de vida; pero aunque entre sí existieran tales diferencias, su unión fué grande y sincera ante el enemigo común que pretendía someterlos.

Para defender su independencia y medios de vida tuvieron el valor guerrero, no sólo necesario, sino sobrado y heroico, y á alcanzar más disciplina y sentido estratégico hubieran sido invencibles en la ofensiva y conquistadores incontestables. Pero su táctica fué siempre más bien defensiva, sin presentar grandes ejércitos, y practicando la guerra de guerrillas, tan molesta para las tropas regulares, aunque al cabo nunca conducente á victorias decisivas.

En todos los encuentros los hemos visto causando á sus enemigos terribles descalabros, gracias á sus astucias y emboscadas; pero siempre teniendo que ceder al cabo ante el perseverante empuje de los ejércitos regulares.

A la caballería debieron sus mayores éxitos; diestrísimos jinetes, cabalgaban llevando dos lanzas, que arrojaban cuando tenían al enemigo á su alcance, mientras que los peones, armados de la espada recta, el puñal, el venablo y la honda para lanzar mortales proyectiles, detenían á las cerradas columnas que contra ellos avanzaban: en casos de gran apuro, la desbandada rapidísima y en desorden desconcertaba á sus perseguidores. De sus armas y defensas nos ocuparemos más especialmente.

En la paz constituyeron sus ocupaciones predilectas para proporcio-

narse, no sólo sus medios de vida sino ostentación de riqueza, la labranza de la tierra y la ganadería; pero agrupándose para su mayor mutuo amparo, aparece la ciudad entre ellos, con todos los caracteres de la vida urbana, y que por su emplazamiento y fortaleza revelan también un instinto militar, principalmente defensivo, de condiciones excepcionales.

La ciudad y el hogar presuponen la existencia de la familia; respecto á ella, todas las escasas noticias que nos han llegado acusan la usual y propia de las razas europeas; es decir, la monogamia y jefatura del padre de familia y la emancipación de los hijos al constituir la suya. El hombre es el jefe del hogar, no abonando razón alguna la existencia del matriarcado entre ellos. Dentro de la casa, la mujer disfruta de toda influencia, y ayuda y acompaña al hombre, no separándose de él ni aun en la guerra.

No se nos alcanza, ni resto hemos encontrado de lo que dicen algunos autores, de que con ocasión del parto los hombres se acostasen y la mujer se entregara *ipso facto* á los quehaceres de la casa, pues aunque esto se cuenta especialmente de los cántabros, lo han querido extender igualmente á los celtíberos; sin duda alguna equivocada observación de los hechos debió motivar la afirmación de práctica tan inverosímil, como ha ocurrido recientemente respecto á otras, en cierto anotador extranjero de las costumbres de los castellanos <sup>1</sup>.

Lo que sí parece bien observado es su gran respeto á la hospitalidad con los forasteros, que dicen estimaban como enviados de los dioses; pues, aunque no se fundara en tal razón, bien podemos estimarlo como una modalidad de la raza, atenta por naturaleza y bien humorada siempre con aquel que no se les presenta como enemigo. En toda ocasión, los exploradores y embajadores de naciones extrañas fueron por ellos bien acogidos; cuando Sempronio Graco se presentó en Cértima, salieron embajadores de la ciudad, que al llegar hasta él le exigieron antes de hablar de nada el celebrar un convite ó refresco, y convencidos de que no podrían contra el poder romano, entregáronsele buenamente.

Aquella simpática escena, que tanto chocó á los ceremoniosos romanos, recuerda vivamente en todo á las actuales *rondras*, indispensables

<sup>1</sup> Se ha dicho que las mujeres castellanas amamantan á los perros, sin tener en cuenta que esto constituye un extremo recurso empleado alguna vez para ciertas afecciones. De esta como de otras particularidades da cuenta Estrabón en su libro III, aplicándolo á los lusitanos «que viven junto al Duero», lo que después confirma y recuerda al tratar singularmente de los arevacos y los celtíberos. (V. su traducción en Cortés, *Diccionario Geográfico-Histórico*, 1, págs. 98, 112 y 113.) Pero siempre debemos tener en cuenta la gran diferencia de raza y de vida que existía entre los pueblos del bajo y el alto Duero.

para la consumación de cualquier negocio. No fué menos notable el caso con el hijo de Graco, tan halagado y atendido por los numantinos, que aun vencido fué obsequiado y despedido con los mayores honores y muestras de afecto, como queda á su tiempo dicho. Respetables y autorizados los jefes de la familia, igual respeto tenían que imponer para sus casas y haciendas, y de aquí el concepto que tuvieron de la propiedad y sus modos de emplearla.

Noticias concretas nos han llegado de aquel comunismo de la tierra en práctica por sus vecinos los vacceos, pero no por ellos aceptado: esto no obstante, dado su género de vida, tenían que destinar grandes extensiones de terreno al comunal aprovechamiento para el alimento de sus bestias y ganados, pero defendiendo la propiedad individual, aunque protestando sin duda del principio romano del *utendi et abutendi*, concedido al dueño con brutal absolutismo por aquel pueblo de conquistadores y legistas.

Aún son más vagas é indeterminadas las nociones sobre la mitología de los arevacos. Ningún ídolo ó representación ha llegado al presente que nos determine tan substancial punto; sólo tenemos la noticia, corroborada por San Agustín (*De civitate Dei*, lib. VIII, cap. IX), de que los celtíberos adoraban á un Dios ignorado ó sin forma ni nombre concreto, habiéndose hallado tan sólo alguna ligera representación simbólica del culto del Sol como germen de la vida, y la memoria del concedido á la Luna en aquellos bailes y cantos por los plenilunios, á las puertas de las casas <sup>1</sup>.

Esto no obstante, pudieran reconocerse ciertos emblemas y fiestas tradicionales de sabor helénico, observándose después el culto extendido por los romanos á sus dioses y emperadores deificados en las ciudades dominadas, quedando por saber si tales númenes fueron de los nacionales adorados; más parece continuaron éstos encomendándose á los suyos propios, como á aquel *Lugus*, patrono de los zapateros ó menestrales en general, de Uxama, según consta por una inscripción bien conocida <sup>2</sup>.

Pero fuera la que fuere la idea que tuviesen de la divinidad, á alguna adoraron y hasta sacrificaron, ya caballos y machos cabríos, ó ya, en cier-

<sup>1</sup> Procedente de las últimas exploraciones en Clunia, se guarda un vaso en el Museo Arqueológico Nacional, exornado con punzones improntados, que les imprimieron unos circulitos rodeados de rayos, con una cruz en el centro, que bien pudieran corresponder á un culto solar en el sentido expresado. Respecto á la Luna, indica el Sr. Costa en su *Purgatorio é Infierno de los celtíberos*, que por aquellos cantos pretendían comunicarse con las almas de sus muertos, que vagaban alrededor del astro de la noche.

<sup>2</sup> V. sobre los *Lucoyes* el *Bol. de la Real Acad. de la Hist.*, 1910, pág. 349.

tas ocasiones, hasta víctimas humanas, si hemos de creer á Strabon y Tito Livio. De crueles y bárbaros califica el primero á los que vivían en las cercanías del Duero, atribuyéndoles el uso cultural de cortar las manos á los prisioneros y sacrificar hombres, inspeccionando sus entrañas y movimientos al caer heridos; hasta les atribuyen la celebración de hecatombes «al modo helénico» en ocasiones solemnes <sup>1</sup>.

Digno de notar es que las lápidas y epígrafes hasta ahora encontrados en las regiones objeto de este estudio sólo lleven nombres de divinidades perfectamente conocidas en el panteón romano, sin mentarse nunca aquellos raros dioses de otras regiones, siendo curiosa la mención de *Epona*, adorada en Sigüenza, como numen de los caballos y las gentes que entre ellos viven.

En consonancia con las ideas religiosas han ido siempre las creencias de *ultratumba* y los ritos funerarios, por lo cual podemos aún deducir algo sobre ello entre los antiguos arevacos, tanto por ciertas descripciones históricas como por los restos que de sus cadáveres y utensilios aparecen en las necrópolis, demostrándonos por lo menos el respeto debido á sus muertos.

A dos pueden reducirse los sistemas de enterramiento empleados por los antiguos habitantes de las regiones centrales de España: el de la inhumación y el de la cremación. Más antiguo el primero, á él corresponden los restos encontrados en cuevas, dólmenes y sepulturas excavadas en las rocas; pero en los relativos á los arevacos propiamente dichos, ni las cuevas los han proporcionado importantes, ni aparece hasta ahora en toda la región nada semejante á los dólmenes y demás disposiciones paleolíticas funerarias á ellos correspondientes. La cremación, sin duda más moderna y pasajera, se estima como introducida por los orientales y clásicos, singularmente para los caudillos y gentes principales.

Algunas sepulturas excavadas en las rocas, muy curiosas, existen cerca de ciertas ciudades, como en Termes, Calatañazor, Castro, Uxama y otras; pero de éstas, las más son consideradas como de la Edad Media (quizás sin razón suficiente), y al hallarse todas vacías nos privan de conocer á qué edades pertenecieran los cadáveres que contuvieron. Hay que notar, sin embargo, que los pocos esqueletos humanos que hasta ahora se han encontrado estaban siempre con la cabeza dirigida hacia el Oriente y su cráneo rodeado de esos clavos que, por lo visto, obedecían á un rito funerario,

1. Epítome de Tito Livio, lib. XLIX.



muy extendido en la región celtibérica. Así nos lo describía recientemente un vecino de Peñalba de Castro (Clunia), corroborando lo dicho por Lope-rárez y otros curiosos anotadores, y con igual particularidad ha encontrado también algunos cadáveres el señor Marqués de Cerralbo en Montuenga y otros puntos.

La cremación, aunque no tan extendida, fué sin duda más autorizada, y á las necrópolis en que abundan las urnas cinerarias debemos hoy los más valiosos restos de su uso. Una vez quemado el cadáver con todos sus enseres más preciados, principalmente armas y joyas, eran sus cenizas inhumadas, después de recogerlas en urnas de barro ó piedra, al pie de una estela, en unión de los objetos incombustibles. Solemnemente debían efectuarse estas operaciones, llegando en ciertos casos á verdaderas hecatombes.

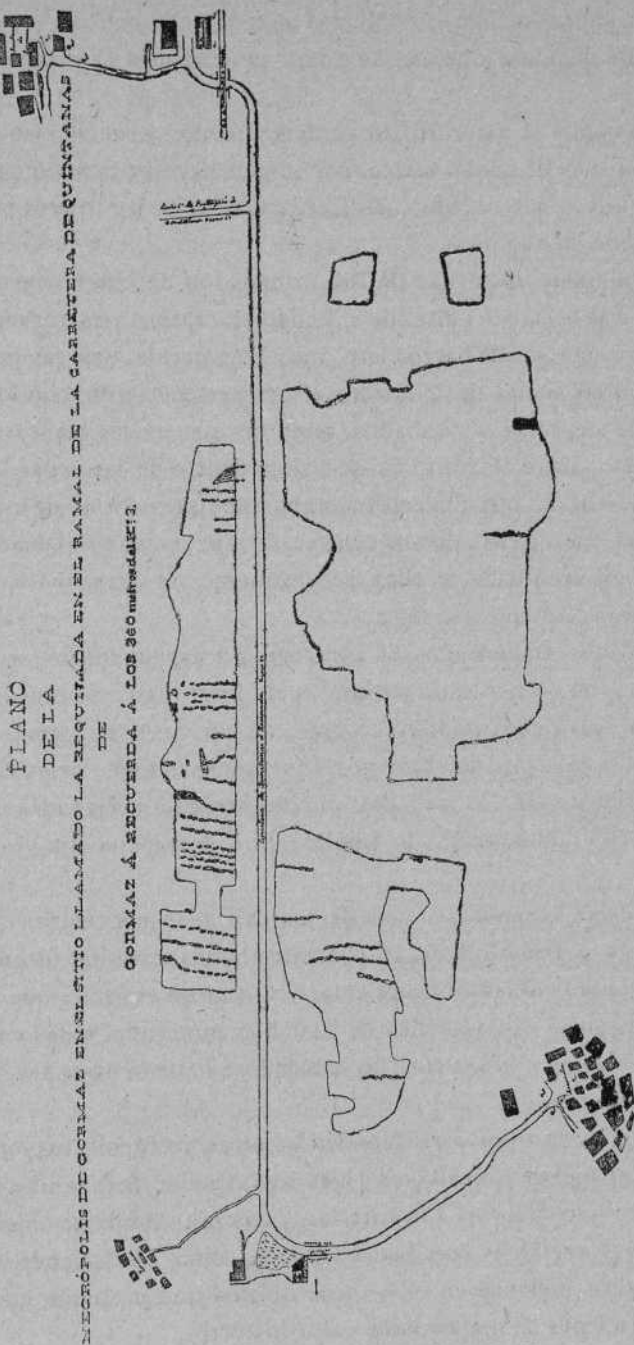
Bien se comprende todo ello leyendo el hermoso párrafo de Appiano, en que describe los funerales de Viriato con entonación tan épica y frases tan homéricas, que merece ser traducido. Dice así: «*Y adornando á Viriato con sus más lujosas prendas, quemáronlo sobre una altísima pira, dedicándole numerosas víctimas; y sus tropas, así de á pie como de á caballo, corriendo alrededor, armadas, clamaban ante él de bárbaro modo, ensalzando á su caudillo, hasta que el fuego fué extinguido; y concluido el sepelio, combates gladiatorios sobre el túmulo emprendieron. Tanto dolor les causaba la pérdida de Viriato...*»

Las necrópolis de Aguilar de Anguita, de Hijes, y la de Quintanas de Gormaz nos patentizan la continuada práctica de estos ritos funerarios, tanto entre los titios como entre los propios arevacos.

La necrópolis de Quintanas de Gormaz es sin duda hasta ahora la más genuina arevaca con que contamos. Situada tan cerca del Duero y al pie de un fuerte castillo, que debió ser primitivamente acrópolis inexpugnable, ha proporcionado los más sorprendentes hallazgos al ser explorada con verdadero acierto por el Sr. D. Ricardo Morenas y Tejada.

Situada en el trozo de la carretera de Quintanas á Recuerda, al extremo de pasar esta vía sobre ella, contigua hacia el Oriente al castillo de Gormaz, está constituida por una serie de estelas, que forman calles de Norte á Sur, cada una con su correspondiente caja, formada de tres piedras por sus lados y otra superior que le sirve de tapa, dentro de la cual se encuentra la urna con las cenizas del difunto; bajo esta caja se hallan las armas y enseres metálicos del muerto, todo oculto bajo tierra, dejando sólo fuera el extremo superior de la estela.





Necrópolis de Quintanas de Gormaz, explorada en los años 1913 y 1914 por el Sr. D. Ricardo Morenas y Tejada.

Hasta ahora se han descubierto unas ciento ochenta estelas y 710 urnas, suponiéndose que han de existir muchas más en el terreno aún no explorado.

No se notan al exterior estos enterramientos, pues el piso ha subido sobre ellos más de medio metro, por lo que hay que excavar para encontrarlos; pero su descubrimiento ofrece cada vez mayor interés por los restos que pone de manifiesto.

Generalmente, las urnas de los varones son de barro negro, muy deleznable á la acción del aire libre, siendo en cambio más duraderas las de las mujeres, por ser de barro claro, muy bien cocido. Bajo las primeras se encuentran las armas del guerrero á que pertenecieron, con los frenos y herrajes de sus correas y caballos, mientras que en las blancas no existe nada de esto, antes al contrario, se hallan dentro de las urnas las joyas y adornos de metal ú otra materia incombustible que habrían de usar en vida sus dueñas, mezcladas con sus cenizas. Todas las urnas afectan la forma más ó menos acentuada de ollas, generalmente sin asas, con tapas que se adaptan perfectamente á la boca.

Los objetos encontrados se contraen principalmente á las armas y exornos, ya de bronce estos últimos y de hierro las primeras, efecto del temple que para ellos pudieron lograr, de tan curiosas formas como en la parte de la panoplia detallaremos, contándose también de este metal los frenos y filetes para los caballos, alguna herradura (?), cadenas y guarniciones, con abundancia de fíbulas, que presupone un gran uso de ellas.

En la parte cerámica, á más de las urnas, se encuentran dentro de ellas fusaiolas y bolas huecas, en bastante abundancia estas últimas.

Las joyas femeninas ofrecen siempre el juego de espirales que las caracteriza en cuantas excavaciones se vienen encontrando, todas en bronce, como las pulseras y brazaletes, no habiéndose hallado hasta ahora objetos de plata ni de oro.

A la región de titios corresponden las otras necrópolis exploradas por el señor Marqués de Cerralbo en Hijes y en Aguilar de Anguita. Dispuestas en muy parecida forma á la anterior, y con muy similares objetos, ofrecen pequeñas variantes con las del Duero, como obedeciendo á iguales prácticas; pero hállanse en ellas otros objetos que proporcionan verdaderas revelaciones de inapreciable valor histórico.

La honra de los muertos presupone una vida consciente y apreciada.

entre los supervivientes, no tanto por el reconocimiento de sus propios caracteres, como por el agrado de sus costumbres y solemnidades de los más trascendentales actos de la existencia.

Igual silencio guardan los autores respecto al nacimiento, á las bodas y hasta á la muerte entre los arevacos; sólo por incidencia y semejanza con los demás celtíberos nos los presentan prontos á dejar la vida cuando se les hacía enojosa, prefiriendo el suicidio á las penalidades de una vejez precaria, acostumbrados á la agilidad y resistencia, luchando con los rigores del clima y prontos para la pelea; pero en sus costumbres civiles, en sus fiestas y juegos, despréndese, á juzgar por lo que hasta hoy ha llegado, cierto carácter helénico, que iremos notando en cuanto constituye solaz y recreo entre los modernos castellanos.

Las *fiestas de las Calderas* en el día de San Juan, en Soria y Luzaga, verdaderas hecatombes con sus grandes ágapes al aire libre; igualmente que la *pinochada* en Vinuesa, fiesta del árbol y de los bosques, en que las doncellas persiguen á los mozos con ramos y tirsos, como las *caballadas*, tan solemnes en otras partes, recuerdos clásicos son que han llegado hasta nosotros con toda la lozanía y alborozo de su juvenil origen.

De sus aficiones venatorias nos dan testimonio los abundantísimos restos de animales objeto de sus deportes, que aparecen en todas las excavaciones: los colmillos de jabalíes, los cuernos y cráneos de venados, zorros y lobos, son tan abundantes que debieron constituir el exorno y trofeos de sus casas, existiendo epígrafes venatorios tan ampulosos como el de Clunia, que así lo indican <sup>1</sup>.

En cuanto á la equitación, no hay más que mirar las representaciones artísticas en sus monedas, mosaicos y pinturas de sus vasos, donde figuraron siempre el jinete á caballo, mostrando su agilidad y destreza. El mosaico de Ucero con la lucha entre Belerofonte y la Quimera era un ejemplar precioso de la equitación entre los arevacos.

Lástima ha sido la pérdida de aquella estela ó pátera de Clunia, en que aparecía la más antigua ilustración entre nosotros del juego del hombre con el toro, monumento primitivo aducido en pro de nuestras aficiones taurómacas desde tan lejanos tiempos.

¿Qué lengua hablaron los antiguos arevacos? He aquí el problema más arduo que puede ofrecerse en su estudio.

1 V. Hübner, núm. 6.338.

Intentado por varios, poco á estas horas nos es dado tener por definido y resuelto, aunque se dibujen muy nuevas orientaciones <sup>1</sup>.

Realmente una lengua no la constituyen sus nombres ni aun sus raíces y desinencias; constitúyenla su morfología, su mecanismo, su fonética y su carácter sintáxico y de frase.

Bajo este aspecto, la lengua de los arevacos debía ser de flexión, aria, con raíces propias ó prestadas, y con una fonética que no sería ciertamente aquella que tan dura sonaba á los oídos de los conquistadores. Compárense los nombres de sus ciudades antiguas con los de otras regiones, y en muchos de ellas casi percibiremos sonoridades helénicas.

Hoy mismo sorprende en los pueblos más apartados la pureza y dulzura de su habla, economizando las letras fuertes, sin duda de origen basco, y con una sintaxis tan sencilla y natural, que apenas permite el hipérbaton ni la transposición, y mucho menos la aglutinación y oración nominativa.

La declinación no existe en castellano, y esta diferencia de casos del nombre por el uso de las preposiciones, un tanto helénicas también, llega á constituir un sistema especial, que podrá ser el de las lenguas romances, y que bien se nota en la epigraffa regional latina y en el más antiguo latín de los tiempos medios.

En este sentido se dirigen hoy las indagaciones y trabajos de filólogos tan distinguidos como los Sres. Rodríguez Navas, Jiménez Soler y otros, haciendo notar, como dice el primero, «el afán de buscar en latín el origen de todas las voces españolas, como si en la península ibérica no hubiera habido lenguaje articulado hasta la aparición de los romanos en ella..., y como si las seis centurias de dominación romana hubieran sido bastantes para borrar las huellas, los recuerdos y las tradiciones de tantos siglos de influjo ibero-céltico...»

De su vocabulario más propio aún estamos muy lejos de poder formar su diccionario; sin duda, á ellos debemos muchas palabras del castellano; pero otras, desusadas ó perdidas, serían las que precisamente más podrían interesarnos, al ir notando sus semejanzas con las de aquellos idiomas reconocidos como congéneres.

De todas formas, al corroborarse estos conceptos por posteriores indagaciones ó descubrimientos, constituiría una grata consecuencia el

<sup>1</sup> V. D. Francisco Rodríguez Navas en su *Análisis etimológico de varios afijos y desinencias de la lengua española*.

que llegáramos á afirmar que el castellano, tan extendido como gallardo, viniera á ser una derivación directa del ibero latinizado, en cuyo caso, por ningunos otros debió ser más puramente hablado que por los antiguos arevacos.

## ARQUEOLOGÍA

Costumbre es comenzar el estudio de las antigüedades de cada región por aquellas más primitivas, indagando lo que delatan sus edades prehistóricas y protohistóricas, en sus diversos períodos paleolíticos, neolíticos y de los metales; pero cuando se trata de aquellos que desde el primer momento ofrecen una civilización relativamente adelantada y que han venido á sustituir á otros más antiguos, es lógico no haya que avanzar tanto en tales disquisiciones, aunque ofrezcan algunas reminiscencias de tan incipientes progresos, heredados de otros pueblos anteriores.

Admitidos los arevacos como una tribu de aquellos iberos llegados del Oriente en fecha relativamente moderna, no es extraño verlos fuera de la vida troglodita, y valiéndose de medios de defensa superiores á los que meramente la naturaleza les proporcionaba.

La nota del Sr. Cabré, inserta al comienzo del segundo capítulo, nos da el estado de la prehistoria del valle del alto Duero; pero hasta llegar á las edades de la piedra pulimentada y de los metales, bien puede decirse que lo demás pertenece á otros pueblos anteriores, sin duda de estirpe basca.

Hachas paleolíticas debe asegurarse que no se han encontrado en ningún yacimiento propiamente ibérico, aunque no dejaran luego de aplicarse estas prácticas adquiridas para la ejecución de ciertos útiles, sobre todo de labranza. Aun hoy día se guarnecen los trillos de una verdadera incrustación de cuchillas de sílex paleolíticas. En Tardelcuende y otros puntos se dedican especialmente á esta industria, aplicando los propios procedimientos primitivos. Útiles de piedra pulimentada dioríticos se encuentran mezclados con los metálicos, principalmente de hierro, que es el metal ibero por excelencia, aunque no fueran ellos los primeros en explotarlo.

Pero antes de especificar más, debemos notar algo acerca de sus ciudades, de sus monumentos y habitáculos, para llegar después hasta los más menudos enseres.

Las ciudades de los arevacos se distinguen por la fuerte posición natural sobre que están emplazadas. Destinando los iberos las cuevas princi-



palmente para el albergue de los ganados, sus ciudades alcanzan toda la importancia de altos recintos admirablemente defendidos.

Ya nos fijemos en Segovia, en Calatañazor, tan semejante por su posición; en Berlanga, en San Esteban de Gormaz, en Osma, en Numancia y en todas las demás, siempre se hallan á la cumbre de una alta roca, generalmente rodeada de uno ó dos ríos, que le sirven de foso infranqueable, con acantilados de imposible escalamiento: donde éstos faltan, los suplen gruesos murallones que, sin llegar á ciclópeos, ofrecen grandes cantos unidos con tierra, de fácil desmonte, pero muy útiles para la defensa al cuidado de sus moradores.

La no excesiva dureza de la roca les permite excavarla, para así practicar en ella caminos de ronda, garitones, silos, escaleras de comunicación y recintos, que á cierta altura elevarían sus muros, estando cubiertos por techumbres de maderos y entretrejidos ramajes.

Dentro de sus defendidos perímetros, la edificación se acomoda al terreno disponible, mediando siempre un gran aprovechamiento de él, con cierto plan de urbanización.

Mucho más poblada la región del Duero que lo que nos señalan las memorias históricas y los itinerarios, aún se descubren numerosos restos de mansiones en toda la campiña y sierras; pero al ignorarse por completo sus nombres, sólo podríamos señalar sus solares, algunos ya consignados <sup>1</sup>.

En las ciudades iberas es muy digna de notar esta urbanización, que presupone un plan en el reparto del terreno, obedeciendo á la idea del más fácil tránsito, á la par que la más cordial confraternidad vecinal. Sus calles y cruces, sus plazas y rondas corresponden á veces á la alineación más perfecta, y el área y distribución de sus mansiones revela una cierta igualdad democrática, de suficiente comodidad y hasta higiene. El plano de Numancia nos sorprende por los alineamientos y distribución de sus solares.

Estas ciudades resultan por lo general extensas, y delatando una población nutrida, sin poderlas equiparar con las llamadas *citánias* celtas, de más humilde y reducido aspecto, en la parte occidental de la Península.

La casa ibera podemos estimarla, sobre todo en la región arevaca, como una transición entre la cueva y la mansión completamente exenta sobre la faz de la tierra. Semiexcavada y semiconstruída, aún conserva algo de su origen troglodita.

<sup>1</sup> Cónstanos que el Sr. Abad se propone dar una relación completa de todos ellos.

Obsérvase que en muchas de las ciudades defendidas por la cortadura de la peña sobre que se asientan existen muy cercanas cuevas naturales ó ensanchadas, en las colinas contiguas. Tal acontece en Segovia, en Termes, en Calatañazor, en Osma, en Berlanga y otras más; como si sucediendo á los primitivos habitantes de aquellas cuevas se hubieran ellos establecido en los mismos lugares, pero mejorando su instalación, viviendo de manera más higiénica y ventilada, á la acción del sol, y hasta mejor defendidas contra toda asechanza.

La casa ibera, como construcción, estaba en parte excavada en la roca, pero comunicábase por escaleras interiores con el piso. Para la parte alta llegaron á emplear en sus muros, allí donde la piedra era más escasa, los adobes unidos con tierra, formando sus techumbres armaduras de maderos cubiertas con haces de hierba y ramas secas, desconocedores aún del mortero y de la tégula.

La gran chimenea del hogar se destacaba sobre los techos, formada las más veces de lascas incombustibles, según el modelo aún subsistente en Calatañazor y otros puntos, constituyendo gran campana para toda la estancia sobre planta cuadrada, haciéndose el fuego á modo de ara en el poyo del centro, y rodeada en sus lados por escaños para comer en pequeñas mesas, calentarse y hasta dormir en ellos. Rodeábanla las estancias más propias para el retiro, y por su puerta veíase el pasillo que conducía á las cuadras y establos. En muchas existían hornos y bodegas, cuando no estaban éstas excavadas en la próxima roca, como aún hoy se ve en la base de los montículos en Clunia, San Esteban y tantas más, algunas aún en uso, aunque la mayor parte sean modernas, pero siguiendo en todo la disposición de las antiguas.

Este sistema de casas semiexcavadas nos determinan en muchos parajes la existencia de ciudades y poblados iberos, siempre sobre roca, como puede observarse en varios puntos de la provincia, algunas ya enumeradas. Conseguida la dominación por parte de los romanos, éstos impusieron todos sus sistemas constructivos y disposición de sus monumentos. A ellos se debe los muros de piedras más pequeñas, pero unidas ya con mortero, que tan dura consistencia obtenía; los derretidos y conglomerados para sus pisos y bóvedas de compacta argamasa; las tégulas y ante-fixas de los techos, sin hablar de sus mosaicos, sus frescos, sus estucos, sus guarniciones marmóreas, con toda la disposición monumental y lujosísima, de la que tan artísticos restos cada día se descubren.

De todas las ciudades ampliadas surgen, mediante las excavaciones, sus foros, sus termas, templos, basílicas, acueductos, vías, arcos triunfales, aras y cuantas suntuosas construcciones embellecían á las localidades, de las que tan buena prueba son las ruinas de la parte romana de Termes, Clunia, Uxama, Duraton, Segovia y demás famosas ciudades exploradas. ¡Lástima grande que aquellos suntuosos miembros arquitectónicos hayan servido después de cantera, constantemente saqueada, para la construcción de los pueblos cercanos, en los que se ven esparcidos tantos exornados restos!

Estas ciudades, antes de ser latinizadas, fueron los heroicos centros de inauditas empresas, y las que despiertan hoy tanto interés por el conocimiento que nos aportan de la España ante-romana. Centros de vida y refugio de una raza, tan feliz en la paz como denodada en la guerra.

Pero aunque fueran eminentemente agricultores y pastores, no faltaban por esto entre ellos aquellos otros industriales, que les proporcionarán los útiles y enseres, no tanto para el cultivo de la tierra como para sus medios de defensa y satisfacción de sus necesidades.

A tres se reducen las principales industrias en estos pueblos de secundaria cultura, sin que falten otras complementarias: la metalúrgica, la cerámica y la textil, sin olvidar la de la piedra tradicional, y otras como la carpintería, el curtido de las pieles y alguna más, de aplicación útil y suplementaria.

La metalurgia, entre los arevacos, alcanzó un grado de adelanto bastante avanzado, y en algunos casos singular y propio. Quizás recibieran las primeras materias de otras regiones, por más que los hierros del Moncayo, beneficiados especialmente por el mítico Cacos, siempre fueron excelentes, y las minas de plata de Hiendelaencina quizás fueron por ellos conocidas. Memorias hay de que el Duero arrastraba arenas de oro, y fácilmente adquirirían el cobre y el estaño para el bronce; no muy lejos tuvieron comarcas casitéricas que se lo proporcionaron.

El oro, la plata y el bronce pudieron ser metales de explotación helénica y fenicio-cartaginesa entre ellos; pero el hierro lo tenían de antiguo abundantísimo en su comarca, y si el procedimiento de la llamada forja catalana para su beneficio lo heredaron de los bascos, ellos lo forjaron de modo maravilloso en sus armas y enseres.

Los buscadores de oro y los fundidores de bronce y de plata debieron ser primero extranjeros, que se dedicaban á tal especialidad metalúrgica;

todos los objetos de estos metales ofrecen cierta factura exótica, pero los de hierro, en cambio, la tienen perfectamente indígena, sin decir por ello que no lograran imitar á los primeros, pero imprimiéndoles sus característicos rasgos, como ocurre en sus monedas, fíbulas, broches, defensas y otras cosas. Sin duda llegaron al cabo á trabajar también los metales clásicos, como se observa por sus monedas y enseres, aunque debieran estas enseñanzas á gentes extrañas y más adelantadas. Los torques hallados en Peñalcázar ofrecen caracteres de exótica proveniencia.

Lo que sí fueron los arevacos consumados ceramistas. La buena calidad de sus tierras, como las de Segovia, Numancia y Clunia, les permitieron aplicarlas para la elaboración de tantos enseres domésticos.

Llegaron en esto á ofrecer los mayores adelantos de su tiempo, pues si en los más antiguos obsérvase tan sólo la manipulación directa, sin auxilio del torno y con carencia de los barnices, muy pronto, en su mayor parte, se nota este adelanto, ofreciéndolos siempre fabricados sobre la rueda con habilidad suma, y llegando en su policromía hasta el barniz vítreo, aunque esto sea en escasísimos ejemplares.

Repútanse como más antiguos aquellos de barro más basto, principalmente negros, hechos á mano, si bien de ellos, como de la más ordinaria clase, se hallan abundantísimos en los yacimientos más modernos. Los de exorno inciso, impreso ó rayado, toscos, y sin ofrecer perfiles debidos á la rotación, pueden estimarse cual los más antiguos, como se observa en Numancia <sup>1</sup>, todos del color del barro; pero una vez que se introduce entre ellos el torno, nótase además la policromía que los ilustra y los nuevos tipos de marcado carácter helénico.

Las copas ó *κύπε*, los jarros ú *οἰνοχοης*, las hidrias, cuencos y pateras, perfectamente cocidos en hornos, surgen en todas las excavaciones y van formando el contingente más numeroso de sus Museos.

Sin llegar á los estupendos ejemplares del de Zaragoza, aparecen abundantes en Numancia, Termes, Clunia y muchos más sitios, pertenecientes al mismo arte, pero con diferencias tales, que van permitiendo su clasificación por épocas y procedencias de fabricación local característica.

Los más abundantes son los de barro claro, de buen tamaño, con ornamentación de líneas pardas ó rojas, formando ondas ó círculos concéntricos, al estilo de los primitivos aragoneses y levantinos, de origen y arte

<sup>1</sup> *Excavaciones de Numancia. Memoria de la comisión ejecutiva, láms. xvi á xxv.*

fenicio lo más probablemente, y por los que parece se introduce entre nosotros el torno para su ejecución y los engobes para su decoración; con éstos alternan aquellos que ofrecen un origen helénico arcaico, y que son los que más prevalecen, pero sin llegar nunca á los genuinamente griegos, jamás aquí fabricados y escasamente importados á las regiones centrales.



De este origen helénico, fácilmente introducido por las colonias del Ebro, son derivados y muy característicos los propios numantinos, del tipo cilíndrico, con la estilización del caballo, tan original como exagerada <sup>1</sup>, y que forman hoy una definida serie, perfectamente caracterizada, como puede estudiarse mejor que en ninguna otra parte en el Museo numantino.

Distintos por la calidad del barro y estilo de su decoración son los del tipo del encontrado en Termes, que reproducimos, con algunos escasos ejemplares también en Numancia; pero que hoy podemos, sin temor alguno, calificar de *cluniense*, por la abundancia grandísima que de ellos he encontrado en un horno de Clunia, en el valle, al pie del teatro, como derruido y soterrado inmediatamente después de la cocción, y que siguiendo la creencia sentada, nos permite estimarlo como coetáneo de la invasión de los bárbaros.

También se hallan abundantes restos de tierra roja *sigilata*, aunque de procedencia quizás lejana, siendo objeto de admiración por su policromía y figuras el de Numancia, que ofrece la humana tan singularmente representada, que constituye un inapreciable documento para el arte ibero <sup>2</sup>.

La industria textil fué sin duda muy ejercida por los arevacos; la calidad de sus lanas y el cultivo del lino les proporcionó las dos primeras materias más precisas para sus telas. La abundancia de fusaiolas en los

<sup>1</sup> V. *Excavaciones de Numancia*, Memoria de 1912, lám. XXIX á L.

<sup>2</sup> *Idem id.* Memoria oficial, 1913, núm. XLVIII.



sepulcros femeninos nos demuestran su gran práctica del hilado, para cuyos husos servían, así como las innumerables pesas de barro cocido que aparecen, sirvieron, más que nada, para la tensión de la urdimbre de sus telares.

De estas telas hicieron sus prendas de vestir, que tenían que ser de verdadero abrigo para defenderse de clima tan riguroso. El *sagun* con capucha, que según Appiano «era de tela grosera y aforrado», abrochado con un corchete al cuello (la anguarina), era su prenda de abrigo, tejida del hilado de sus lanas, así como los paños con que cubrían sus piernas, sujetas mediante correas, sin deberles privar de la túnica interior blanca, de lino, principalmente en las mujeres, así como los velos, elevados sobre sus cabezas gracias á singular aparato de hierro, origen de la moderna peineta. De sus collares, pendientes, ajorcas y anillos, comienzan á aparecer muy bellos en las urnas de las necrópolis exploradas.

Las principales aplicaciones de estas industrias fueron sin duda para su indumentaria y panoplia, principalmente para esta última. Las armas de los arevacos van siendo bastante conocidas, gracias á los descubrimientos realizados. Dividiéndolas en defensivas y ofensivas, reconocemos hoy sus cascos, corazas y escudos en ejemplares tan notables como los de Aguilar de Anguita <sup>1</sup>.

En la necrópolis de Quintanas de Gormaz también surgen restos de ellas, pero principalmente colocaron bajo sus cenizas las ofensivas, como son las espadas, lanzas y puñales, entre las que existe una variedad notable. Puede decirse que no han aparecido dos espadas completamente iguales en esta necrópolis, contándose hasta ahora en número de 40.

Las hay de tres tipos principales: de *antenas*, rectas, ensanchadas, de dos filos; *falcata* ó *machaira*, y algunas de un largo extraordinario, del tipo de *la Tene*, muchas con el herraje de sus vainas, siendo muy notables aquellas que ofrecen un verdadero estuche, conteniendo la espada, el puñal, dos hierros de lanzas y hasta las tijeras. Con ellas pusieron otros objetos metálicos, no faltando tampoco entre estas armas algunas dobladas al estar candentes cuando la cremación del cadáver.

De su semejanza con las de otras regiones se deduce que debió haber un centro de fabricación hasta ahora no determinado, pero que quizá podamos suponer con fundamento á las faldas del Moncayo. No hay que

<sup>1</sup> *The Weapons of the Iberians*, por Horace Sandars. Oxford, 1913, y Leguina, *Discurso de recepción*, 1914.

olvidar la tradición de aquel Cacos, habitante al pie del soberbio monte, el primero que hizo de hierro entre nosotros «cuchillas y espadas, y puntas



para las lanzas, labrándolas primero con fuego para darles la facción que convenía y endureciéndolas después de forjadas en la templa con agua»<sup>1</sup>, añadiéndose á esto el que las aguas del contiguo *Chilibs*, ó sea el Queyles, eran las que, según Plinio, les proporcionaban el más fino temple.

Pero no sólo consistía en éste su excelencia, sino en la calidad del hierro, pues sus propiedades de acerado lo hacían inrompible; como que utilizaron el *wolfram* tan buscado hoy para los aceros. De aquí el procedimiento de someter las armas á la oxidación, hasta mediante sucios procedimientos, para que quedara de ellas sólo la parte más resistente.

Las espadas con el puño terminado en antenas fueron sin duda las más usadas por los arevacos; ésta debió ser, pues, el *gladius ibericus*. Tales son la mayor parte de las de Quintanas de Gormaz, igualmente que las de Aguilar de Anguita<sup>2</sup>, así como otras halladas en Termes. De las *falcatas*, para las que hay que admitir el modelo griego de la μάχαρα, ó machete, no hay tanta abundancia, sin haberse hallado hasta ahora del tipo galo.

A ellas van unidas en sus vainas las puntas de lanza, para enastar en madera, y las tijeras, del tipo de muelle, que más bien parecen útil de gran aplicación para el esquileo de los ganados, que no armas ofensivas.

Las defensivas más interesantes hasta ahora descubiertas, son los grandes discos, unidos por otros más pequeños, hallados en Aguilar de

<sup>1</sup> V. Florián de Ocampo, *Crónica*, I, pag. 167.

<sup>2</sup> V. Marqués de Cerraibo, *Compte rendu de la xiv session du Congrès de Genève*, 1912.

Anguita por el Marqués de Cerralbo, con otras, de las que pueden verse grabados en la obra de Mr. Sandars, citada <sup>1</sup>.

## EPIGRAFÍA

Si oscura es la cuestión de la lengua hablada por los celtíberos del alto Duero, no lo es menos la de su escritura, aún no descifrada por completo ni entendida en sus epígrafes.

No son tan abundantes los monumentos que puedan conducir á soluciones concretas, pues, fuera de sus monedas, de algunas marcas ó grafitos cerámicos y de la llamada tesera de Clunia, no han aparecido aún verdaderos epígrafes que nos proporcionen la clave de su más propia escritura.

La placa de Luzaga, aunque hoy en Soria, corresponde á otra región, y si bien debemos admitir entre ellos iguales caracteres, sería muy provechoso tenerlos equivalentes de la propia arevaca.

Los epígrafes de sus monedas son los únicos que podemos estudiar, por lo que la cuestión numismática ofrece este doble interés, sin haber hallado hasta ahora en la abundante epigrafía latina de la región ninguna piedra que pudiera estudiarse como bilingüe, y que tan útil hubiera sido para la solución del problema.

En la epigrafía latina, pocas inéditas se hallan, por lo que puede el curioso hallarla casi completa en las del *Corpus* y estudios especiales, tan conocidos; por ello, sólo cuando obtengan patente novedad ó interés, las transcribiremos al describir las localidades en que se hallan.

Ningún progreso, pues, ó novedad importante podemos señalar en esta parte de la arqueología de los arevacos, si no son algunos breves esgrafiados en barros numantinos.

Demostrada además la falsedad del plato de Segovia, queda reducida la epigrafía verdaderamente arevaca á los ejemplares señalados é incluidos por Hübner en su *Monumenta Linguae Ibericae* y en la *Memoria*, oficial, *sobre las ruinas de Numancia*.

## NUMISMÁTICA

Que los iberos, y entre ellos los arevacos, tuvieron monedas, no debe ofrecer dudas, al contrario de los celtas, en cuyo territorio no se han encontrado. La geografía de la numismática ibera podemos decir que tam-



aquellos que su lectura ofrece verdaderas incongruencias. Realmente, hay que decirlo, las monedas estimadas como de la región arevaca, ni están leídas, ni determinadas sus localidades, á pesar del buen deseo de los que de ellas se han ocupado. En las necrópolis hasta ahora exploradas no se han encontrado monedas que pudieran estimarse como del peculio de los yacentes en ellas.

Hay, sin embargo, una singularidad digna de ser considerada en las monedas halladas en la región, y es que á ella corresponden aquellas que ostenta la cifra final **SM** estimada como desinenia (*kos*), precisamente de localidad ó naturaleza; realmente, las atribuídas á Medinaceli, y las de Sigüenza (?), Lubia (?), Calatañazor (?), **ΕΘΡΡΣΜ** y, hasta nueve en total, con iguales caracteres finales, forman un grupo de localidad bastante compacto dentro de la que es objeto de nuestro estudio.

En puridad, ni el estado de exploración de la comarca ni de la verdadera interpretación de los epígrafes, permiten determinar nada sobre las monedas ibéricas del alto Duero, hasta que no se cuente con mayores elementos de juicio. Sólo debemos aceptar que su emisión fué muy importante, correspondiendo al tipo y sistema greco-romano, debiendo haber continuado su acuñación por algún tiempo después de la conquista latina de la región, sin trasvasar nunca á la céltica, ni pasar de Sasamón y Roa, en la vacceo-vettonica. Las emisiones latinas de Segovia, con una sola moneda conocida, y de Clunia más abundantes, no ofrecen, en cambio, dificultad alguna, antes al contrario, nos proporcionan datos tan interesantes como el de un resello, que delata su vecindad con la región celta, y los reversos. Las halladas hasta ahora en Numancia y Termes no suscitan ninguna controversia, abundando principalmente las latinas.

Entre éstas, ofrecen interés las dedicadas á Galba, por el dato iconográfico del Emperador que nos proporcionan <sup>1</sup>, ostentando por el reverso el emblema y epígrafe de *Hispania*, representada por una matrona, con la *pelta* ó escudo redondo, dos dardos y dos espigas, que en un gran bronce aparece cual aliada de la Galia.

Como existe la memoria de que «todo el oro y la plata que tenía el Procónsul en sus joyas y servicio lo fundió y lo hizo moneda y ésta re-

1 V. Delgado.



partió por sus criados y allegados»<sup>1</sup>, es lógico suponer que estas monedas fueron acuñadas en Clunia, al producirse ya como Emperador, citándose además un famoso medallón de oro que le dedicó esta ciudad, conmemorativo de su elección, y que se supone reaparecido, pero de nuevo perdido, pues según García Caballero, al dar cuenta en su *Breve cotejo* (Madrid, 1731), nos dice que «entre los desmontes y lamas que sacaban de los pozos (de las minas de Riotinto) se halló un trabajador una moneda de oro fino, de peso de una onza, tan perfecta y bien tratada que parecía acabada de labrar, la cual tenía por un lado el retrato del emperador Sergio Galba y alrededor una inscripción que decía: IMP. SER. GALVA. AVG., y por otro una corona de espigas en círculo, y dentro de ella, en dos renglones, S. P. Q. R. OB. G. S.»<sup>2</sup>.

#### BELLAS ARTES

Cómpendio y medida del grado de civilización alcanzado en todos los pueblos y de aquellos caracteres que los distinguen ha sido siempre el arte ó punto estético por ellos logrado, al extremo que del conocimiento de sus obras más esmeradas podemos sacar deducciones de gran valor para el aprecio de su modalidad y carácter.

Hoy comienza á pensarse y sostenerse la especie de un arte ibero, que indudablemente ha de ser reconocido en su gran desarrollo y característico estilo, á un extremo que quizás podamos encontrar en él lo más entrañable y propio de nuestra idiosincrasia estética, al través de muchos siglos.

Pero no por ello le concedemos desde luego la exclusiva característica del arte hispano, sobre todo en sus primeras épocas; en aquellos tan lejanos tiempos creemos hallar definidas muy varias corrientes en este sentido. Después de la primitiva africana, que ilustró tantos muros naturales, distingúense dos más principales en cuanto á lo más nacional y propio: la ibera y la céltica.

Si á los iberos les concedemos un acento estético definido, del que hemos encontrado muestras en sus monedas, en sus joyas, en sus exornos, en sus vasos y hasta en sus armas, no cabe duda que por ello se plantea la cuestión de otra corriente de arte nacional, con sus caracteres propios,

<sup>1</sup> Ambrosio de Morales, *Crónica general de España*, IV, págs. 472-73.

<sup>2</sup> V. Calvo, Ign., *Salón de Numismática*, pág. 174.

cual es el de los celtas, de muy distinto sentido, y en el que podemos, á la vez, reconocer muy propios caracteres.

Si, como venimos diciendo, el Eresma forma la línea divisoria de estas dos grandes entidades étnicas de nuestro suelo, indudablemente el arte celta comienza á aparecer al occidente de esta línea, con sus toros, sus cerdos, sus construcciones megalíticas, su simbolismo, dólmenes, joyas y otros productos, que se diferencian muy mucho de los de la mitad oriental de la península.

El arte ibero y el arte celta constituyen, pues, un capítulo de la cuestión, aún no bien estudiada, del celtismo y el iberismo entre nosotros, y si llegamos algún día á diferenciarlos y definirlos perfectamente, habremos dado un gran paso en el esclarecimiento de tan interesante cuestión histórica.

Ambas artes sufrieron, sin embargo, influencias extrañas, que por venir de iguales centros las imprimen caracteres comunes, pues si los iberos recibieron las enseñanzas de los pueblos orientales y griegos por el Mediterráneo, á los celtas llegaron las mismas entre nosotros por su contacto con los galaicos, que á su aparición estaban tan adelantados, gracias á sus relaciones con aquellos pueblos. En la joyería, en la metalistería, en la escultura, en la propia arquitectura y hasta en sus pinturas, se pueden presentar ejemplares de muy semejante aspecto; pero siempre se observará más clara y perfecta influencia clásica en las regiones orientales que en las occidentales.

El arte ibero se ofrece á sus comienzos tan perfeccionado que hay que admitir en él ó una importación, ó una ejecución local, pero por maestros extranjeros; el celta es más sencillo, más ingenuo y empleando elementos más primitivos y propios.

En una notable vitrina del Museo Arqueológico Nacional se encuentran hoy expuestas preciosas joyas, que encierran trascendentales enseñanzas y caracteres singulares. Dos diademas de oro, encontradas en opuestas regiones, aparecen en competencia. La de Javea (Alicante) es la más delicada muestra de la orfebrería primitiva oriental española que puede ofrecerse; por su dibujo, digno del más notable artista griego, por su técnica maravillosa, obtiene un valor inapreciable; pero lo que es más digno de atención en ella es su carácter mediterráneo, helénico, etrusco ó clásico; la otra, la de Vega de Ribadeo (Asturias), podemos llamarla oceánica, gala, irlandesa ó como queramos; más rectilínea, de entrelazados fila-

mentos, que se repiten en sus correctos pero severos giros, de mucha más sencilla traza y severo aspecto, y de una técnica también muy sencilla, pues se reduce simplemente al repujado. Por ella podemos empezar á reconocer el arte celta, entre nosotros, más geométrico, más estilista que el ibero, esencialmente realista y movido.

Otra diadema célebre hallada en muy próxima región, como que para ambas debieran utilizarse las *pales* astúricas, tan celebradas, es la llamada de Cáceres, hoy en el Museo del Louvre. En ella se observa el propio estilo ornamental, y en cuanto á las figuras humanas y de animales, ofrece igual convencional trazado y procedimiento para obtener su relieve. Un acento  *cubista*, hoy puesto en auge por algunos artistas, parece informar la idiosincrasia de este arte occidental tan estilizado.



Como carácter general del arte celta é ibero, debemos señalar cierta rudeza y excesiva acentuación, al paso que una gran simplicidad y repetición en el trazado; pero no por eso careciendo de expresión y movimiento, algunas veces notables.

En la ornamentación, el zic-zac y el visel, de marcado aspecto oriental, les basta para amenizar las superficies y los paños, como pueden verse en los más rudos ejemplares de las figuras de Yecla, y en varias lápidas exornadas, tanto de la región leonesa como castellana.

De los fragmentos puramente arevacos, son muy notables algunos de Clunia y Termes, por este marcado carácter étnico. El gran medallón imperial de Peñalba (Clunia) y otros restos decorativos esparcidos por este pueblo así lo patentizan; las monedas más rudas lo marcan visiblemente en el cabello de sus característicos bustos y otros atributos; las piedras de Carrasosa provenientes de Termes incurren en esta misma repetición del corte de sus relieves, siendo tan constante este acento, este *plisado*, que no es extraño hayan admitido como visigóticos muchos arqueólogos tales frag-

mentos, cuando realmente lo visigodo no viene á ser más que una continuación de este indígena estilo, del que al fin vendremos á deducir la evolución del más íntimo arte, que nunca nos abandona.

Por él llegamos al exorno asturiano, al románico de los marfiles de San Millán, á la primitiva decoración arábigo-cordobesa, al mudejar castellano y hasta al propio renacimiento hispano. Es una evolución del espíritu artístico más indígena, aún no bastante estudiada y apreciada en sus variados matices.

En la policromía ó pintura ocurre otro tanto: el uso de las tierras, de los tonos calientes de nuestra paleta, los hallamos ya en los más policromados vasos de Numancia, cuando han representado escenas de lucha y caza; la misma tonalidad, la propia gama que vemos reaparecer en las miniaturas de nuestros más antiguos San Beatos.

Espontáneamente y sin procedimientos de escuela, domina en el arte ibero el realismo, la copia fiel y la reproducción directa de lo externo, trascendiendo esto á la escultura, como se observa en el admirable torito de barro de Numancia y en la figura de la misma materia.

Más estilista y geométrico el arte celta, llega en su sintetismo rectilíneo á los cerdos y toros de Avila y á las esculturas de Portugal, á la misma diadema de Cáceres, pudiéndose establecer una serie de matices de estilo desde las figuras de Yecla á los guerreros del palacio de Ayuda.

Este arte, este acento, prevalece y se mantiene al lado de los más sobresalientes ejemplares del arte greco-romano, principalmente en la región arevaca. En Termes, junto á los restos de la gran estatua imperial ecuestre, del más recio arte romano, y de la preciosa del Apolino de bronce, y las pateras báquicas de plata, aparece el broche con el caballo estilizado y los restos de Carrascosa.

En Clunia, tan abundante en camafeos y piedras talladas, surge la estela de Peñalba, la de la iglesia de Coruña del Conde, con el busto del sujeto á que fué dedicado, de un estilo tan genuíno, que parecen venir á enlazar la serie entre lo ibero y lo visigodo. Hasta el arco de herradura se hace ya patente en estos ejemplares.



Figuritas de bronce, al estilo de las de Andalucía y Palencia, no se han encontrado, siendo hasta ahora única en su especie la preciosa fíbula del jinete, hallada por el Sr. Morenas en la necrópolis de Gormaz. Entre los animales representaron principalmente al caballo, transformado algunas veces en grifo, señalando por circulitos concéntricos los centros vitales de su organismo, cual se ve tan gallardamente en las monedas y en algunas fíbulas, al igual que el toro, de modo tan perfecto como el de barro de Numancia; pero nunca se ve en ellas el cerdo, tan abundante entre sus vecinos; solamente el jabalí en las monedas romanas de Clunia, algunas veces como resello, sin encontrarse hasta ahora el perro ni el gato, la cabra y las ovejas, que no debieron alcanzar categoría de simbólicos.

Sobre la puerta de la iglesia de Calatañazor hay empotrado un lobo de piedra, que pudiera ser ejemplar, en este caso muy estimable, de la escultura arevaca.

De las pinturas, las más notables son, sin duda, las de los vasos: en los polícromos de Numancia se encuentran representaciones de fauna, en algunos casos tan poco estilizadas, que obedecen á una aspiración realista, á una interpretación del natural admirable: sus tonos, sobre todo, son los más castizos de la paleta española: á tanto alcanza la importancia estética del arte ibero.



## V

### EXCURSIÓN ARQUEOLÓGICA

Reconocida en su pasado la región de los antiguos arevacos, oportuno es consignar su estado presente, con especialidad el de aquellas localidades que más recuerdos guardan de su pristina existencia y que vienen á ser como los centros de indagaciones y exploraciones para la reconstitución de su interesante historia.

Una excursión por aquellos lugares, señalando, no sólo sus itinerarios, sino las dificultades que éstos ofrecen, puede ser muy útil para los que posteriormente quieran esclarecer con nuevas luces tan importante materia, pues no es fácil llegar á ellos sin contar con alguna guía, facilitada por quien haya tenido que examinarlos anteriormente.

Además, darán así ocasión para consignar ciertos interesantes detalles locales, antes omitidos.

Para escalar la altura en que se asientan aquellos pueblos, lo más fácil sería seguir los pasos de los ejércitos invasores en todos tiempos, comenzando por Medinaceli, verdadera llave de la región, a su extremo oriental. Esta villa debe visitarse, dada la facilidad que hay para ello, por la vía férrea de Zaragoza, para comprender así su admirable posición, á más de examinar sus monumentos, algunos tan curiosos como el arco de triunfo romano de su entrada, que despierta la curiosidad del arqueólogo al divisarlo desde la vía férrea.

Su historia, á la que tantas veces se ha hecho referencia, justifica su

importancia, no sólo en los tiempos de las grandes luchas antiguas, sino en los medioevales, entre árabes y cristianos, quedando aún viva la memoria de Almanzor, al que todos recuerdan como enterrado en lo que llaman el cuarto cerro, sin determinar cuál de ellos éste fuera.

Pero como nos sea permitido entrar pacíficamente por todas partes, lo más oportuno hoy, á no utilizar la vía férrea, es, llegando por ella hasta Sigüenza, dirigirse desde allí á Atienza en el coche correo, para conocer así la posición de la antigua Titia, verdadera avanzada por la parte del Mediodía de la alta cuenca del Duero.

La posición de Atienza no puede ser más fuerte ni estratégica, y bien se comprende que haya sido testigo de tantos hechos de armas y tan disputada su ocupación en todos tiempos. Sin poseerla no es posible traspasar la cordillera carpeto-vetónica que resguarda por aquel lado. El alto de Torreplazo, camino del Cid, ó el puerto de Furca, por el occidente, son sin ella infranqueables, y su fortaleza natural se comprende al punto, al sentirse uno dominado por su imponente castillo, reconocido siempre como de los más fuertes é inexpugnables.

Es verdaderamente grandioso el aspecto de este castillo, que impresiona como encallada nave de altísima proa, defendido por tres recintos de murallas, comprendiéndose todavía el respeto que debieron inspirar á los antiguos; subiendo á su altura se domina toda la comarca, con las montañas al Norte y la llanura al Mediodía.

Mitad roquero y mitad de construcción, se ve que desde antiquísimos tiempos fué escogido para punto de defensa, reforzado después por los romanos y aumentado en los siglos medios.

La ciudad se extiende á sus pies, ofreciendo en todo aspecto militar y estratégico, por lo quebrado de su piso y distribución de sus recintos, presentando aspectos arquitectónicos muy pintorescos y de gran solidez en la construcción de su caserío, con detalles tan bellos como severos.

Recordando los hechos históricos allí ocurridos y con las crónicas en la mano, se observa la exactitud de éstas y se explican los acontecimientos en todos sus detalles.

Las figuras del Cid, del rey niño Alfonso VIII, de Beltrán Duguesclin y de D. Alvaro de Luna, surgen al repasar su historia, conservándose además en recuerdos seculares de asociaciones y fiestas.

La hermandad de los *recueros* guarda la documentación más curiosa y auténtica sobre los privilegios que le otorgaron los monarcas en pago de

su fidelidad y servicios á los reyes, y el hecho de la llegada del Rey niño, trasladado á su fuerte castillo por D. Pedro Núñez de Fuente-Almesir, tiene su recordación anual en la fiesta de *la caballada*, de curiosísima ceremonia.

Mezcla de los juegos circenses con el simulacro de la verdadera hégira del Rey niño, ofrece tanto el carácter clásico como el medioeval, constituyendo el día de mayor fiesta en Atienza <sup>1</sup>.

El coche correo termina en ella, por lo que, para continuar la ruta emprendida hay necesidad de montar á caballo si se trata de escalar la sierra, aunque contando con buena carretera.

Siempre ascendiendo, llégase á Somolinos, alegre pueblo que debe su existencia á las aguas de una contigua laguna, la que pasada, comiézase á escalar la máxima altura, dominando unas hoces de curiosísima constitución geológica, como si presentaran el fondo de un mar seco, en que hubiesen quedado petrificadas grandes naves, ciudades submarinas y donde la sedimentación ha producido las formas más extrañas y fantásticas.

Llegados á la altura, divísase el pueblo de Campisábalos, uno de los de más altitud de España, pues hállase situado á 1.600 metros sobre el nivel del mar, desde el que ya se distinguen las crestas cercanas, divisorias de ambas Castillas. Al franquearlas nótese en un punto la distinta vertiente de las aguas, y aparece ante la vista la roja tierra de Soria.

No muy lejos, allá abajo, se distingue un pueblecillo, y á alguna distancia, una ermita; ésta es la que determina el solar de la antigua Termes.

El pueblecito de Manzanares apenas alcanzará 50 vecinos; sin alineación en sus casas, aislado y como perdido, es tan sólo un grupo de viviendas donde se refugian los cultivadores de su bien aprovechada ribera. Al riachuelo llamado Manzanares debe su existencia, como la de sus prados y bellas arboledas en su curso, por lo que, siguiéndolo, llégase á las ruinas de Termes.

¿Quién diría que lugar tan solitario y desierto fué en su tiempo populosa y rica ciudad! Tan suntuosa, que los restos encontrados en ella delatan la vida más cómoda y regalada.

<sup>1</sup> El Sr. Pérez Galdós, en su novela de los Episodios Nacionales, titulada *Narváez*, se detiene en describir incidentalmente estas fiestas, que debieron mucho impresionarle durante su estancia en la villa, y el hermano mayor de la cofradía de *los recueros* guarda la preciosa documentación de ella, comenzando por el privilegio original de Alfonso VIII, transcrito por otro de D. Alfonso *el Sabio* en la era de 1272, con muchas otras confirmaciones de Reyes posteriores, en las que concede especiales franquicias y privilegios á *los recueros*, ó arrieros de Atienza, en atención á sus servicios á la Monarquía en la empresa del Rey niño.



Al levantar el plano de aquella primitiva ciudad, de la que quedan grandes elementos de referencia, podríamos hacernos cargo de la contextura y distribución de tan fortísima acrópolis.

Una sola entrada, practicada al extremo occidental en la propia roca, la hacía accesible, pero tan bien defendida por las rocas adyacentes, que difícilísimo sería franquearla. En la cumbre de ella se notan aún excavados los recintos para los defensores, y, sin llegar á la altura, no podía penetrarse en el lugar de sus casas y mansiones.

De éstas quedan aún muchas plantas y excavaciones, obedeciendo al sistema consignado de la parte baja excavada, elevándose sobre ella los muros y techos superiormente. En muchas, los restos de escaleras delatan la necesidad de descender para encontrarse en ellas. Aún se ven también silos, aljibes, parte de hornos, galerías, cuyos huecos para las techumbres aparecen al descubierto, con otros mil restos que piden el estudio topográfico más detenido, pero á la vez más interesante.

Este sistema constructivo continuó aún en tiempo de los romanos, los que al hacer abandonar á los habitantes de la ciudad ibera sus antiguos hogares y establecerse en el plano más bajo, no dejaron de cavar en la roca algunas puertas de entrada, á pesar de no amurallar el recinto y aprovechar las gradas del llamado teatro para un *fanum* ó lugar de sacrificios, como quiere el Sr. Calvo.

No ofrecen realmente aquellas gradas el rigor geométrico semicircular propio de los teatros ó anfiteatros romanos, aunque su trazado sea como para ser ocupado por un numeroso concurso, que ha de presenciar solemne escena. Se adapta á la desigualdad de la roca, independiente de un solo centro, por lo que las razones de lugar de sacrificios obtienen verdadero valor, sin quitar por ello que pudiera también aprovecharse para otros espectáculos.

De todo ello daría la más certera idea una amplia y continuada excavación mediante la que obtendríamos sin duda grandes esclarecimientos, sobre todo en lo concerniente á la población primitiva.

Los restos romanos hasta ahora encontrados acusan una suntuosidad notable, pues la estatua ecuestre de bronce, sin duda de Galba, de la que se ha conservado la cabeza del jinete y parte del caballo, que lució en el centro del foro; la preciosa de Apolo, igualmente de bronce, ya recompuesta, y los restos de riquísimos objetos hallados, demuestran la suntuosidad de la antigua ciudad de Termes.



Una de las particularidades que ofrecía era el paso á través de ella de la vía romana, que partiendo de Uxama, iba á buscar la general del Tajo hacia César Augusta, atravesando la sierra. Por ella debe marcharse para dirigirse á Osma partiendo hacia el Norte, hasta subir a la planicie que atraviesa, y donde podemos seguirla en línea recta por varios kilómetros. Es ésta la llamada calzada de Quinena, que se dirige al Duero por el pueblecito de Quintanarrubias de Abajo, para desde allí, siguiendo en la propia dirección y después de atravesar el río, continuar recta hasta el Burgo de Osma. Su estado de conservación, desposeída del gravado, la hace intransitable; pero su firme está tan patente, que, como decimos, podemos seguirla en su mayor extensión: no conserva miliarias, sin duda aprovechadas para otros usos.

Por ella, saliendo de Termes, se marcha toda una tarde hasta llegar á la estación de Osma, desde la que en media hora, en coche, se llega al Burgo, tan próximo al cerro de la antigua Uxama.

Pasadas las hoces ó desfiladeros que determinan la corriente del río Ucero, llégase á unas lomas, en la primera de las cuales se descubren los restos de la antigua Uxama, pero los explorados hasta ahora sólo nos manifiestan los de la ciudad romana, suntuosos y ricos, mas del estilo general conocido.

La ciudad ibérica sin duda estuvo cerca, quizás en las lomas contiguas, pero aún no está determinada ni menos explorada. Esto sería lo más interesante, y, de descubrirse, lo que proporcionaría más sorprendentes motivos de estudio para su primitiva historia.

Pasado el pueblecito de Osma, construído todo él con los restos romanos extraídos del alto, llégase, á un kilómetro, al Burgo de Osma, verdadero burgo germánico, con hermosa catedral y magníficos edificios y seculares arboledas, centro de cultura, hasta el punto de haberse construído en él una Universidad (hoy cuartel de la Guardia civil).

Sus amplias calles, su comercio y, sobre todo, su feracísima campiña, le dan una importancia que le hace abrigar pretensiones de ciudad y hasta disputar la capitalidad de la provincia.

No incumbe á nuestro objeto el estudio de sus notables monumentos; pero sí ofrece el interés de ser punto de partida para seguir un itinerario que ha de conducirnos hasta Numancia, tomando una carretera apenas separada de la antigua vía romana.

Con la guía del admirable estudio hecho de ella por D. Eduardo Saa-

vedra <sup>1</sup>, de memoria digna de los mayores respetos, vamos estimando sus huellas, que constantemente aparecen al lado de la carretera, en cuya mediación de Soria debemos detenernos para poder apreciar la situación de la antigua Voluce, ó sea la actual Calatañazor. Si sobre su exacta distancia en millas romanas ofrece alguna dificultad, ésta desaparece al dar á las millas de aquella región alguna más extensión que de la de kilómetro y medio por cada una, pues estas millas largas fueron las propias de aquellos caminos, partiendo las confusiones de someterlos siempre á una sola medida.

El pueblo de Blacos sería cuanto más una mansión en la vía, para de allí partir á la contigua Voluce, pero nunca una ciudad importante.

Al bajar del coche sólo se experimenta la impresión de la más completa soledad en lo alto de una dilatada cumbre, sin poder distinguir la presencia de pueblo alguno. Hay que dejarse guiar para ver resurgir como de un abismo el fuerte y murallas de la histórica ciudad de Voluce.

Llegado al extremo Norte de la cumbre, distinguesela coronando aislado cerro que se eleva al fondo de dilatada campiña, y descendiendo penosamente para ascender en seguida, hállase uno al cabo en la sola puerta de entrada de aquel amurallado recinto, verdadero nido de águilas, como expresa en lengua árabe su nombre de Calatañazor, que aún lleva.

Al penetrar en ella, si se suprimen sus tejados y algunos modernos detalles, créese uno transportado á aquellos tiempos primitivos en que la visitaron por primera vez los romanos, y vista desde fuera compréndese gran fortaleza y confianza en su posición y defensas.

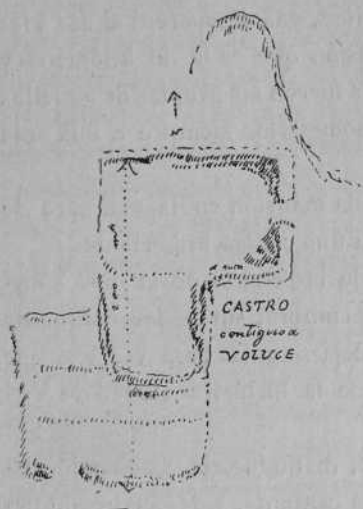
Hoy, sus murallas medioevales, el castillo á un extremo, y el ábside de su gran iglesia, le prestan aspecto más moderno; pero suprimidos éstos, ni su recinto ha podido crecer ni su disposición variar en nada.

Desde sus altos muros distínguese la extensa y amplia campiña en que se dice aconteció el desastre de Almanzor, pues aunque esto sea negado por algunos historiadores, no cabe duda de que si se atrevió á penetrar en aquel valle, tuvo necesariamente que ser aniquilado.

Más diestros fueron los romanos al conquistarla, pues subiendo á las alturas contiguas, establecieron á su vista un castro, del que quedan restos

<sup>1</sup> V. *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo x.

evidentes, en la forma que indica el plano, y que aumenta el número de los que aparecen á la proximidad de casi todas las ciudades importantes de la provincia.



La forma no es cuadrada, si no determinando esquina, conservándose los restos de sus trincheras en disposición tal, que no dejan lugar á duda sobre su destino.

Más recuerdos antiguos renueva; entre ellos, el de haber sido un centro del cultivo del gusano de seda, á que se refieren documentos de D. Alfonso *el Sabio*, causando también impresión profunda los sarcófagos cavados en la roca al pie del castillo, de un emplazamiento verdaderamente artístico y heroico, estimados por algunos, aunque sin razón terminante, como de la Edad Media, pudiendo decir, en fin, el que

visite tan apartado pueblo, que bien ha experimentado el efecto de la habitación alejada de todo contacto humano, pero conservando siempre su fiera independencia. Esto no obstante, del carácter actual de sus habitantes sólo puedo decir que son extremados en el ejercicio de la hospitalidad más noble y atenta.

Visitado este pueblo, y siguiendo al borde de la vía romana, que se deja en Villaciervos, por seguir recta á Numancia, llegase bajando á Soria, capital de la provincia, y que siempre debió ser centro importante.

La monumentalidad y bellezas de Soria son bastante conocidas; sus iglesias románicas y sus claustros y ermitas ofrecen los ejemplares más lujosos del estilo de su tiempo; el emplazamiento de su derruido castillo indica una posición fuerte en todas las edades, pero de su primitiva existencia creo encontrar la más fehaciente muestra en su ermita de San Satorio, por todos conceptos interesantísima.

Al acercarse á la alta peña, á orillas del río, sobre que está edificada, experimentase la sensación de que, en efecto, se ha llegado á un lugar sagrado; subiendo la larga escalera excavada en la roca, hállase uno á la en-

trada del hipogeo, con tal carácter clásico, que parece la debieron dejar así los primitivos adoradores del numen á que fuera consagrado.

San Saturio, á través de la tradición y leyendas, es quizás Saturno; las cuevas, estancias y túneles que horadan la peña ofrecen todo el carácter de un centro de adoración rupestre, consagrado á alguna deidad del campo. No ofrecerían sin duda más misterio las cuevas de Cibeles ó las de la madre naturaleza en Eleusis. Todo ello es poético y misterioso, pero cuando el santero os hace penetrar en la gran rotonda baja, rodeada de un banco de piedra á modo de doble exedra, con su escaño presidencial, y sin más luz que la que penetra por las hendiduras de las rocas, vuestro interés aumenta y daríais mucho por saber qué decisiones fueran las tomadas en los cabildos allí celebrados, primeramente, quizás, por los caudillos iberos y más tarde por los prohombres de la Mesta.

Nada más sorprendente como escénico fondo podéis imaginar, que las oquedades y galerías de la peña de San Saturio.

Por lo demás, la ciudad de Soria, os ofrece el carácter de una posición fortísima, con su acrópolis destruída, con su río que le sirve de foso y con todos los caracteres suficientes para poder ser estimada como de origen ibérico, aunque de nombre desconocido; por lo demás recuerdos clásicos conserva algunos tan famosos y patentes en sus costumbres como las célebres fiestas de las calderas <sup>1</sup>.

Desde Soria distínguese el solar de Numancia casi en el horizonte, y su ida es fácil y cómoda, pudiéndose pasar en él todo un día, para volver á la capital á la noche.

<sup>1</sup> Estas singulares fiestas ofrecen un carácter helénico tan marcado, que parecen revivir por ellas aquellos apartados tiempos. Celébranse en el solsticio de verano, comenzando el jueves anterior al día de San Juan. Mucho antes, á primeros de Marzo, se sortean ya los jurados obligatorios que han de dirigir las doce cuadrillas (antes eran 16) en que se divide el vecindario de la ciudad; de estos jurados se eligen los *cuatros*, que son los de mayor autoridad. Los jurados son los encargados de recabar los fondos entre los suyos, pues cada cuadrilla obra independientemente.

A primeros de Mayo se dirigen los jurados, acompañados de gran parte de sus cuadrillas, al monte denominado Valonsadero para comprar cada una un toro, siendo por ello día de gran romería.

Conducidos los toros á la ciudad el *jueves* anterior más próximo al día de San Juan, son recibidos por todos, que los acompañan hasta quedar encerrados en la plaza.

Al día siguiente, *viernes de toros*, se lidian los doce en la plaza, antes durante todo el día, hasta banderillearlos; hoy en dos corridas, una por la mañana y otra por la tarde, de seis toros de muerte cada una.

Entre tanto, las gaitas y tamboriles alegran con sus sones el espectáculo, y también discurren por la ciudad, una por cada cuadrilla, improvisándose bailes por todas partes.

El *sábado ajes* se hace en la plaza de toros, presidida por los *cuatro*, *siembra*

De su estado actual, importancia de sus excavaciones y objetos que proporciona, se ha escrito lo suficiente para formarse completa idea de ello.

La Memoria oficial de los Sres. Mélida y Aníbal Alvarez me excusan de hacerlo por mi parte, y á ella deben acudir los curiosos, garantizando tan sólo lo exacto y profundo del estudio por estos señores realizado. Cerca se pueden distinguir aún, estudiándolo bien, las señales de su perímetro y elementos de ataque para su asedio, de conformidad con lo dicho á su tiempo; por lo que volviendo á Soria, después de experimentar algo muy profundo á la vista de los restos de aquella ciudad heroica, dispúsemos á seguir el itinerario marcado por el Sr. Saavedra en su estudio citado, que con la rectificación de la mayor medida para la milla, quedan resueltas todas las dudas que pudieran asaltarnos.

Caminando por la carretera que se dirige al Oriente, por la propia falda de la sierra en que termina la dilatadísima campiña, y tomando como meta el Moncayo, que cada vez más se agiganta, se recupera de nuevo la vía romana, de la que aún subsisten las distintas miliarias anotadas por el Sr. Saavedra en su viaje.

Pasados los pueblos de Fuensaúco y Aldealpozo divísase al pie del Moncayo una ciudad con visos de monumental ruina; pero antes hay que descender en el pueblo de Matalebreras, por no seguir la carretera la dirección de aquel poblado, de aspecto tan histórico.

A la propia entrada del pueblo existe enhiesta una miliaria que llama nuestra atención; es la que señala la distancia de dos millas para llegar á Augustóbriga, algo más de los tres kilómetros que hay entre Matalebreras

*de confituras*, que se esparcen por el suelo, de las que van cargadas dos recias mulas, y al recogerlas los chicos y grandes, sueltan una vaquilla, que produce los sustos y atropellos consiguientes.

Este sábado se sacaban antes los doce toros á las cinco de la mañana, enmaromados, y cada uno se toreaba por las calles de su parroquia; al mediodía se les mataba, menos el de San Blas, que se vendía y el precio se daba á los pobres, dedicando la tarde á condimentarlos. Separado lo mejor de los toros, se disponen para guisarlos y comerlos al día siguiente, ó sea el *Domingo de Calderas*.

Con ellos se hace la paella en las calderas, cada una en su parroquia, y á las siete de la mañana, todas las autoridades se dirigen á la pradera, al frente de las doce calderas, precedida cada una de un gaitero, conducidas en hombros y adornadas con flores; allí, cada barrio alrededor de su caldera, después de probadas por los jurados y autoridades, se entregan al general banquete y después al baile al son de los tamboriles y dulzainas, hasta la hora de volver á Soria. En la tarde de este día la *soldadesca* hace su guardia en la Colegiata, adonde se han llevado las imágenes de San Saturio y Santa Bárbara.

El *lunes de bailes* se verifican las danzas en el campo de San Saturio, siguiendo las romerías, danzas, limosnas y fuegos hasta el jueves siguiente.

En Luzaga y otros puntos se celebran también fiestas de *calderas* de muy parecido carácter clásico.



y Muro de Agreda, que es el nombre moderno de la arqueológica mansión que nos interesa.

Hay que detenerse en Matalebreras, y atravesando este pueblo en dirección un tanto al Norte, os sorprende otra miliaria perfectamente colocada al borde del camino, pero tan borrada en su inscripción, que es completamente imposible leerla; sin duda señalaba la distancia de otra vía, que debió tomar la dirección de las salutíferas aguas de Fitero.

Pero dispuesto á visitar Augustóbriga, pude proporcionarme la cabalgadura, con que llegué á la primera ciudad por el Oriente de la antigua región arevaca.


A todo esto, el vecino Moncayo, solemnísimo, de alto cono, imponente y misterioso, comenzó á coronarse de ligeros *cúmulus* que, concentrándose cada vez más, concluyeron por promover una violenta tempestad, que duró toda la noche.

Nunca he observado efecto eléctrico más sorprendente de la influencia de una cumbre en el desequilibrio atmosférico.

Pero dándome tiempo para llegar á Muro de Agreda, pude confirmar allí la cierta atribución de esta localidad á la antigua Augustóbriga.

Su aspecto es el de un extenso castro abandonado, persistiendo aún gruesas piedras de sus murallas y torreones pertenecientes al mismo.

Sus habitantes, todos labradores, tienen idea de la antigua importancia de aquella ciudad y señalan los puntos principales de sus plazas y solares. El perímetro está aún completamente determinado y obsérvase, á poco que se mire, la dirección de la vía que determinaba la miliaria de Matalebreras.

A una de aquellas parcelas llaman el solar de las monedas, por las muchas que de allí han salido con la marca  y que apoyan la opinión de no ser á la moderna Agreda á la que pertenecen, quedándonos por saber, sin embargo, el nombre de aquella ciudad, anterior al romano; pues el de Augustóbriga, con que la señalan las miliarias, es evidentemente posterior y hasta mal formado por los romanos, con su terminación puramente celta.

Varios capiteles, basas, trozos de cornisa y otros restos se ven en la iglesia y esparcidos por el pueblo; pero lo más curioso que allí encontré fué una hermosa miliaria admirablemente conservada y que determinaba la proximidad de *Turiasona*; hállase tendida en una cerca contigua á la fuente y al borde de la vía romana, lo que hace suponer que apenas ha

rodado de su primitivo sitio: la distancia de xxii millas desde Tarazona, que señala, le conviene por completo, debiendo cambiar desde ella la numeración al continuar para Numancia.

La situación, pues, de Augustóbriga, como correspondiente al poblado de muro de Agreda, debe quedar como determinada.

Volviendo á la miliaria II, síguese la carretera que va á Agreda, la que aparece casi de pronto rodeada de frondosísimas alamedas y asentada al pie mismo del Moncayo, no sin recordar antes que en aquellos campos señala la tradición el lugar de la matanza de los Infantes de Lara.

Muchos deseos tenía de visitar tan histórica ciudad, y, en efecto, mi interés no queda frustrado al reconocerla en sus monumentos, en su posición y en todo cuanto le pertenece y rodea.

Su proximidad al gran monte y lo quebrado de su terreno le presta aspectos lo más pintorescos, y visitándola con alguna preparación, resurge con intensidad elocuente todo su pasado.

Su antiquísima fundación ibera, su renovación romana, su importancia árabe y su poder feudal, han dejado en ella huellas indelebles, y, por último, el espíritu de aquella Sor María, que demostró con las formas más democráticas ser la influencia del talento más poderosa que la de todos los señorios, alienta aún y vive, al lado de las más desoladoras ruinas señoriales.

Pero la impresión geográfica que se experimenta en ella es que nunca fué ciudad arevaca, sino ibera pura y perteneciente por completo á otra cuenca que la del Duero.

Su río Queiles, de tanta historia, marcha al Ebro, y todas sus comunicaciones comerciales y sociales son hoy, como siempre, con la tierra aragonesa: hasta el acento de su habla no es ya castellano puro.

Llave, por lo demás, de la comunicación entre ambas regiones por aquel lado, á ella debe muchas de sus vicisitudes históricas.

Respecto á la etimología de su nombre, que dicen corresponder á *Are-gracos* de las monedas, hay que comenzar por decir que escasamente se han encontrado de ellas en su contorno, correspondientes más bien á la ciudad de Augustóbriga, ya visitada; al hallarse cerca de Gracurris, no extraña la versión de que fué la ciudad de Agripina, que corrompido pudo llamarse Agredina y sincopado Agreda.

Restos del templo de Agripina se consideran los grandes y fortísimos arcos de la iglesia de Nuestra Señora de la Peña, que en efecto ofrecen los caracteres de una construcción romana, sobre cuyos robustísimos

arcos se han apoyado las nervaduras ojivales de sus actuales bóvedas. La diferencia de construcción y época son evidentes, haciendo sospechar la opinión expuesta.

También parece romana la gran bóveda bajo la que corre el río por la plaza, posteriormente renovada, observándose iguales restos en el castillo de muy sobrepuestas construcciones, con una puerta árabe, restos que se divisan hasta en varias casas y cercados.

De su carácter árabe, medioeval y hasta renaciente, sólo hay que decir que conserva elocuentes reliquias, encerrando grandiosos templos con suntuosos retablos y bellas portadas.

Pero concretándonos á nuestro punto de vista, sólo hay que repetir que no debe estimarse como ciudad arevaca.

Allí, sin embargo, debió estar establecido el gran centro de fabricación de las armas, como á su tiempo he indicado, y explorando los saltos del Queiles daríase sin duda, al buscarlas, con las escorias de sus fraguas y hasta con los socavones del gigante de entrañas de hierro del que extrajeron aquel tan excelente para las armas iberas. Mucho más puede hacer interesante la visita á Agreda, pero á mi principal objeto no correspondía..

Volviendo á Soria por la propia vía antes emprendida, de aquí ya por tren puede el viajero dirigirse á Almazán, villa importante de la provincia y también de gran interés histórico.

Situada á orillas del Duero, en un altozano, su aspecto no puede ser más pintoresco. Sus torres y fuertes murallas, sus puertas y palacios de altísimas galerías, le prestan la más variada silueta, que sería más imponente cuando la coronaba la acrópolis, volada en la guerra de la Independencia y de la que sólo el solar existe.

Cuál fuera su nombre primitivo es muy difícil decidir; pero que debió quedar consignado en la historia lo sospecho, dada su gran importancia.

Tratando de las empresas de F. Novilior he apuntado si no pudiera ser Berlanga la antigua Euxenia; pero teniendo en cuenta que esta denominación clásica (la bien surtida) viene á significar lo propio que la arábica *almazán* (almacén), pudiera estimarse esta segunda denominación como una traducción de la primera, aplicable más bien á la ciudad que nos ocupa, muy próxima además á la expresada y á la que mejor conviene otro nombre.

Restos patentes romanos ó prerromanos no ofrece, siendo por ello muy sensible la desaparición de la acrópolis; pero que sufrió el cerco y

ataque de los conquistadores latinos, y que debió constituir su conquista señalada empresa, lo determina un elocuente resto que existe cerca de ella.

A unos tres kilómetros al Oriente, y al lado del río, se observan las huellas más patentes y notables de un castro romano, que pueden apreciarse claramente. Desde él se divisa la ciudad á la distancia conveniente para su asedio.

El castro, repetidamente ya medido y estudiado, ofrece el modelo más acabado de los de su género; sus tres lados defendidos por trincheras, pues el cuarto lo forma una depresión natural, da un área ligeramente trapezoidal, con sus puertas muy bien marcadas, contenido por su lado mayor, de 670 metros y menores laterales, quedando la extensión encerrada en este perímetro, en condiciones singulares para su objeto. La presencia de este gran castro determina la importancia de la ciudad á la que combatía.

Almazán, por lo demás, ofrece singularísimos monumentos medioevales, como la iglesia de San Juan, hermosos templos y campanarios, residencias señoriales suntuosas, y puertas y murallas de gran defensa.

Dejando tan importante ciudad, puede marcharse en muy poco tiempo á Berlanga, también interesantísima <sup>1</sup>.

La atención se fija hoy en el templo de Santa María del Mercado, fundación de los Marqueses de Tovar, que derrocharon sus caudales en levantar un templo muy superior á la importancia del pueblo.

Centro, sin embargo, de mercados y ferias, tuvo gran auge en los siglos pasados, que justificaba su monumentalidad y riquezas. Cerca de la iglesia subsiste completamente desmantelado, al pie del fuerte castillo, el palacio de los Marqueses, incendiado por los franceses. La iglesia aún conserva bellezas artísticas de primer orden en su coro y capillas. Pero su originaria importancia estratégica se comprende al contemplar el barranco por donde corre el río Escalote. Nada más suntuoso é inexpugnable que aquellos acantilados; tajada la roca á pico, imposible atacar los fuertes de la cima. Por el otro lado, la subida, en cambio, es muy suave; pero bien podemos determinar por dónde irían los murallones que la cercaran. Estos han desaparecido por completo; pero aún en la cima se asienta, á la derecha, el castillo, y á la izquierda se pueden reconocer restos de antiquísima ciudad ó fortaleza. Insisto ahora más en la opinión que para mí ésta fué la tan debatida Segeda, que de ningún modo conviene á Cana-

<sup>1</sup> V. esta REVISTA DE ARCHIVOS, tomo anterior, pág. 297

les, y muestra de que también fué atacada por los romanos son las huellas de otro campamento, que plantaron muy cerca por su lado Norte, por donde á ella llegaron.

Desde allí, dirigiéndose á la vía férrea, de la que está separada una legua al Sur, se llega bien pronto á Osma, la antigua Uxama, centro reconocido, y en el que verifica en la actualidad sus descubrimientos el señor Morenas.

Sin volver á Osma, que dista tres kilómetros de la estación de la línea férrea, seguí por ésta hasta San Esteban de Gormaz, pasando antes por el pueblo de Recuerda, cerca del cual se halla la necrópolis, explorada también por el Sr. Morenas, y llegado á San Esteban, nótese al punto su aspecto de gran antigüedad y su posición estratégica á orillas del Duero.

Dos eminencias la dominan: la del castillo, hoy en inminente ruina, y la de la iglesia de Santa María, con aspecto de verdadera acrópolis.

La eminencia del castillo la atraviesa hoy la vía por medio de un túnel, lo que indica su difícil ascensión y encadenamiento con las cumbres de aquel lado; para un ejército sólo podía ser fácil el acceso al lado opuesto, tomando la orilla del río, pero éste se lo impedía la ciudad; de aquí su valor militar y los muchos ataques que en todas épocas tuvo que rechazar, al servir como de llave de la región del alto Duero.

Ya en la parte geográfica he aceptado su equivalencia con la histórica Sèrguncia, idea que va adquiriendo cuerpo por la aparición de inscripciones, restos cerámicos y escultóricos y antigüedades que así lo abonar.

En San Esteban de Gormaz se ofrecen dos partidos por que optar para proseguir la exploración arqueológica de la región arevaca: ó continuar la línea férrea á Valladolid, pasando por Langa, La Vid, Aranda, Peñafiel, Roa y entrar ya en los vacceos, ó derivar al Sur, hacia las sierras de Riaza y Guadarrama, para llegar por Aillón, Riaza, Duratón, Sepúlveda y Turégano, á Segovia, límite Sudeste de la región que limitó el Eresma.

Lo más oportuno para no desandar lo andado es salir de San Esteban y pasando el Duero por un gran puente, dirigirse en el coche correo á Aillón.

Por despejada carretera, y pasando por el bosque de Robredo, que recuerda la felonía de los Infantes con las hijas del Cid, llégase á Aillón, á orillas del río Riaza, de fuerte posición y antigüedad remota, aunque sea completamente desconocido su nombre primitivo.



Es una villa fortificada, con restos de acrópolis, que delata al punto su importancia primitiva, y su fortaleza señorial de la Edad Media, interesantísima por sus monumentos, por sus casas solariegas y por sus ruinas.

A su entrada se ve una de las más bellas fachadas de palacio señorial del siglo xv que tenemos; en sus templos, conventos y fuertes se nota su riqueza pasada.

Ilustrada con numerosos blasones de los más ilustres apellidos, no parece, sin embargo, por ninguna parte el de D. Alvaro de Luna, como si hubiese presidido el deliberado propósito de que no quedara ni la menor memoria del famoso privado y, ¿por qué no decirlo?, hombre de Estado de su tiempo, que en Aillón pasó largas temporadas.

Pero por muy grande que sea su aspecto medioeval, obsérvase en sus restos mucho más antiguo origen: su acrópolis ofrece carácter ibérico; los restos encontrados delatan su importancia romana, y bajo muchos conceptos merece ser estudiado su ámbito y recogidas sus memorias. Desde allí, por sendas á campo atraviesa, se puede ir á caballo en unas horas á Termes, habiendo probado esta combinación, entre las demás igualmente difíciles para tal objeto.

Aillón pertenece ya á la provincia de Segovia, muy favorecida por sus carreteras, de las mejores de España, pues, al contrario de lo que generalmente se cree, las que existen en este rincón de Castilla son buenas y muy bien cuidadas, pudiendo también devolver la fama á sus fondas y posadas, en las que generalmente se halla mucho mejor trato que el esperado. Afirmar lo contrario es caer en la pedantería, dicho sea en honor de los hospitalarios castellanos.

Tomando, pues, la amplia y buena carretera de Riaza, se sale de Aillón hacia este importante pueblo, sin interés arqueológico patente, pero tan exuberante en sus paisajes, tan lozano en su sierra, al pie de la ladera que domina la ermita de la Virgen de la Balbanera, de animadísimo concurso en su romería, á la que asistí, que nunca creo hayan respirado mis pulmones aires más puros, ni experimentado frescuras de frondas más lozanas.

Desde la ermita se divisa la inmensa llanura de la provincia, que por allí se dilata en enorme extensión de tierras de trigales.

Nada, por lo demás, ofrece de ibérico aquella localidad, por lo que, siguiendo el itinerario marcado, me dirigí á Sepúlveda, por Duratón, que ya ofrece muy marcados caracteres de remotísima antigüedad.

Una legua antes de llegar á Sepúlveda, divísanse unos grandes cercados

á la izquierda de la carretera, y al preguntar qué sean, os dicen sin vacilar: «Son los *mercados* de Duratón.»

Con la idea de volver á verlos continué hasta Sepúlveda, que ya divisaba, aunque extrañándome la pelada llanura de aquel terreno, en que se dice haber existido una gran ciudad.

Sepúlveda ergúfase cada vez más pintoresca ante mis ojos. Sus altos templos, sus torreones y elevadas casas, ofrecían el más variado aspecto, con asomos de suntuosidad y grandeza; lo lozano y frondoso de sus alrededores y como la base de verdura sobre que se asienta, aumentaba la belleza de su conjunto.

Llegado á ella, nótase al punto la bondad de su caserío. Hermosas fachadas, casas de varios pisos y suntuosos templos se divisan por todos lados; pero lo que llama más la atención es la fortaleza de sus murallas, elevadas sobre tajadas rocas, y la majestuosidad de sus torreones y puertas.

Su posición ofrece el más curioso ejemplo de repliegue geológico que puede imaginarse, y ya en otras ocasiones he dado cuenta de su antiguo nombre, Confloenta, y de su carácter arqueológico <sup>1</sup>.

Pero lo que más estimulaba mi interés era la visita al solar de la antigua Duratón.

Increíble parece que en aquel campo, á una legua al Sur de Sepúlveda, haya existido una ciudad; y, sin embargo, los restos que aquella tierra devuelve certifican que, por lo menos, hubo un poblado.

Recordando la relación que de todo ello inserta Ceán Bermúdez en el *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, en cuya pág. 187 nos da cuenta de las excavaciones que allí se efectuaron en el año de 1791, y de los resultados obtenidos, surge la idea de tratarse, más que de una ciudad, de alguna quinta ó mansión de recreo, al lado del río, y dependiente de la ciudad de Confloenta, ó sea Sepúlveda, de la que apenas dista una legua; las grandes cercas, denominadas *los mercados*, pudieran ser recintos para contener caballerías ú otro objeto; pero el gran centro capital de la región debió ser siempre la ciudad de Sepúlveda, tan interesante como aún poco estudiada.

Partiendo de ella, doce mortales horas de camino la separan de Segovia; el trayecto se hace generalmente de noche; llégase á Turégano á su mediación, hallándolo en el más profundo silencio, pues sus habitantes

<sup>1</sup> V. el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1911, pág. 178.

descansan como al tranquilo amparo de su gran castillo-iglesia, que lo domina, y que á aquellas horas, á la luz de clarísima luna, producía, desde la gran plaza á que sirve como de fondo, un mágico efecto.

Bien entrada la mañana, llegué á Segovia, que aún conserva su primitivo nombre y tantos admirables restos monumentales, de todos conocidos.

Su situación responde por completo á la de las ciudades arevacas, siendo modelo de ello; su alcázar constituye aun hoy la más avanzada defensa de la región, que por allí comenzaba á la orilla derecha del Eresma; siguiendo éste, se explica y comprende que formaba el límite de dos regiones tan distintas como la de los vacceos y los arevacos.

Por ello, continuando el viaje en ferrocarril, me dirigí hacia Cuéllar desde la estación más próxima, para, desde allí, siguiendo á Peñafiel, no abandonar la región objeto de este estudio.

El castillo de Peñafiel, imponente, divísase á largas distancias: si por su aislamiento no parece ser llave de ningún paso obligado, debió servir desde muy antiguo de lugar avanzado y de vigilancia, y el pueblo, sin caracteres de fuerte, se extiende hoy tranquilo á su sombra en el llano.

Muchos más de ciudad celtíbera, fuerte y en alto colocada, ofrece Roa, donde es opinión se dedicaba Teodosio á la labranza antes de ser elevado al Imperio, y donde se han encontrado restos y objetos de carácter ibérico. Por su posición, por sus defensas y antigüedades, es muy digna de ser visitada y estudiada.

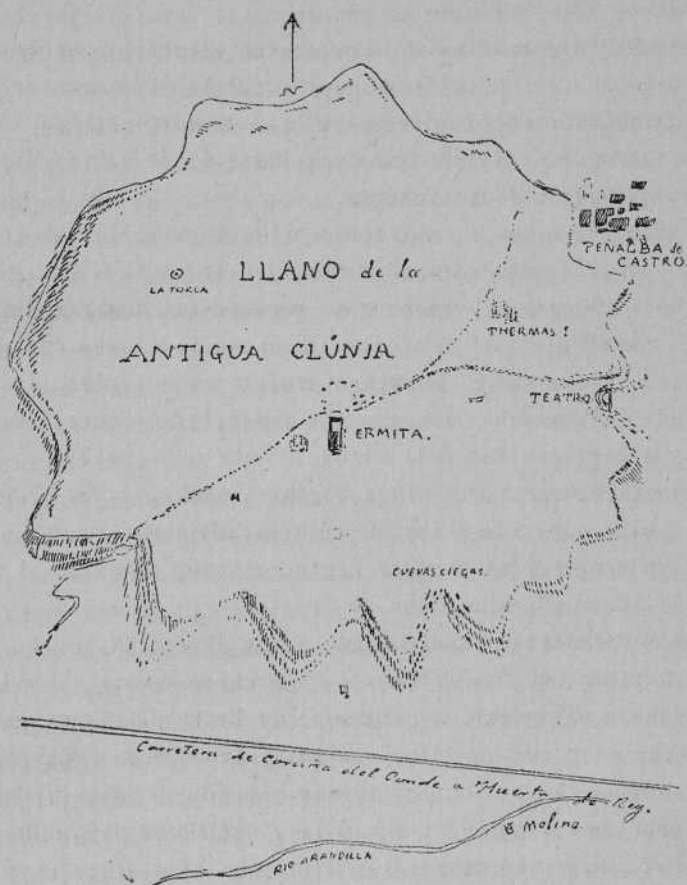
Siguiendo por la línea férrea hasta Aranda de Duero, contéplase á la ciudad, á orillas de este río, grande y suntuosa, pero cuyos caracteres históricos no alcanzan más allá de los tiempos medioevales. Ningún resto anterior se ha encontrado en ella, y las preesas arquitectónicas que hoy la ilustran, algunas de tal entidad como la bellísima iglesia de San Juan, corresponde á los tiempos de los Reyes Católicos.

Antes salía de Aranda el correo que, marchando en dirección de Peñaranda de Duero y Coruña del Conde, conducía á las ruinas de Clunia; hoy hay que seguir por el tren hasta la estación de La Vid, para allí tomar por la mañana el vehículo que ha de conducirnos al propio punto.

A las tres horas de marcha se llega á Coruña del Conde, á la vista de los cerros donde se levantó la antigua colonia Clunia Sulpicia. Subiendo á ellos se disfruta del más bello horizonte y posición propicia para asen-

tarse una ciudad tan importante como debió ser la que allí se levantaba.

Pudiera creerse, á no ser por su extremada extensión, que aquel recinto fué elevado por la mano del hombre más que por la naturaleza, pues el suelo de la ciudad se levanta unos cien metros sobre el llano, en forma de estrella casi regular de numerosos lados, formando por ello 14 picos



y otros tantos senos, cada uno con su nombre, y que parecen los glaciares inexpugnables de una fortificación moderna. Por su lado Sur corre el riachuelo Arandilla, que, naciendo en Huerta de Rey, va á buscar el Duero.

Pero una vez en lo alto divisase la amplia comarca, limitada por lejanos montes, que constituían los límites de la región arevaca, viniendo así la ciudad como á abarcarla y dominarla.

Estudiadas aquellas ruinas primeramente por Loperráez en su *Descripción histórica del Obispado de Osma* y por Ceán Bermúdez en el *Sumario* citado, nos dieron cuenta de su estado en aquellos días, que difiera por cierto muy mucho del actual, pues aún ellos alcanzaron á señalar edificaciones que hoy han desaparecido por completo, quedando tan sólo sobresaliendo en aquel extenso llano el edificio de la ermita de Nuestra Señora del Castro.

De un año para otro he visto desaparecer sillares y fragmentos que existían sobre el suelo, pues los habitantes de Peñalva no cesan en su costumbre de subir durante los inviernos á la cantera para extraer sillares y piedras labradas, no habiendo que decir hasta dónde habrán llegado en sus destrozos después de tantos siglos.

Aún pudo deterninar algunos restos el Sr. Arias de Miranda en 1868 <sup>1</sup> y estudiar otros muy curiosos el Sr. Amador de los Ríos (D. Rodrigo) en el tomo de Burgos de *España y sus monumentos*; mas por ellos se ve hasta dónde han llegado los destrozos. De su estado actual y curiosidades subterráneas dió cuenta el Sr. Hinojal en artículo reciente sobre tal objeto <sup>2</sup>.

Hoy sólo me atrevería á asegurar que el templo de Júpiter cluniacense debió ocupar el propio sitio de la ermita, al lado de la cual aún se elevan los despojos de una gran ara ó altar exterior elevado para los grandes sacrificios, y siguiendo hacia el Este descúbrese algunas sustrubciones que debieron pertenecer á las *thermas*, llegando en esta dirección al *teatro*, límite de la ciudad por aquel lado.

Ofrece éste ciertas particularidades, que lo diferencian mucho de los demás de la península: completamente excavado en la roca, el servicio del público se hacía todo desde la parte superior hacia abajo, quedando por ello como rudimentarios los *aditii maximii* que en él existen sólo para servicio de la *orchestra* y *escena*: ésta es muy reducida, al modo griego, quedando después la *cavea* dividida en varias *gradationes* por anditos, con *podios* y en *cunei*, por las escaleras exteriores que convergen hacia la *orchestra*; es, pues, el teatro de modelo más á la griega que tenemos, por lo que lo estimo como quizás el más antiguo. Después de los trabajos de excavación en él emprendidos, espero que en breve plazo hemos de poderlo contemplar limpio y despojado de la mucha tierra que aún lo cubre.

Por este lado oriental debió estar la primitiva ciudad ibera: en él apa-

<sup>1</sup> *Revista de España*, tomo v.

<sup>2</sup> *V. Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1913, pág. 222.



recen los más imponentes acantilados de la roca, que se elevan á gran altura sobre el llano, y en él se encuentran los vestigios de las más antiguas mansiones, escaleras y excavaciones; y que la ciudad tuvo siempre importancia lo delatan los restos hallados en ella de arte ibero, como las cuatro piedras ó estelas de que dió cuenta el P. Naval <sup>1</sup>, ejemplares notabilísimos de arte ibero, de las que he tenido ocasión de ver dos originales. Habiendo servido como de cimientos para posterior construcción romana, de esperar es que habrán de encontrarse otros del propio género al hacerse las exploraciones debidas en aquellos terrenos.

Hay que poner término á esta reseña, y por ello estimo oportuno darlo con la mención de la suntuosísima ciudad que tanta importancia tuvo en sus tiempos. De su historia queda apuntado lo más interesante, faltando sólo que su exploración aduzca nuevos datos. Aunque arrasada, más que por el tiempo por la mano codiciosa del hombre, sin duda guarda aún tesoros inapreciables para nuestra historia.

Restan por estudiar otros lugares de la región que despiertan interés sumo y que pudieran ser motivo de exploración productiva; pero quédese esto para los que mejor ocasión tienen para ello y con más eficacia pueden acometer tal empresa.

Con lo dicho creo haber dado alguna idea de lo muchísimo de primordial interés que encierra la región del Alto Duero, solar de aquellos arevacos, tan heroicos como caracterizados, para que podamos darle la categoría de verdaderos fundadores de nuestra nacionalidad y de nuestra genialidad étnica y psicológica, en lo que tiene de más serena y prepotente. Si los iberos, en general nos merecen el respeto de nuestros más antiguos progenitores, á los arevacos corresponde, por su posición central y aislados de influencias extrañas, el ser considerados como los más puros representantes de aquella raza, de aquella genialidad que nos llevó á las mayores empresas, no sólo por las armas, sino por lo que respecta á la cultura, al arte, á la filosofía, á la ética y á la modalidad de la vida más propia nuestra y que más puede satisfacer nuestros ideales. Por su valor, por su aplicación, por sus sentimientos de humanidad y confraternidad de raza, hasta por su arte y cultura, los arevacos constituyeron la medula de la genialidad española, habiendo guardado, al igual que el tesoro de la lengua nacional en su mayor pureza, el de la decisión en todas edades para los extremados heroísmos.

1 V. tomo L del *Boletín de la Academia de la Historia*.



## INDICE ANALITICO

---

	Págs.
PROEMIO. . . . .	3
I. GEOGRAFÍA.—Región del alto Duero.—Gea.—Flora y fauna.—Etimología.—Ciudades antiguas importantes.—Su equivalencia con las actuales.—Vías. . . . .	6
ETNOGRAFÍA.—Bascos, iberos y celtas.—Sus orígenes.—Sus caracteres.—Los celtíberos.—Pelendones, Arevacos y Titios. . . . .	16
II. PREHISTORIA.—Edades primitivas.— <i>Historia</i> .—Primeras noticias.—Contacto con los cartagineses.—Penetración romana.—Primera guerra de Numancia.—La guerra de Viriato. . . . .	25
III. SEGUNDA GUERRA DE NUMANCIA.—Guerra de Sertorio.—Dominación romana.—Invasión de los bárbaros.—Edad media y moderna. . . . .	45
IV. VIDA SOCIAL Y ARQUEOLOGÍA.—Instituciones, costumbres.—Necrópolis.— <i>Arqueología</i> .—Restos prehistóricos.—Ciudades.—Casas.—Metalurgia.—Cerámica.—Textiles.—Armas.—Epigrafía.—Numismática.—Bellas Artes. . . . .	67
V. EXCURSIÓN ARQUEOLÓGICA. . . . .	93

## ERRATAS

---

Algunas han ocurrido que dejamos el salvarlas á la buena inteligencia de los lectores; pero nos parecen más importantes las siguientes: En el mapa general aparecen trocados los nombres de *Sergontia* (en Sigüenza) y *Seguntia* (en San Estebán de Gormaz), cuando debe ser al contrario.

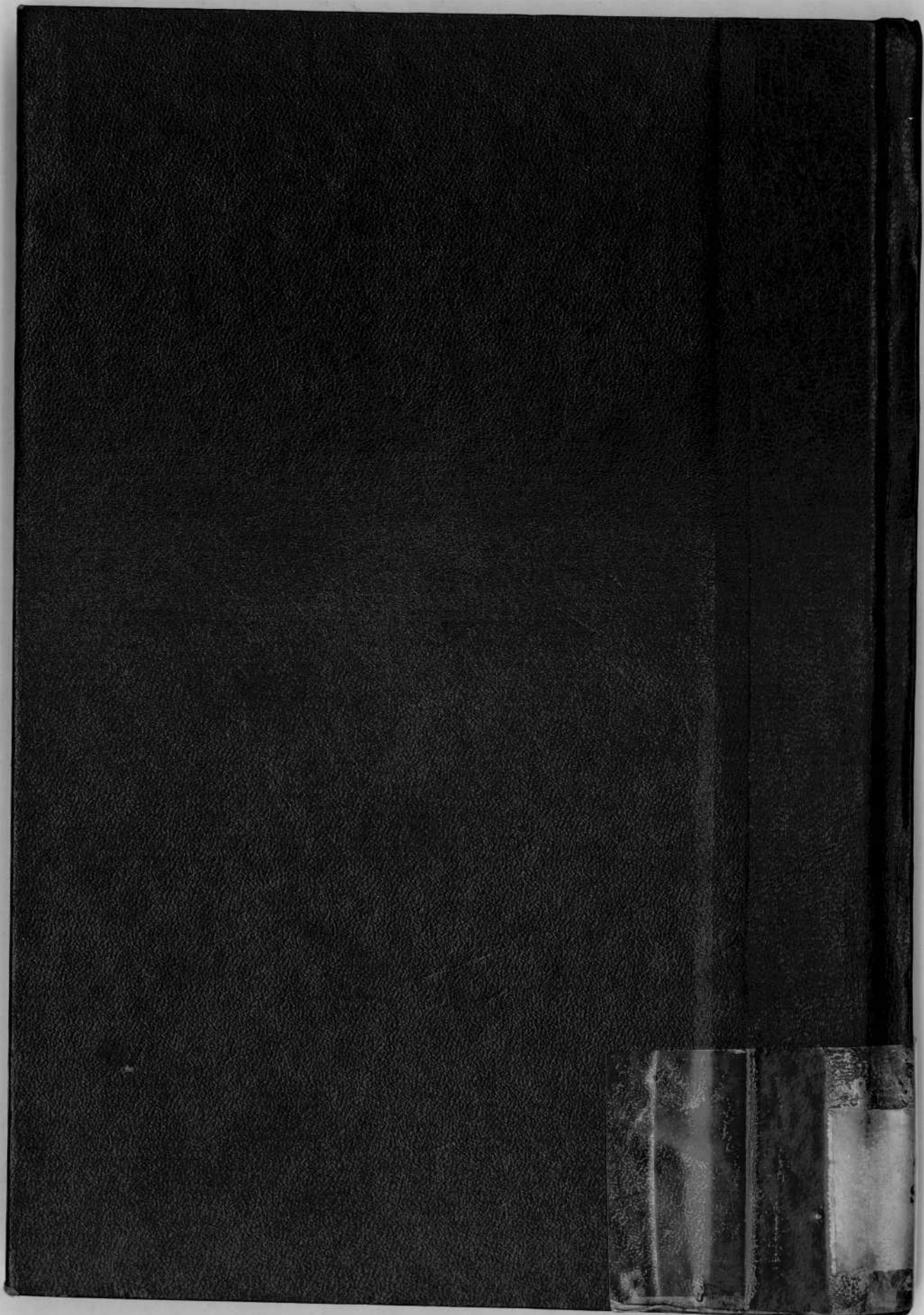












5188

5188

5188

5188

5188

5188

5188

5188

5188

5188

5188

5188

SENTENACH

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS

LOS AREVACOS